Wilkie Collins & Charles Dickens

Callejón sin salida

Comentario [LT1]:

Título original en inglés: *No Thoroughfare*.

OBERTURA

Día 30 del mes de noviembre del año de 1835. En Londres, el gran reloj de Saint Paul marca las diez de la noche. Todas las iglesias menores londinenses esfuerzan sus gargantas metálicas. Algunas empiezan, impertinentes, antes que la campana vigorosa de la gran catedral; otras, tardas, lo hacen tres, cuatro o media docena de tañidos después; todas están en una afinación lo bastante cercana como para dejar en el aire la resonancia de sus armónicos, como si el padre alado que devora a sus hijos hubiese barrido el aire, al sobrevolar la ciudad, con su vibrante guadaña gigantesca.

¿Qué reloj es éste, más grave que la mayoría de los restantes y tan grato al oído, éste que esta noche se retrasa hasta el punto de coincidir sólo con la vibración final de los demás? Es el reloj de la Casa de Niños Expósitos. En otros tiempos, se recibía a los expósitos sin preguntas, en una cuna junto a la verja. En estos tiempos, se hacen preguntas sobre ellos y se los recibe de favor, de las manos de unas madres que para siempre renuncian a saber de ellos y a reclamarlos.

Hay luna llena y la noche es agradable, con nubes ligeras. El día ha sido mucho menos que agradable, porque el cieno y el barro, aumentados por la niebla cerrada, ennegrecen las calles. Una dama velada, que se desliza arriba y abajo junto a la puerta trasera de la Casa de Niños Expósitos, tendrá que llevar buen calzado esta noche.

Se desliza de aquí para allí, sorteando la parada de los coches de alquiler, deteniéndose a menudo a la sombra del ángulo oeste de la maciza tapia cuadrangular, y desde allí vuelve el rostro hacia la puerta. Sobre ella se tiende la pureza del cielo iluminado por la luna y a sus pies, la suciedad de la acera: ¿se sentirá, de igual modo, tal vez dividida mentalmente entre los opuestos de la reflexión y la acción? Así como las huellas de sus pies, al cruzarse

una y otra vez, han dibujado un laberinto en el lodo, ¿quizá el curso de su vida se habrá transformado por sí mismo en una maraña densa e insuperable?

La puerta trasera de la Casa de Niños Expósitos se abre y sale una mujer joven. La dama se detiene a un lado, observa con atención, ve que alguien cierra la puerta desde dentro sin ruido, y sigue a la joven.

Han atravesado ya dos o tres calles, en silencio, cuando la dama, que seguía de cerca al objeto de su atención, extiende la mano y toca a la muchacha, que entonces se detiene y, sobresaltada, mira a sus espaldas.

—Usted me detuvo anoche y, cuando volví la cabeza, no quiso hablar. ¿Por qué me sigue como un fantasma callado?

—No fue porque no quisiera hablar— respondió la dama con voz baja—, sino que no pude cuando lo intenté.

—¿Qué quiere de mí? ¿Le he hecho algún daño alguna vez?

—Jamás.

—¿La conozco yo?

—No.

—¿Pues qué quiere usted de mí?

—En este sobre hay dos guineas. Reciba mi pobre regalo y se lo diré.

El rostro de la joven, que es honesto y gracioso, se cubre de rubor cuando ella responde.

—No hay nadie, viejo o niño, en toda esa gran institución a la que pertenezco que no tenga una palabra amable para Sally. Yo soy Sally. ¿Se podría pensar bien de mí, si dejara que me comprasen?

—No pretendo comprarla, sólo quiero darle una muy pequeña recompensa.

Con gesto firme, pero sin rudeza, Sally cierra y aparta la mano hacia ella tendida.

—Si hay algo que pueda hacer por usted, señora, que no pueda hacerlo sin gratificación, me confunde usted si piensa que lo haré por dinero. ¿Qué quiere?

—Usted es una de las enfermeras o ayudantes de la Casa, la he visto salir de allí hoy y ayer.

—Sí, lo soy. Me llamo Sally.

—Hay un gesto agradable de persona paciente en su cara, que me hace pensar que los niños se apegarán a usted con facilidad.

—¡Que Dios los bendiga! Así es.

La dama levanta su velo y deja ver un rostro de no mucha mayor edad que el de la enfermera. Un rostro más fino e inteligente, pero desolado y consumido por la pena.

—Soy la desgraciada madre de una criatura que desde hace poco está bajo su cuidado. Tengo que pedirle algo.

Instintivamente, respetuosa de la confianza que demuestra ese velo alzado, Sally —cuyas maneras son sencillas y espontáneas— vuelve a bajar ese velo y vierte unas lágrimas.

—¿Hará caso de mi súplica?— pregunta con inquietud la dama—. ¿No hará oídos sordos al ruego agónico de la suplicante destrozada en que me he convertido?

—¡Válgame, válgame Dios!— exclama Sally—. ¿Qué diré, qué puedo decir? No hable de súplicas. Las súplicas se deben dirigir a Dios, Nuestro Padre, y no a enfermeras o personas así. Además, sólo estaré en este puesto durante medio año más, hasta que otra joven reciba el adiestramiento necesario para ocuparlo. Estoy a punto de casarme. No tendría que haber salido anoche ni tampoco esta noche, pero como mi Dick (que es el hombre con quien voy a casarme) está enfermo, voy a ayudar a su madre y a su hermana a cuidarlo. ¡No puede ser, no puede ser!

—¡Oh, mi buena Sally, querida Sally— gimió la dama, a la vez que le cogía el vestido con ademán suplicante— Usted está llena de esperanzas y yo sin ellas; usted tiene ante sí una vida límpida por delante, cosa que nunca jamás se presentará ante mí; usted puede aspirar a

convertirse en una esposa respetada y también en una madre orgullosa; usted es una mujer viva y enamorada, a quien se llevará la muerte: por todo eso, ¡por el amor de DIOS, escuche mi dolida petición!

—¡Pobre, pobre, pobre de MÍ!— exclamó Sally, cuya desesperación estalló en el pronombre—. ¿Qué podría hacer yo? ¡Ay! ¡De qué manera vuelve usted mis propias palabras en mi contra! Le he dicho que estoy a punto de casarme para hacerle ver que me marcharé de allí y que, por lo tanto, no podría ayudarla aunque quisiera. Pobrecilla, y usted hace que me sienta cruel por casarme y por no ayudarla. No es justo. ¿Cree usted que es justo, Pobrecilla?

—¡Sally, escúcheme, querida! Mi súplica no tiene que ver con el futuro sino con el pasado. Sólo son dos palabras.

—¡Vaya! Esto se pone cada vez peor— exclama Sally—, si he comprendido bien cuáles son esas dos palabras.

—Lo ha comprendido. ¿Qué nombre le han puesto a mi pobre hijo? No le preguntaré más que eso. He leído algo acerca de las costumbres de la institución. Lo bautizaron en la capilla y lo registraron con algún apellido en el libro. Lo recibieron el lunes pasado por la noche. ¿Qué nombre le han puesto?

De rodillas se habría hincado la dama, en el barro pestilente del callejón por el que se habían desviado—un paso vacío y sin salida, que daba a los sombríos jardines de la Casa—, mientras hacía su apasionada súplica, pero Sally se lo impide.

—¡No! ¡No! Usted hace que me sienta buena. Déjeme ver su bonita cara otra vez. Ponga sus manos sobre la mía. Ahora prometa que jamás me preguntará nada que no sean esas dos palabras.

—Jamás! Jamás!

—Que jamás hará mal uso de ellas, si se las digo.

—Jamás! Jamás!

—Walter Wilding.

La dama oculta su rostro en el pecho de la enfermera, la estrecha entre sus brazos, susurra una bendición y las palabras «¡Déle un beso por mí!» y desaparece.

Primer domingo del mes de octubre del año de 1847. En Londres, el gran reloj de Saint Paul señala la una y media de la tarde. El reloj de la Casa de Niños Expósitos hoy señala la misma hora que el de la catedral. El servicio ha terminado en la capilla y los niños expósitos están comiendo.

Hay muchos observadores en el comedor, como de costumbre. Dos o tres administradores, familias enteras de la congregación, grupos pequeños de hombres y mujeres, personas rezagadas de diversa condición. El brillante sol de otoño cae con fuerza sobre los pupilos; las ventanas de cercos macizos a través de las que entra ese sol y los muros divididos en paneles en los que se proyecta son tales que parecen reproducidos de los cuadros de Hogarth. El refectorio de las niñas, donde también están los más pequeños, es la principal atracción. Servidoras pulcras y calladas se deslizan entre las mesas ordenadas y silenciosas; los observadores se desplazan o se detienen, según les plazca; los comentarios susurrados, referidos a esa cara que está frente a determinada ventana, no son infrecuentes; muchas de las caras son tales que llaman la atención. Algunas de las personas que llegan de fuera son visitantes habituales. Tienen establecida cierta relación y hasta hablan con los ocupantes de determinados puestos de las mesas, junto a los que se detienen y se inclinan para decir una o dos palabras. No es un desmedro para su bondad el hecho de que en esos puestos, por lo común, estén quienes despiertan sus atracciones personales. La monotonía de las amplias salas y de las filas dobles de caras se aligera gratamente —aunque muy poco— gracias a esos episodios.

Una dama cubierta con un velo, que no va acompañada, se mueve entre los allí reunidos. Se diría que ni la curiosidad ni la ocasión la han traído a este lugar antes. Tiene el aire de sentirse algo confusa ante lo que ve y, mientras avanza a lo largo de las mesas, su paso es vacilante y su actitud, inquieta. Por fin llega al refectorio de los niños. Son mucho menos populares que las niñas, de modo que ve el lugar vacío de visitantes cuando mira desde el umbral.

Mas en el vano mismo de la puerta se halla una gobernanta entrada en años, una matrona o ama de llaves. A ella dirige la dama algunas preguntas comunes. ¿Cuántos niños hay? ¿A qué edad se les deja salir del hospicio? ¿Son muchos los que se aficionan a la mar? Y todo con un tono más y más bajo cada vez, hasta que llega a preguntar:

—¿Cuál es Walter Wilding?

La gobernanta sacude la cabeza. Va contra las normas.

—¿Usted sabe cuál es Walter Wilding? Con tal hondura siente la gobernanta la intensidad con que los ojos de la dama examinan su rostro que baja de inmediato los suyos hasta el suelo, para impedir que yerren en la dirección por la que podrían traicionarla.

—Sé cuál es Walter Wilding, señora, pero no es de mi competencia dar los nombres a los visitantes.

—Pero puede señalármelo sin decirme nada.

La mano de la dama se acerca con suavidad a la de la gobernanta. Una pausa y silencio.

—Voy a pasearme entre las mesas— dice la interlocutora de la dama como si no hablase con ella—. Sígame con los ojos. El niño junto al que me detenga y con el que hable no será el que a usted le interesa. Pero el muchacho al que toque será Walter Wilding. No me diga más y apártese de mí.

En respuesta inmediata al pedido, la dama entra en la sala y mira a su alrededor. Pocos instantes después, la gobernanta, con un serio aire oficial, avanza por el lado externo de las filas de mesas, empezando por la de su izquierda. Recorre toda la hilera, se vuelve y regresa por el lado interno. Tras una fugaz mirada hacia la dama, se detiene, se inclina y habla. El niño al que se ha dirigido levanta la cabeza y responde. Con un gesto de buen humor y familiaridad, mientras escucha lo que le dicen, la gobernanta apoya la mano en el hombro del niño que está a su derecha. Para que su gesto sea evidente, mantiene la mano sobre el hombro mientras replica, a su vez, y palmea al muchacho dos o tres veces antes de alejarse. La mujer completa su inspección de las mesas sin tocar a nadie más, y se marcha por la puerta del lado opuesto de la amplia sala.

Terminada ya la comida, la dama también avanza por la parte externa de la fila de mesas que están a mano izquierda, llega al extremo, gira y vuelve por el lado interno; otras personas han entrado en el refectorio, por fortuna para ella, y se mueven de aquí para allí. La señora alza su velo, se detiene junto al muchacho señalado por la gobernanta y le pregunta qué edad tiene.

—Doce años, señora— responde el niño, fijos sus ojos brillantes en los de la dama.

—¿Te encuentras a gusto? ¿Eres feliz?

—Sí, señora.

—¿Aceptarías estos dulces que te ofrezco?

—Si usted quiere dármelos.

Al inclinarse para hacerlo, la frente y los bellos de la señora tocan la cara del niño. Después, de volver su rostro, la dama sigue su camino y se marcha sin mirar atrás.

ACTO I**SE LEVANTA EL TELÓN**

Una plaza de la ciudad de Londres, sin salida para vehículos ni peatones. Es un ensanche de una calle empinada, resbaladiza y sinuosa, que conecta Tower Street con la ribera Middlesex del Támesis; allí se alzan las oficinas de las Bodegas Wilding y Cía. Probablemente, a modo de reconocimiento jocoso de la dificultad que presenta este acceso principal, el punto más cercano a su base por el que se puede alcanzar el río (si poco importan las circunstancias olfativas) lleva el nombre de Escalera Rompecuellos. La plaza misma también recibió, en tiempos, el descriptivo título de Recodo del Baldado.

Años antes del de 1861, la gente había dejado de frecuentar los botes de la Escalera Rompecuellos y los barqueros abandonaron ese lugar de servicio. La estrecha calzada fangosa se había precipitado en el río por un lento proceso de suicidio, y dos o tres restos de pilotes y una oxidada anilla para el amarre eran todo lo que quedaba de las pasadas glorias de Rompecuellos. A veces, por cierto, una gabarra cargada de carbón se acomodaba traqueteando en el lugar, y algunos afanosos cargadores —a los que se diría engendros del cieno— se ponían en marcha, entregaban su carga en el vecindario, zarpaban y se desvanecían; pero durante la mayor parte del tiempo, el único comercio de la Escalera Rompecuellos consistía en el acarreo de barricas y botellas, tanto llenas como vacías, desde y hacia las bodegas de Bodegas Wilding y Cía. Incluso estas faenas eran sólo ocasionales, y en las tres cuartas partes de sus mareas el color indecorosamente sucio del río llegaba a escurrirse, solitario, hasta el anillo herrumbrado para lamerlo, como si supiera de los esponsales del Dux y el Adriático, y quisiera casarse con el gran conservador de su suciedad, el muy Honorable Alcalde.

A unas doscientas cincuenta yardas a la derecha, en la colina enfrentada (según se subía desde la Escalera Rompecuellos), estaba el Recodo del Baldado. Había una bomba en el Recodo del Baldado, había un árbol en el Recodo del Baldado. Todo el Recodo del Baldado pertenecía a Bodegas Wilding y Cía. Sus cavas se hundían en tierra, su vivienda se elevaba en los aires. Había sido aquel edificio una verdadera mansión en los tiempos en que los mercaderes vivían en la City, y tenía un elegante tejadillo que, sin ningún apoyo visible, llegaba hasta la entrada, algo semejante al tornavoz de un antiguo pulpito. También tenía una cantidad de aberturas estrechas y altas a modo de ventanas, dispuestas de tal modo que la fachada de ladrillos oscuros resultaba simétricamente fea. En el tejado se alzaba, asimismo, una cúpula con una campana.

—Cuando un hombre de veinticinco años puede ponerse el sombrero y decirse «este sombrero cubre al dueño de esta propiedad y del negocio que en ella se ejerce», creo, Mr. Bintrey, que sin hacer alarde puede estar profundamente agradecido. No sé qué piensa usted al respecto, pero esto es lo que pienso yo.

Así habló Mr. Walter Wilding a su abogado, en su despacho, mientras cogía su sombrero de la percha, para adecuar la acción a la palabra, y a continuación lo volvía a colgar, para no transgredir su modestia natural.

Era hombre inocente, franco, de aspecto lozano, Mr. Walter Wilding, con su piel blanca y sonrosada y una figura que para sus pocos años resultaba demasiado voluminosa a pesar de su talla. Su cabello era ensortijado y castaño y sus ojos, cordiales, brillantes, azules. Se trataba de un hombre muy comunicativo, un hombre para el que la locuacidad resultaba ser la efusión irrefrenable de la ufanía y de la gratitud. Mr. Bintrey, en cambio, era un hombre reservado, con ojos refulgentes como cuentas en una cabeza grande, inclinada y calva, que disfrutaba por dentro, aunque con intensidad, de la gracia de la palabra, la mano o el corazón abiertos.

—Sí— dijo Mr. Bintrey—. Sí. ¡Ja, ja!

Sobre el escritorio descansaba una jarra, acompañada de dos vasos de vino y un plato de galletas.

—¿Le gusta este oporto de cuarenta y cinco años? —preguntó Mr. Wilding.

—¿Que si me gusta?—repitió Mr. Bintrey—. ¡Mucho, señor!

—Es del mejor lote de nuestros vinos de cuarenta y cinco— dijo Mr. Wilding.

—Gracias, señor —respondió Mr. Bintrey—. Es excelente.

Volvió a reír, mientras alzaba su vaso y lo miraba con aprobación, ante la muy absurda idea de no aprovechar semejante vino.

—Pues bien—dijo Wilding infantilmente contento al tratar de sus asuntos—. Creo que hemos enderezado todo, Mr. Bintrey.

—Todo está enderezado —dijo Bintrey.

—Un socio seguro...

—Un socio seguro...—dijo Bintrey.

—El anuncio para que se presente un ama de llaves...

—El anuncio para que un ama de llaves —dijo Bintrey—venga a «presentarse personalmente en el Recodo del Baldado, Great Tower Street, de diez a doce», mañana, sea dicho de pasada.

—Los asuntos de mi difunta madre solucionados...

—Solucionados—dijo Bintrey.

—Y todos los gastos pagados.

—Y todos los gastos pagados —dijo Bintrey y chasqueó la lengua, tal vez por la rara circunstancia de que le hubieran pagado sin regateos.

—La mención de mi querida difunta madre —continuó Mr. Wilding, llenos los ojos de lágrimas que enjugaba con su pañuelo— todavía me afecta, Mr. Bintrey. Usted sabe cuánto la quería yo; por ser su abogado, también sabe usted cuánto me quiso ella. El más alto amor que pueda haber entre madre e hijo fue el nuestro, y jamás pasamos por un momento de distanciamiento o desdicha desde el momento en que me tomó a su cuidado. ¡Trece años en total! ¡Trece años al amparo de mi querida difunta madre, Mr. Bintrey, y ocho de ellos reconocido entre nosotros como su hijo! Esta historia, Mr. Bintrey, nadie la conoce mejor que usted —Mr. Wilding dejó escapar un sollozo y se secó los ojos sin tratar de ocultar sus gestos mientras hablaba.

Mr. Bintrey tomó un sorbo del inspirador oporto y, después de paladarlo, dijo:

—Conozco esa historia.

—Mi querida difunta madre, Mr. Bintrey —siguió diciendo el bodeguero—, sufrió una profunda decepción y pasó por sufrimientos crueles. Pero en cuanto a este tema los labios de mi querida difunta madre siempre estuvieron sellados. Quién la engañó y en qué circunstancias, sólo el Cielo lo sabe. Mi querida difunta madre nunca traicionó a quien la había traicionado.

—Estaba muy decidida al respecto —dijo Mr. Bintrey, que una vez más remojaba su paladar con el vino— y pudo mantener su decisión— y con una chispa divertida en sus ojos añadió: —¡Mucho mejor de lo que *usted* hubiera querido!

—«Honra a tu padre y a tu madre—dijo Mr. Wilding, con un sollozo mientras citaba los mandamientos— para que se prolonguen tus días sobre la tierra que Yahveh, tu Dios, te va a dar». Cuando estaba en la Casa de Expósitos, Mr. Bintrey, me sentía tan incapaz de hacerlo que temí que mis días fueran cortos en la tierra. Pero más tarde llegué a honrar a mi madre profundamente. Y ahora honro y reverencio su memoria. Durante siete felices años, Mr. Bintrey —prosiguió Wilding, siempre con el mismo zollipo inocente y las mismas lágrimas no encubiertas—, mi excelente madre me recomendó a mis predecesores en este negocio, la firma Sobrino de Pebbleson. Con su afectuosa previsión, asimismo, me

mandó como aprendiz a la Compañía de vinateros y me hizo sindicarme en su momento como vinatero autónomo y... y todo lo demás que pueda desear la mejor de las madres. Cuando llegué a la mayoría de edad, me dejó la parte que ella había heredado de ese negocio; fue su dinero el que compró la parte de Sobrinos de Pebbleson y puso a la firma el nombre de Wilding y Cía.; fue ella quien me dejó todo lo que poseía, exceptuando el anillo de luto que hoy usted lleva. Y sin embargo, Mr. Bintrey —le interrumpió una nueva expresión de dolor sincero—, ella ya no está con nosotros. Hace poco más de seis meses que vino al Recodo para leer con sus propios ojos el letrero que dice WILDING Y CÍA. BODEGUEROS. ¡Y ya no está con nosotros!

—Es triste, pero es ley de vida, Mr. Wilding —observó Bintrey—. Antes o después ya no estaremos aquí— con un suspiro colocó el oporto de cuarenta y cinco años en esa condición universal, tras soltar un chasquido de fruición.

—Pues bien, Mr. Bintrey —prosiguió Wilding, a la vez que guardaba su pañuelo y se enjugaba las pestañas con los dedos—, ahora, cuando ya no puedo mostrar mi amor y mi respeto a la querida mujer por la que mi corazón se sintió misteriosamente atraído, por obra de la Naturaleza, ya la primera vez en que me habló, y bien que me pareció una extraña señora aquella tarde en que estaba yo sentado en el refectorio del Hospicio, al menos puedo demostrar que no me avergüenzo de haber sido un expósito y que yo, que jamás conocí a mi padre, quiero ser un padre para todos en mi negocio. Por tanto —prosiguió Wilding, que empezaba a mostrar una locuacidad entusiasta—, por tanto, quiero que un ama de llaves excelente se ocupe de esta casa de Wilding y Cía. Bodegueros, en el Recodo del Baldado, para que así me sea posible recuperar en ella parte de esas antiguas relaciones entre empleador y empleado. ¡Así podré vivir en el mismo sitio en que se producen mis ingresos! Así me sentaré cada día a la cabecera de la mesa en la que los dependientes de mi bodega comen juntos, y comeré con ellos la misma carne asada, las mismas verduras cocidas y beberé la misma cerveza. ¡Así, los que trabajen en mi negocio se alojarán bajo mi techo! Así todos seremos uno. Excuse usted, Mr. Bintrey, pero de pronto me han vuelto esos cánticos a mi cabeza, y le estaré muy agradecido si me acompaña hasta la bomba.

Alarmado por la excesiva rubicundez de su cliente, Mr. Bintrey no perdió ni un instante para llevarlo hasta el patio. Fue fácil hacerlo, porque el despacho en el que estaban hablando se abría al patio interno, a un lado de la vivienda. Allí el abogado bombeó con todas sus ganas, obediente a una señal del joven, que se mojó la cabeza y la cara con ambas manos y tomó un buen trago. Tras esos paliativos, declaró que se encontraba mucho mejor. —No permita que sus sentimientos lo exciten— dijo Bintrey, mientras volvían al despacho, donde Mr. Wilding se secó con una toalla continua que había detrás de la puerta interna.

—No, no lo haré— respondió, a la vez que quitaba los ojos de la toalla—. No lo haré. No me he mostrado confuso, ¿verdad?

—En nada. Todo está muy claro.

—¿Dónde me perdí, Mr. Bintrey?

—Pues se extravió usted, aunque no me preocuparía yo si estuviera en su lugar, con lo mismo de siempre.

—Pondré cuidado. Pondré cuidado. ¿Cuándo volvieron los cánticos a mi cabeza, Mr. Bintrey?

—Con lo de la carne asada, las verduras y la cerveza—respondió el abogado sin vacilar—, lo de vivir bajo el mismo techo, lo de ser todos uno...

—¡Ah! Y todos a una cantando en mi cabeza...

—Ya sabe usted que yo, si estuviese en su lugar, *no permitiría* que mis buenos sentimientos me excitaran —volvió a sugerir el abogado, ansioso—. Volvamos a la bomba.

—No es necesario, no es necesario. Bien, Mr. Bintrey. ¡Así todos seremos una especie de familia! Ya ve usted, Mr. Bintrey, en mi niñez no me habitué a esa clase de existencia individual que la mayor parte de las personas llevan, más o menos, en la infancia. Después, me entregué a la relación con mi querida difunta madre. Tras perderla, encuentro que me va mejor ser uno en un conjunto que estar aislado. Serlo y a la vez cumplir mi deber con los que de mí dependen tiene una suerte de aura patriarcal y grata. No sé qué piensa usted al respecto, Mr. Bintrey, pero así es como pienso yo.

—En este asunto, el importante no soy yo sino usted—respondió Bintrey—. Por consiguiente, lo que yo pueda pensar sobre este tema tiene muy poco interés.

—¡Pues yo pienso— dijo Mr. Wilding, con vivacidad— que es prometedor, rendidor, encantador!

—Verá usted —volvió a sugerir el abogado—, no he querido decir...

—No voy a decirlo. Además, está Haendel.

—¿Está quién?—preguntó Bintrey.

—Haendel, Mozart, Haydn, Kent, Purcell, el Doctor Arne, Greene, Mendelssohn. Conozco los coros de sus cantatas de memoria. La Colección de la Capilla del Hospicio. ¿Por qué no íbamos a poder aprenderlos juntos?

—¿Aprenderlos juntos, quiénes?— preguntó el abogado, con tono más bien brusco.

—Empleador y empleados.

—¡Vaya, vaya! —dijo Bintrey, apaciguado, como si a medias hubiese estado esperando que la respuesta fuera «abogado y cliente»—. Eso es otra cosa.

—¡No es otra cosa, Mr. Bintrey! Es la misma cosa. Una cláusula del pacto que hay entre nosotros. Formaremos un coro en alguna iglesia tranquila y cercana al Recodo y, después de haber cantado juntos un domingo con fruición, volveremos a casa para tomar nuestra cena temprano, con fruición. La meta que ahora tengo en mente es poner este sistema en marcha sin demora, para que mi nuevo socio lo encuentre ya establecido cuando se integre en la sociedad.

—¡Que todo vaya bien! —exclamó Bintrey, mientras se ponía de pie—. ¡Que la prosperidad les sonría! ¿Joey Ladle piensa tomar parte en eso de Haendel, Mozart, Haydn, Kent, Purcell, el Doctor Arne, Greene y Mendelssohn?

—Eso espero.

—Les deseo a todos buenos frutos —replicó Bintrey de todo corazón—. Adiós, señor.

Se dieron la mano y se separaron. Después (no sin antes golpear con los nudillos para anunciarse), llegó a presencia de Mr. Wilding, por una puerta que comunicaba el despacho privado y la oficina de los empleados, el encargado de bodegas de la casa Wilding y Cía. Bodegueros, y antiguo encargado de bodegas de la firma Pebbleson y Sobrino: el tal Joey Ladle. Un hombre despacioso y robusto, cuyo tipo humano era el de un mozo de cuerda, vestido con un traje arrugado y un mandil con peto, al parecer de un material entre esterilla y piel de rinoceronte.

—Por lo del asunto de la casa y comida pa' tos, joven patrón Wilding —dijo.

—¿Sí, Joey?

—Hablaré por mí mismo, joven patrón Wilding, y jamás he hablao ni jamás hablaré por nadie más; no quiero comida ni casa aún. Pero si usted quiere darme de comer y alojarme, hágalo. Puedo pica lo que sea, como la mayoría de los hombres. Dónde vaya a pica no es un asunto tan importante como lo de Qué pico. Ni siquiera me preocupa demasiao Cuánto pico. ¿Todos van a viví en la casa, joven patrón Wilding? ¿Los otro dó mancebo, los tré mozo de cuerda, los dó aprendice y los ganapane?

—Sí. Espero que seamos una familia unida, Joey.

—¡Ah!—dijo Joey—. Pues que lo sean.

—¿Que lo sean? Más bien que lo seamos, Joey.

Joey Ladle sacudió la cabeza.

—No cuente conmigo p' habla de un «nosotros», joven patrón Wilding, no en este momento de la vida y dada las circunstancias que determinaron mi carácter. A Pebbleson y Sobrino les dije más de una vez, cuando ellos me decían: «Póngale mejor cara a las cosas, Joey», yo les dije más de una vez: «Señore, eso de ponerle buena cara a las cosas está bien pa' ustedes, que se han acostumbrao a introducir el vino en sus organismos a través del cauce jovial de sus gargantas, pero», digo, «yo me acostumbré a tomar vino por los poros de la piel y, tomo de esa forma, atúa de otra manera. Resulta deprimente. Una cosa, señore», le digo a Pebbleson y Sobrino, «es llena los vasos en un comedó, entre gritos de hurra y en una reunión de Los Mejores Compañeros, y otra, sentí que te se llenan los poros de vino en una cava oscura y a rebosa de moho. Es la diferencia que hay entre burbujas y vapore». Eso le digo a Pebbleson y Sobrino. Y así es. He sido un hombre de bodega toa mi vida, con la cabeza entrega totalmente al negocio. ¿Cuál es la consecuencia? Soy el hombre más confuso del mundo, no encontrará usted un hombre más confuso que yo, y tampoco encontrará otro que me iguale en melancolía. ¿Canta lo de «Llena el vaso hasta el borde, Que cada gota que dejes cae En un entrecejo frunció Disipa una arruga»? Sí, tal vez sea así. ¡Pero a vé qué pasa si tratas de llenarte a ti mismo por los poros, bajo tierra, aunque no quieras!

—Siento oír sus palabras, Joey. Incluso había pensado que usted participaría en las reuniones de canto, en casa.

—¿Yo, señó? No, no, joven patrón Wilding, no pillaré usted a Joey Ladle embrollao con la armonía. Una máquina de pica, es todo lo que puedo hacer fuera de mis bodegas; pero se agradece si usted piensa que merece la pena conserva una cosa así en su negocio.

—Sí que lo pienso, Joey.

—No diga más, señó. La palabra Negocio es mi ley. ¿Y va usted a incorporar como socio de la Bodega al joven patrón George Vendale?

—Así lo haré, Joey.

—¡Más cambios, ya lo ve! Pero no cambie otra vez el nombre de la firma. No lo haga, joven patrón Wilding. Ya es bastante mala suerte convertirlo en Yo Mismo y Compañía. Mejó, con mucho, habría sío deja Pebbleson y Sobrino, que la buena suerte siempre fue con ellos. No se debería cambia la suerte cuando es buena, señó.

—En cualquier caso, no tengo intención de cambiar otra vez el nombre de la Casa, Joey.

—Me alegra saberlo, y le deseo que pase un buen día, joven patrón Wilding. Pero habría hecho muchísimo mejó—murmuró Joey Ladle, con voz inaudible, mientras cerraba la puerta y sacudía la cabeza—en deja tranquilo el nombre desde el principio. Hubiera sido mejó deja tranquila a la suerte en lugar de enfrentarse con ella.

ENTRA EN ESCENA EL AMA DE LLAVES

A la mañana siguiente, el bodeguero, para recibir a las personas interesadas en ocupar el puesto vacante en su establecimiento se había instalado en su comedor. Era una habitación anticuada, con un revestimiento de madera, cuyos paneles estaban adornados con festones de flores talladas, con suelo de roble, una alfombra turca muy raída y muebles oscuros de caoba, que —todo ello—había recibido atención y cuidados en tiempos de Pebbleson y Sobrino. El gran armario había asistido a muchas comidas de negocios ofrecidas por Pebbleson y Sobrino a sus relaciones, siguiendo el principio de tirar arenques por la borda para cazar ballenas; y el amplio calentaplatos triangular, hecho para ocupar todo el frontal

de la gran chimenea, montaba guardia debajo de ella y sobre un aparador, con forma de sarcófago, que en sus tiempos contenía algunas docenas de botellas del vino de Pebbleson y Sobrino. Pero el menudo, rubicundo y viejo solterón, peinado con coleta, cuyo retrato colgaba en la pared por encima del armario (y quien con facilidad podía identificarse, decididamente, como Pebbleson y no Sobrino), había pasado a otro sarcófago, y el calentaplatos se había enfriado tanto como él. De igual modo, los grifos que sostenían los candelabros, que sujetaban en sus bocas las bolas negras en que remataban unas cadenas doradas, tenían el aire de haber perdido con la edad todas las ganas de jugar a la pelota, y parecía que exhibieran con pena sus cadenas en la fila de interrogatorios de una misión: ¿acaso estaban ya emancipados, y habían dejado de ser grifos y hermanos?

Aquella mañana de verano era tan descubridora como Colón, pues había descubierto el Recodo del Baldado. La luz y el calor atravesaban las ventanas abiertas e irradiaban sobre el retrato de una dama que colgaba por encima de la repisa de la chimenea, único ornamento de las paredes que quedaba por mencionar.

—Mi madre a los veinticinco años —se dijo Mr. Wilding, mientras sus ojos, entusiastas, seguían la luz en el rostro del retrato—. Allí está, para que los visitantes puedan admirar a mi madre en la flor de su juventud y de su belleza. A mi madre a los cincuenta la he puesto en la intimidad de mi cuarto, como un recuerdo sagrado para mí. ¡Oh, es usted, Jarvis!

Dirigía estas últimas palabras a un empleado que había llamado a la puerta y entraba en ese momento.

—Sí, señor. Sólo quería hacerle saber que ya han dado las diez, señor, y que hay varias mujeres en el despacho.

—¡Vaya, por Dios!— dijo el bodeguero, a la vez que sus rojeces se volvían más rojas y sus blancuras más blancas—. ¿Hay varias? ¿Cuántas? Será mejor que empiece antes de que sean más. Las veré una a una, Jarvis, según el orden en que hayan llegado.

De inmediato se acomodó en su butaca, tras el gran tintero que había sobre la mesa, no sin antes haber dispuesto una silla al otro lado, frente a su asiento; así inició Mr. Wilding su tarea con una considerable ansiedad.

Tuvo que pasar por las apreturas por las que hay que pasar en tales ocasiones. Se presentaron los habituales tipos de mujeres de honda carencia de simpatía, y los habituales tipos de mujeres de excesiva simpatía. Se presentaron viudas corsarias que querían apoderarse de él y que llevaban el paraguas sujeto bajo el brazo, como si cada paraguas fuera él y cada brazo lo hubiese atrapado. Se presentaron señoritas solteras imponentes, que habían conocido tiempos mejores, y que llegaron munidas de declaraciones clericales sobre su teología, como si él fuera san Pedro, el de las llaves. Se presentaron doncellas agradables, que iban para casarse con él. Se presentaron amas de llave profesionales, como oficiales sin galones, que le tomaron examen sobre su modo de llevar la casa, en lugar de someterse ellas a un aprendizaje. Se presentaron lánguidas inválidas, para las que el salario importaba menos que las comodidades de un hospital privado. Se presentaron criaturas sensibles, que estallaron en lágrimas cuando él les dirigió la palabra y tuvieron que ser reconfortadas con vasos de agua fría. Se presentaron algunas candidatas que llegaban de a dos, una muy aceptable y la otra inaceptable por entero; de ellas, la aceptable era la que contestaba todas las preguntas con gran encanto, hasta que por fin se descubría que no era la verdadera candidata sino una amiga de la inaceptable, que había mantenido la mirada baja, en absoluto silencio y al parecer ofendida.

Por último, cuando ya el bondadoso y sencillo corazón del bodeguero estaba a punto de claudicar, se presentó una aspirante muy distinta de las demás. Una mujer, tal vez de unos cincuenta años aunque parecía más joven, con una cara notable por su plácida jovialidad y una actitud no menos notable por su tranquilo aire ecuánime. Nada se podría haber cambiado en sus ropas para mejorarlo. Nada se podría haber cambiado en la seguridad

callada de su aire para mejorarla. Nada podía ser más acorde con ambos rasgos que su voz cuando respondía a la pregunta: «¿Cuál es el nombre que tendré el placer de anotar?», con las palabras: «Mi nombre es Sarah Goldstraw. Mrs. Goldstraw. Mi marido murió hace muchos años y no teníamos familia».

Media docena de preguntas apenas habían obtenido algo más que de cualquier otra en cuanto al objetivo principal. La voz resultaba tan grata a los oídos de Mr. Wilding mientras tomaba nota que se demoró bastante en ello. Cuando alzó los ojos, la mirada de Mrs. Goldstraw había dado vueltas, naturalmente, por la habitación y en ese momento volvía a él desde la repisa de la chimenea. Su actitud era la de abierta disponibilidad para que la interrogaran y para contestar con franqueza.

—¿Me excusará usted si le hago unas pocas preguntas?—dijo el modesto bodeguero.

—Por supuesto que sí, señor. De lo contrario no habría venido.

—¿Se ha desempeñado antes como ama de llaves?

—Sólo una vez. Viví durante doce años con la misma señora viuda. Desde que perdí a mi marido. Era una dama inválida y ha muerto hace poco; por ella llevo luto.

—Me figuro que le habrá dejado excelentes recomendaciones—dijo Mr. Wilding.

—Creo que puedo decir las mejores. He pensado que lo propio era traer por escrito el nombre y las señas de los albaceas de esa dama, señor—y puso una tarjeta sobre la mesa.

—Es notable, Mrs. Goldstraw, el recuerdo que me trae usted—dijo Wilding mientras cogía la tarjeta—de una actitud y un tono de voz con los que en una época estuve familiarizado. No de una persona, estoy seguro de eso, aunque no puedo recordar qué es lo que tengo en la memoria, sino de una disposición. Debo añadir que se trataba de un talante gentil y cordial.

La mujer sonrió al contestar.

—Oh, eso me alegra mucho, señor.

—Sí—dijo el bodeguero, y pensativamente repitió su última frase, a la vez que echaba una rápida mirada a su futura ama de llaves—, era un talante gentil y cordial. Pero es todo lo que puedo decir al respecto. El recuerdo a veces es como un sueño olvidado a medias. No sé qué piensa usted al respecto, Mrs. Goldstraw, pero así es como yo lo veo.

Tal vez Mrs. Goldstraw pensaba algo semejante, porque aceptó en silencio el aserto. Mr. Wilding habló de ponerse en inmediato contacto con los caballeros nombrados en la tarjeta: una firma de procuradores del Colegio de Abogados de los Comunes. Mrs. Goldstraw asintió, agradecida, a esas palabras. El Colegio no estaba lejos de allí, por lo que Mr. Wilding sugirió la posibilidad de que Mrs. Goldstraw volviera al cabo de tres horas, Mrs. Goldstraw estuvo de acuerdo de inmediato en hacerlo así. En síntesis, como el resultado de las averiguaciones de Mr. Wilding fuera muy satisfactorio, esa misma tarde Mrs. Goldstraw se comprometió (en los términos perfectamente adecuados que ella misma propuso) a volver al día siguiente para instalarse como ama de llaves en el Recodo del Baldado.

HABLA EL AMA DE LLAVES

Al día siguiente llegó Mrs. Goldstraw para hacerse cargo de sus deberes domésticos.

Después de acomodarse en su propio cuarto, sin molestar a los sirvientes y sin perder tiempo, la nueva ama de llaves dijo que escucharía con gusto cualquier tipo de recomendaciones que su señor quisiera hacerle. El bodeguero recibió a Mrs. Goldstraw en el comedor en el que la había entrevistado el día anterior; y, una vez intercambiadas las habituales cortesías por una y otra parte, los dos se sentaron para estudiar juntos los asuntos de la casa.

—Acerca de las comidas, señor —dijo Mrs. Goldstraw—, ¿tendré que ocuparme de muchas o de pocas personas?

—Si puedo poner en marcha cierto antiguo plan mío—respondió Mr. Wilding—, tendrá que ocuparse de muchas personas. Soy un soltero solitario, Mrs. Goldstraw, y me propongo vivir con todas las personas de la firma como si fuesen miembros de mi familia. Hasta que eso llegue, sólo tendrá que ocuparse de mí y de mi nuevo socio, al que espero ahora mismo. No puedo decirle aún cuáles son las costumbres de mi socio. Pero de mí, le anticipo que soy hombre de horarios regulares, con un apetito invariable del que siempre podrá estar segura.

—¿En cuanto al desayuno, señor —preguntó Mrs. Goldstraw—, hay algo especial...?

El ama de llaves dudó por un momento y dejó la frase inacabada. Sus ojos se apartaron lentamente de su patrón y se fijaron en la repisa de la chimenea. De no haber sido ella un ama de llaves excelente y experimentada, Mr. Wilding podría haber pensado que la atención de la mujer empezaba a vagar desde el comienzo mismo de la reunión.

—Desayuno a las ocho en punto —continuó el bodeguero—. Una de mis virtudes es no cansarme jamás del tocino frito, y uno de mis pecados es mostrarme siempre suspicaz en cuanto a la frescura de los huevos.

Mrs. Goldstraw volvió los ojos hacia él, aún dividida su atención entre la repisa de la chimenea de su patrón y su patrón en persona.

—Tomo té —proseguía Mr. Wilding—, y tal vez sea yo bastante perentorio e impaciente al respecto, porque me gusta beberlo en un momento preciso después que haya sido hecho. Si mi té reposa demasiado...

A su vez, Wilding vaciló y dejó la frase sin terminar. Si no hubiese estado inmersa en la discusión de un tema de tan grande interés para su persona como el desayuno de su patrón, Mrs. Goldstraw podría haber pensado que la atención *de él* había empezado a vagar desde el comienzo mismo de la reunión.

—¿Si su té reposa demasiado, señor? —dijo el ama de llaves, para retomar educadamente el hilo de la frase de su patrón.

—Si mi té reposa demasiado —repitió el bodeguero, con tono mecánico, mientras su mente se apartaba más y más de su desayuno y sus ojos se fijaban más y más inquisitivos en el rostro de su ama de llaves—. Si mi té...

¡Válgame Dios, Mrs. Goldstraw! ¿Qué talante y tono de voz me recuerda usted? Hoy es más fuerte que cuando la vi ayer. ¿Qué será?

¿Qué será? —repitió Mrs. Goldstraw.

El ama de llaves dijo esas palabras mientras, evidentemente, pensaba en otra cosa. El bodeguero, que aún la miraba con aire inquisitivo, observó que los ojos de Mrs. Goldstraw se desviaban una vez más hacia la repisa de la chimenea, para fijarse en el retrato de su madre, colgado allí, y lo contemplaban con esa leve contracción del entrecejo que acompaña un esfuerzo casi inconsciente de la memoria. Mr. Wilding señaló:

—Mi querida difunta madre, cuando tenía veinticinco años.

Mrs. Goldstraw le dio las gracias, con un movimiento de la cabeza, por haberse tomado el trabajo de decirle de quién era el retrato, y comentó, ya distendido su ceño, que era el retrato de una dama muy hermosa.

Mr. Wilding, otra vez sumergido en su anterior perplejidad, de nuevo procuró recuperar aquella antigua reminiscencia asociada tan de cerca, aunque tan oscuramente, con la voz y el talante de su nueva ama de llaves.

—Disculpe usted que le pregunte algo que no tiene nada que ver conmigo o con mi desayuno —dijo—. ¿Podría decirme si alguna vez ha tenido alguna actividad distinta de la de ama de llaves?

—Oh, sí, señor. En mis primeros tiempos trabajé como enfermera en la Casa de Niños Expósitos.

—¡Vaya, eso es! —exclamó el bodeguero y echó hacia atrás su silla—. ¡Ese talante es el que usted me recuerda!

Mrs. Goldstraw le echó una mirada de asombro, cambió de color, se controló, fijó sus ojos en el suelo y siguió sentada, sin decir una palabra.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Mr. Wilding.

—¿Tengo que deducir que usted estuvo en la Casa de Niños Expósitos, señor?

—Claro que sí, no me avergüenzo de ello.

—¿Con el nombre que ahora lleva?

—Con el nombre de Walter Wilding.

—¿Y la dama...? —Mrs. Goldstraw hizo una pausa para echar una mirada al retrato, una mirada que ya mostraba una alarma inequívoca.

—Mi madre, dice usted —interrumpió Mr. Wilding.

—Su... madre —repitió el ama de llaves, un poco forzada— ¿cuándo lo sacó de la Casa de Niños Expósitos? ¿A qué edad, señor?

—Cuando estaba entre los once y los doce años. Es un episodio romántico, Mrs. Goldstraw.

Le contó la historia de la dama que le había hablado cuando él estaba comiendo con los demás niños en la Casa, y todo lo ocurrido después, a su manera inocente y comunicativa.

—Mi pobre madre jamás podría haberme encontrado —añadió— de no haber sido por una de las gobernantas, que se apiadó de ella y consintió en tocar al muchacho cuyo nombre era «Walter Wilding», mientras fuera paseándose entre las mesas, y así mi madre volvió a encontrarme, después de haberse separado de mí cuando era yo un bebé, junto a las puertas de la Casa de Niños Expósitos.

Ante esas palabras, la mano de Mrs. Goldstraw, que descansaba sobre la mesa, cayó desmayada sobre su regazo. Sentada, fijos los ojos en su nuevo patrón, palideció como una muerta y sus ojos expresaron una conmoción indescriptible.

—¿Qué ocurre? —preguntó el bodeguero—. ¡Un momento!—exclamó—. ¿Hay algo más en el pasado que yo deba asociar con usted? Recuerdo que mi madre me habló de otra persona de la Casa, con cuya bondad tenía una deuda de gratitud. Cuando se tuvo que separar de mí, cuando yo era un bebé, una de las enfermeras le dijo cuál era el nombre que me habían dado en la institución. ¿Era usted esa enfermera?

—Que Dios me perdone, señor, ¡yo era esa enfermera!

—¿Que Dios la perdone?

—Señor, será mejor que volvamos (si puedo atreverme a tanto) al tema de mis deberes en la casa —dijo Mrs. Goldstraw—. Su desayuno a las ocho. ¿Toma un almuerzo o una comida usted hacia mediodía?

La rubicundez excesiva que Mr. Bintreey había advertido en el rostro de su cliente empezó a mostrarse una vez más. Mr. Wilding se llevó una mano a la cabeza, cuya confusión momentánea dominó antes de volver a hablar.

—¡Mrs. Goldstraw —dijo—, usted me está ocultando algo!

El ama de llaves repitió con obstinación:

—Por favor, tenga usted la bondad de decirme si almuerza o come a mediodía, señor.

—No sé qué hago a mediodía. No puedo continuar con los asuntos domésticos, Mrs. Goldstraw, antes de saber por qué lamenta usted un acto de bondad para con mi madre, del que ella siempre habló con gratitud hasta el fin de sus días. No me hace usted ningún servicio con su silencio. Me está inquietando, me está alarmando, me está trayendo otra vez esos cánticos a la cabeza.

Volvió a llevarse la mano a la sien y la rojez de su cara se oscureció uno o dos grados.

—Es duro, señor, precisamente en el momento en que entro a su servicio, tener que decirle lo que tal vez me lleve a perder su buena voluntad. Recuerde, por favor, acabe esto como acabe, que sólo hablo porque usted ha insistido en que lo haga y porque veo que le causo inquietud con mi silencio. Cuando dije a la pobrecilla señora cuyo retrato tiene usted allí el nombre con que habían bautizado a su niño en la Casa, me permití olvidar mi deber y eso ha tenido terribles consecuencias, me temo. Le contaré la verdad, tan llanamente como pueda. Pocos meses después del momento en que informé a aquella señora del nombre de su niño, llegó a nuestra institución, pero en su casa de campo, otra dama, una desconocida, cuyo interés estaba en adoptar a uno de nuestros niños. Llevaba consigo la autorización obligatoria y, después de buscar entre la mayoría de los pequeños sin llegar a decidirse, se encariñó con una de las criaturas, un chico, que estaba a mi cuidado. ¡Trate usted, señor, se lo ruego, trate de tranquilizarse! No tiene sentido alargar el relato. ¡El niño que aquella desconocida se llevó era el hijo de la dama cuyo retrato está colgado allí!

Mr. Wilding se puso de pie.

—¡Imposible! —exclamó, vehemente—. ¿De qué está hablando usted? ¿Qué historia absurda me está contando? ¡Ese es su retrato! ¿No se lo acabo de decir? ¡El retrato de mi madre!

—Cuando esa desdichada señora lo sacó a usted de la Casa de Niños Expósitos años más tarde —dijo Mrs. Goldstraw con suavidad—, fue víctima, y también lo fue usted, de un tremendo error.

Wilding volvió a caer en su silla.

—Me da vueltas la habitación —dijo—. ¡Mi cabeza!

¡Mi cabeza!

El ama de llaves se puso de pie asustada, y abrió las ventanas. Antes de que pudiera llamar para pedir ayuda un repentino estallido de lágrimas alivió la opresión que, en un primer instante, pareció amenazar la vida de Wilding, quien hizo una señal perentoria a Mrs. Goldstraw para que no se apartara de él. La mujer esperó que el ataque de llanto se aplacara. El bodeguero alzó la cabeza en cuanto se sintió recuperado, y la miró con el aire de sospecha irracional e iracundo de un hombre débil —¿Un error?—preguntó, repitiendo con furia la última palabra dicha por ella—. ¿Cómo puedo saber que usted no se equivoca? —No hay posibilidad de que me equivoque, señor. Se lo explicaré en cuanto usted esté en condiciones de oírlo.

—¡Ahora! ¡Ahora!

El tono de esas palabras hizo comprender a Mrs. Goldstraw que sería una consideración cruel permitir que su patrón abrigara por más tiempo la vana esperanza de que ella podía estar equivocada. Unas pocas palabras podían terminar con esa ilusión, y ella estaba decidida a articularlas.

—Le he dicho a usted —dijo la mujer— que el niño de la dama cuyo retrato está colgado allí fue adoptado y apartado de la Casa cuando era pequeño. Estoy tan segura de lo que digo como de estar ahora sentada aquí y de verme obligada a afligirlo a usted, señor, muy amargamente en contra de mi voluntad. Le ruego que conduzca su atención a unos tres meses después de aquel momento. Entonces yo estaba en la Casa, en Londres, a la espera de llevar a algunos niños a nuestra sede del campo. Hubo una conversación, ese día, acerca del nombre de una criatura, un niño, que acabábamos de recibir. En general, tomábamos los nombres de una Guía. En esa ocasión, uno de los caballeros que dirigían la Casa estaba echando una mirada al Registro. Advirtió que habían tachado el nombre del pequeño dado en adopción («Walter Wilding»), por supuesto porque ya no estaría más a nuestro cuidado. «Aquí hay un nombre disponible», dijo, «se lo pondremos al nuevo expósito que se recibió hoy». Se eligió ese nombre y con él se bautizó al niño. Usted era ese niño, señor.

La cabeza del bodeguero cayó sobre el pecho.

—¡Yo era ese niño! —se dijo a sí mismo, mientras desesperanzado procuraba fijar esa idea en su mente

—¡Yo era ese niño!

—No mucho después de recibido usted en la Casa, señor—prosiguió Mrs. Goldstraw—, dejé aquel trabajo para casarme. Si quiere usted recordarlo y prestar atención al hecho, verá por sí mismo cómo se produjo el error. Entre once y doce años pasaron antes de que la dama a la que usted creyó su madre volviera a la Casa, en busca de su hijo, para llevárselo a su hogar. La dama sólo sabía que el pequeño había recibido el nombre de «Walter Wilding». La gobernanta que se compadeció de ella sólo pudo señalarle al único «Walter Wilding» conocido en la institución. Yo, que podría haber puesto las cosas en su sitio, estaba muy lejos de la Casa y de todo lo que se refería a ella. No había nada, realmente nada que pudiera evitar que se produjera ese terrible error. Lo siento por usted... lo siento de verdad, señor. Pensaré usted, y con razón, que en mala hora he venido aquí (con total inocencia, se lo aseguro) para ocupar el cargo de ama de llaves. Me siento como si hubiera cometido una falta... me siento como si hubiese debido tener más dominio de mí misma. Si tan sólo hubiera sido capaz de evitar que mi cara mostrase lo que ese retrato y sus propias palabras traían a mi memoria, hasta el día de su muerte usted jamás habría sabido lo que ahora sabe.

Mr. Wilding levantó la cabeza de pronto. La honestidad innata del hombre se alzó para protestar contra las últimas palabras del ama de llaves. Su mente parecía haberse tranquilizado, de momento, tras el golpe que acababa de recibir.

—¿Quiere decir que me habría ocultado esto, si hubiese podido? —inquirió.

—Quiero suponer que siempre podría haber dicho la verdad, señor, si me la preguntara alguien —dijo Mrs. Goldstraw—. Y sé que es mejor para mí no tener un secreto de esta clase como un peso en mi mente. Pero ¿es mejor para usted? ¿De qué vale ahora...?

—¿De qué vale? ¡Por Dios! Si lo que usted dice es verdad...

—¿Lo habría dicho, señor, en mi situación actual, de no haber sido la verdad?

—Le pido disculpas —dijo el bodeguero—. Tiene usted que comprenderme. Este horrible descubrimiento es algo que todavía no puedo admitir. Había tanta ternura entre nosotros... yo sentía tan hondamente que era su hijo. Ella murió en mis brazos, Mrs. Goldstraw, en mis brazos... murió bendiciéndome como sólo una madre podría haber bendecido a su hijo. ¡Y que ahora, después de todos estos años, me digan que no era mi madre! ¡Ay! ¡Ay! ¡No sé qué estoy diciendo! —exclamó, como si el control de sí que mantenía un momento antes hubiera menguado y se hubiese extinguido—. No se trata de esta horrible pena: algo más tenía en la cabeza al hablar. Sí, sí. Usted me ha sorprendido, me ha herido. Me ha hablado como si me hubiera ocultado todo, de haber podido. No vuelva a decirme eso nunca más. Hubiera sido un crimen ocultármelo. Su intención era buena, no quiero afligirla... Usted es una mujer de buen corazón. Pero no tiene presente la posición en que me encuentro. Ella me dejó todo lo que poseo, convencida de que yo era su hijo. Yo no soy su hijo. He usurpado el lugar de otro hombre, me he apoderado inocentemente de su herencia. ¡Debo encontrarlo! ¿Cómo sé que él no está ahora en la miseria, sin pan? La única esperanza que tengo de soportar el golpe que ha caído sobre mí es la de hacer algo que *ella* hubiera aprobado. Usted tiene que saber algo más de lo que me ha dicho, Mrs. Goldstraw. ¿Quién era la desconocida que adoptó al niño? ¿No oyó el nombre de esa señora?

—Nunca lo supe, señor. No la he vuelto a ver ni tuve más noticias de ella desde entonces.

—¿Dijo algo cuando se llevó al niño? Trate de recordar. Tiene que haber dicho algo.

—Una sola cosa, señor, que yo recuerde. Teníamos mal tiempo ese año, y muchos de los niños tenían problemas por ello. Cuando fue a recoger al niño, la dama me dijo riendo: «No tema por la salud del pequeño. Se criará en un clima mucho mejor que éste: me lo llevaré a Suiza».

—¿A Suiza? ¿A qué parte de Suiza?

—No lo dijo, señor.

—¡Una pista muy pobre! —dijo Mr. Wilding—. ¡Y ha pasado un cuarto de siglo desde que se llevó al niño!

¿Qué voy a hacer?

—Espero que no se ofenda por la libertad que me tomo, señor —dijo Mrs. Goldstraw—, pero ¿por qué afligirse por lo que hay que hacer? Tal vez no siga con vida, por lo que usted sabe. Y si está vivo, no es probable que esté en apuros. La dama que lo adoptó era de buena cuna y posición, saltaba a la vista. En la Casa de Niños Expósitos tuvo que haber presentado garantías de que podía atender al pequeño, porque de lo contrario jamás se lo hubieran entregado. Si yo estuviera en su lugar, señor, y perdóneme por decírselo, me consolaría recordando que quise a esa pobrecilla señora cuyo retrato tiene usted allí, que la amé como a mi verdadera madre y que ella me amó como a su verdadero hijo. Todo lo que ella le ha dado, se lo ha dado por amor. Así fue mientras vivió ella y así será, estoy segura, mientras viva usted. ¿Qué mejor derecho que ése para quedarse con lo que tiene, señor?

La honestidad inmovible de Mr. Wilding advirtió de inmediato la falacia que se ocultaba en el punto de vista del ama de llaves.

—Usted no me comprende —dijo—. Precisamente *porque* la quería siento que es un deber, un deber sagrado, hacer justicia a su hijo. Si está vivo, tengo que encontrarlo: por mi propio bien, además de por el suyo. Sucumbiré ante esta prueba horrible, si no me entrego con diligencia y de inmediato al cumplimiento de lo que mi conciencia me dice que debe hacerse. Tengo que hablar con mi abogado; tengo que poner a mi abogado a trabajar en esto antes de ir a la cama esta noche —se acercó a un tubo que había en la pared del comedor y llamó al despacho—. Déjeme a solas un momento, Mrs. Goldstraw— continuó—, estaré en mejores condiciones de hablar con usted más tarde. Nos llevaremos bien, espero que nos llevemos bien, a pesar de lo ocurrido. No es de su responsabilidad, sé que no es de su responsabilidad. ¡Hala, hala! Déme la mano y... haga todo lo que pueda en la casa. Ahora no soy ya capaz de hablar de esos asuntos.

La puerta se abrió mientras Mrs. Goldstraw se dirigía hacia ella y apareció Mr. Jarvis.

—Mande llamar a Mr. Bintrey —dijo el bodeguero—. Dígame que quiero verlo en persona.

El empleado, inconscientemente, postergó la ejecución de la orden al anunciar «Mr. Vendale», a la vez que daba paso al nuevo socio de la firma Wilding y Cía.

—Le ruego que me disculpe por un momento, George Vendale —dijo Wilding—. Tengo que decirle algo a Jarvis. Mande llamar a Mr. Bintrey —repitió—, mándelo llamar de inmediato.

Mr. Jarvis dejó sobre la mesa una carta antes de abandonar el comedor.

—De nuestro representante en Neuchâtel, creo, señor. La carta trae el matasellos de Suiza.

NUEVOS PERSONAJES EN ESCENA

Las palabras «matasellos de Suiza», que aparecían inmediatamente detrás de la referencia del ama de llaves a ese país, llevaron la agitación de Mr. Wilding a tan elevado nivel que su nuevo socio no podía pretender sinceramente que ese estado le pasaba desapercibido.

—¿Qué ocurre, Wilding? —preguntó a toda prisa, aunque a la vez se detuvo y echó una mirada a su alrededor, como si buscara alguna causa visible de este estado de ánimo.

—Mi buen George Vendale —respondió el bodeguero, mientras le tendía la mano con un aire suplicante, como si en realidad más que saludarlo quisiese ayudarlo a salvar un obstáculo—, mi buen George Vendale, es tan fuerte lo que pasa que yo jamás volveré a ser el mismo. Es imposible que pueda volver a serlo, porque en realidad yo no soy yo mismo.

El nuevo socio, un joven apuesto, de mejillas bronceadas y más o menos la misma edad de Wilding, con una mirada aguda y decidida y una actitud enérgica, replicó con el asombro lógico:

—¿Que no eres tú mismo? —No el que supuse que era —dijo Wilding. —¿En el nombre del Señor! ¿Qué has supuesto que eras y no eres? —fue la réplica, expresada con una franqueza tan jovial que incluso habría invitado a la confidencia a un hombre más reservado aún—. Ahora que somos socios puedo preguntarlo sin ser impertinente.

—¿Otra vez! —exclamó Wilding, a la vez que se echaba atrás en su silla y dirigía una mirada perdida a su interlocutor—. ¡Socios! No tengo el derecho de estar en este negocio. Nunca estuvo destinado a mí. Mi madre jamás pensó que tuviera que ser mío. Quiero decir, su madre pensaba que tenía que ser de él, si es que quiero decir algo o si soy alguien.

—Venga, venga —dijo su socio tras una pausa, con la actitud de tranquila confianza que inspira una naturaleza fuerte cuando de verdad quiere ayudar a otro, más débil—. Sea lo que sea lo que haya ido mal, estoy seguro de que no ha sido por tu culpa. No he pasado contigo, en este despacho, tres años bajo el antiguo régimen para dudar de ti, Wilding. No éramos más jóvenes de lo que somos, ambos, para eso. Déjame que inicie nuestra sociedad como un socio útil y que ponga en su sitio lo que esté fuera de lugar. ¿Esta carta tiene algo que ver con todo esto?

—¡Ah! —dijo Wilding, llevándose una mano a la sien—. ¡Otra vez! ¡Mi cabeza! Estaba olvidando la coincidencia. El matasellos de Suiza.

—Ahora que miro con atención, veo que la carta está cerrada, de modo que no es muy probable que tenga mucho que ver con este asunto —dijo Vendale, con una calma reconfortante—. ¿Es personal o para la firma?

—Para la firma —dijo Wilding.

—¿Qué te parece si la abro y la leo en voz alta, para quitarla de en medio?

—Gracias, gracias.

—Sólo es una carta de nuestros amigos fabricantes de champagne, la Casa de Neuchâtel. «Apreciado Señor: Acabamos de recibir su apreciada de fecha 28 pdo., en la que nos informa de que Mr. Vendale ha pasado a ser socio de su empresa, por lo que le hacemos llegar nuestra sincera enhorabuena. Permítanos aprovechar esta ocasión para recomendar especialmente ante ustedes a M. Jules Obenreizer...». ¡Imposible!

Wilding alzó los ojos con una aprensión súbita.

-¿Qué?

—Un nombre imposible —respondió su socio con ligereza—Obenreizer «... para recomendar especialmente ante ustedes a M. Jules Obenreizer, de Soho Square, Londres norte, en adelante con plenas credenciales como agente nuestro, que ya ha tenido el honor de tratar con Mr. Vendale en su (es decir, de M. Obenreizer) país de origen, Suiza». ¡Pero mira en lo que estaba pensando! Ahora recuerdo: «de viaje con su sobrina».

—¿Con su...? —Vendale había dicho la palabra con tanta imprecisión que Wilding no la había oído.

—De viaje con su Sobrina. La Sobrina de Obenreizer—dijo Vendale, con una dicción exageradamente clara—. Sobrina de Obenreizer. Los conocí en mi primera visita a Suiza, viajé con ellos por poco tiempo, y dejé de verlos durante dos años; los volví a ver en mi penúltima visita a Suiza y desde entonces, nunca más. Obenreizer. La Sobrina de Obenreizer. ¡Claro que sí! ¡Después de todo, un nombre posible! «M. Obenreizer es depositario de nuestra absoluta confianza y no dudamos de que usted sabrá estimar sus méritos». Firma ilegible por la casa Defresnier y Cía. Muy bien. Me comprometo a ver a M. Obenreizer de inmediato y a quitárnoslo de bajo los pies. Con eso eliminamos lo del matasellos suizo. Ahora bien, mi querido Wilding, dime qué puedo eliminar de tu camino, y encontraré la manera de hacerlo.

Más que preparado para aceptar que fuera así y agradecido por ello, el honesto bodeguero estrechó la mano de su socio y, tras declararse un Impostor con voz patética, le expuso el caso.

—Por eso, sin duda, mandabas en busca de Bintrey cuando yo entré—dijo el socio, después de pensar un momento. —Por eso.

—Tiene experiencia y es sagaz; estoy ansioso por oír su opinión. Es una osadía, es arriesgado que te dé la mía antes de conocer la de él, pero no puedo guardármela. O sea que, lisa y llanamente, no veo estas circunstancias tal como las ves tú. No veo tu posición tal como la ves tú. Y lo de que seas un Impostor, mi querido Wilding, es sencillamente absurdo, porque ningún hombre puede serlo sin ser parte consciente en un engaño. Es indudable que tú jamás lo fuiste. En cuanto a la herencia recibida de la dama que te creía su hijo, y a la que tú te viste llevado a considerar tu madre por lo que ella decía, piensa si eso no surgió de vuestras relaciones personales. Poco a poco te sentiste más y más unido a ella; poco a poco se sintió más y más unida a ti. A ti, a ti personalmente concedió ella esos bienes mundanos; de ella, de ella personalmente los recibiste.

—Supuso —objetó Wilding, sacudiendo la cabeza— que me asistía un derecho natural ante ella, un derecho que no tengo.

—Así es, debo admitir —respondió su socio— que eso es cierto. Pero, si ella hubiera hecho seis meses antes de morir el descubrimiento que tú acabas de hacer, ¿crees que habría olvidado los años que pasasteis juntos, la ternura mutua que os profesabais, el conocimiento profundo de una y otro?

—Lo que yo piense —dijo Wilding, que con simplicidad, aunque también con obstinación, se atenía al hecho puro— no puede alterar la verdad, tal como no puede hacer que se derrumbe el firmamento. La verdad es que estoy en posesión de lo que pertenecía a otro hombre.

—Tal vez esté muerto —dijo Vendale.

—Tal vez esté vivo —dijo Wilding—. Y si está vivo, ¿no lo he desposeído, inocentemente, te garantizo que inocentemente, durante demasiado tiempo? ¿No lo he desposeído de todas las horas felices que yo disfruté en su lugar? ¿No lo he desposeído del exquisito deleite que llenó mi alma cuando la querida señora —señaló el cuadro con la mano— me dijo que era mi madre? ¿No lo he desposeído de todos los cuidados que ella me dispensó? ¿No lo he desposeído incluso de toda la devoción y respeto que con tanto orgullo le dispensé a ella? Por eso me pregunto, George Vendale, y te pregunto a ti: ¿Dónde está ese hombre? ¿Qué ha sido de él?

—¿Quién sabe!

—Debo tratar de encontrar a quien lo sepa. Debo hacer investigaciones. No debo abandonar nunca esas investigaciones. Viviré de los intereses de mi capital, debería decir del capital de él, en este negocio y dejaré el resto para él. Cuando lo encuentre, quizá me encomiende a su generosidad, pero se lo entregaré todo. Lo haré, lo juro. Por lo mucho que la he querido y respetado— dijo Wilding, mientras mandaba con la mano un beso reverente al retrato; después se cubrió los ojos con esa misma mano—, por lo mucho que la he querido y respetado, y porque tengo un mundo de razones para estarle agradecido— y volvió a desplomarse.

Su socio se levantó de la silla que había ocupado y se acercó a él, para ponerle una mano en el hombro con suavidad.

—Wilding, ya sabía antes de hoy que eres un hombre recto, con una conciencia limpia y un corazón de oro. Es una fortuna para mí que tenga el privilegio de vivir tan cerca de un hombre tan digno de confianza. Estoy agradecido por esto. Utilízame como tu mano derecha y confía en mí hasta la muerte. No pienses mal de mí si te aseguro que en mis sentimientos ahora mismo predomina uno confuso, y aun podría decirse que poco sensato.

Siento mucha más pena por la señora y por ti, porque no soportas estas supuestas relaciones, que la que siento por ese hombre desconocido (si es que llegó a ser un hombre), porque él quedó desplazado sin saberlo. Has hecho bien en mandar llamar Mr. Bintrey. Lo que pienso será una parte de la opinión de él, y sé que es la totalidad de la mía. No des ni un paso precipitado en este serio asunto. Tendremos que guardar el secreto estrictamente entre nosotros, porque darlo a conocer con ligereza sería una invitación a que se hagan reclamaciones fraudulentas, sería dar alas a un montón de bribones, permitir una tormenta de perjuros y enredos. No tengo más que decirte, Walter, como no sea recordarte que me has vendido una parte de tu negocio expresamente para evitarte más trabajo del que ahora te permite tu salud, y que la compré precisamente para trabajar y quiero hacerlo. Con estas palabras y un apretón de despedida al hombro de su socio, que fue el mejor modo posible de subrayarlas, George Vendale se dirigió de inmediato al despacho y, a continuación, a la casa de M. Jules Obenreizer.

Cuando desembocó en Soho Square, y dirigió sus pasos hacia el lado norte, una ola de rubor pasó por su cara bronceada por el sol, idéntica a la que Wilding, si hubiera sido mejor observador o se hubiese ocupado menos de sus propios problemas, podría haber advertido cuando su socio leyó en voz alta cierto pasaje de su corresponsal suizo, que además no leyó con tanta claridad como el resto.

Una peculiar colonia de montañeses vivía encerrada en ese pequeño barrio londinense de Soho. Relojeros suizos, plateros suizos, joyeros suizos, importadores suizos de cajas musicales suizas y de juguetes suizos de distintas clases se agrupaban allí. Profesores suizos de música, de pintura y de idiomas; artesanos suizos con trabajos estables; correos suizos y otros trabajadores siempre sin ocupación estable; industriosas lavanderas y planchadoras suizas; mujeres y hombres suizos con una existencia misteriosa; suizos apreciables y suizos nada apreciables; suizos en los que se podía confiar y suizos en los que no se podía confiar; estas diversas partículas suizas eran atraídas por un centro en el barrio de Soho. Miseras casas de comida suizas, cafeterías y pensiones, platos y bebidas suizas, servicios religiosos suizos en día domingo, y escuelas suizas para los días laborables, todo, se podía encontrar allí. Incluso las tabernas de ingleses nativos se ocupaban de una especie de comercio inglés a medias: anunciaban en sus escaparates aperitivos y copas suizas, y daban albergue en sus bares a escaramuzas suizas de amores y enfados casi todas las noches del año.

Cuando el nuevo socio de Wilding y Cía. tocó el timbre de la puerta que mostraba un rotundo apellido OBENREIZER grabado en una placa de bronce —la puerta interna de un edificio importante, cuya planta baja estaba dedicada a la venta de relojes suizos—, entró de inmediato en un ambiente doméstico suizo. Una estufa revestida de azulejos blancos, para tiempos invernales, ocupaba la chimenea del salón al que le hicieron pasar; el suelo desnudo era de varias maderas corrientes distintas, que formaban un dibujo bien definido; la habitación tenía un aire de desnudez y gran limpieza; la pequeña alfombra cuadrada, de flores, que había junto al sofá y la repisa de la chimenea, con su tapete de terciopelo, su gran reloj y los vasos con flores artificiales establecían un contraste con ese tono, como si al considerar el conjunto, se pudiera pensar que un parisiense había adaptado una vaquería para sus fines domésticos.

Un sucedáneo de agua caía de la rueda de un molino debajo del reloj. El visitante no había pasado un minuto siguiendo la caída con los ojos, cuando M. Obenreizer, a su lado, lo sobresaltó diciendo, en muy buen inglés, con muy poco acento:

—¿Cómo está usted? ¡Qué alegría verle! —Oh, perdón. No le oí entrar. —¡Nada, nada! Siéntese, por favor. Después de soltar al visitante, cuyos codos había sujetado suavemente a modo de abrazo, M. Obenreizer se sentó, a la vez que comentaba, sonriente:

—¿Está usted bien? ¡Cuánto me alegro! —y volvió a tocarle un codo.

—No sé —dijo Vendale después del intercambio de saludos— si usted ha recibido noticias sobre mí desde su oficina de Neuchâtel. —¡Ah, sí!

—¿En relación con Wilding y Cía.? —Sí, por cierto.

—¿No le resultará, pues, extraño que venga a su casa de Londres, como integrante de la firma Wilding y Cía. a presentarle los respetos de nuestra casa?

—¡No, claro que no! ¿Qué le decía yo cuando estábamos en las montañas? Decimos que es amplio, pero el mundo es tan pequeño. Es tan pequeño que no es posible mantenerse alejado de la gente. Hay tan pocas personas en el mundo que siempre se cruzan y vuelven a cruzarse. Tan pequeño es el mundo que no te puedes librar de una determinada persona. No se trata —y tocó otra vez el codo de Vendale, sonriendo con afán de congraciarse— de que quiera librarme de usted.

—Espero que así sea, *Monsieur Obenreizer*.

—Por favor, en su país tráteme de *Mister*. Así lo hago yo mismo, por lo mucho que quiero a su tierra. ¡Ah, si yo fuera inglés! Pero no nací tal. ¿Y usted? A pesar de ser parte de una buena familia, ¿desciende usted a practicar el comercio? Pero, nada. ¿Vinos? ¿En Inglaterra es un comercio o una profesión? ¿No será un arte?

—Mr. Obenreizer —respondió Vendale, un tanto desconcertado—, yo no era más que un tonto joven, muy joven, la primera vez que tuve el placer de viajar con usted y cuando usted, yo y *Mademoiselle*, su sobrina... ¿Está bien?

—Está bien, gracias.

—... Compartimos algunos pequeños riesgos entre los hielos. Si con vanidad juvenil me jacté de mi familia, lo hice, creo, para presentarme a mí mismo. Fue algo poco adecuado y de mal gusto; pero quizá usted conozca el proverbio inglés que dice «Vivir para saber».

—Usted le está dando demasiado importancia al asunto—respondió el suizo—. ¡Y qué demonios! Después de todo, la suya era una buena familia.

La risa de George Vendale dejaba traslucir cierta incomodidad en su respuesta.

—¡Pues sí! Estuve muy unido a mis padres y la primera vez que viajamos juntos, Mr. Obenreizer, me encontraba yo en el momento mismo en que había entrado en posesión de lo que mi padre y mi madre me habían dejado. O sea que espero que aquello haya sido, después de todo, una juvenil amplitud de palabra y de corazón, más que jactancia.

—¡Pura amplitud de palabra y de corazón! ¡Nada de jactancia! —exclamó Obenreizer—. Usted quiere pagar un impuesto excesivo. ¡Se aplica un impuesto excesivo, a fe mía! ¡Como si usted fuera su Gobierno a la hora de aplicarle impuestos! Además, eso empezó por mi culpa. Recuerdo aquella noche, en el barco, mientras avanzábamos por el lago, entre las imágenes reflejadas de montañas y valles, riscos y pinares, que eran mis recuerdos más antiguos; entonces dibujé con palabras un cuadro de mi niñez sórdida. Hablé de nuestra pobre cabana, junto al salto de agua que mi madre mostraba a los viajeros; del establo en el que yo dormía con las vacas; de mi hermanastro idiota que siempre estaba sentado a la puerta o que iba cojeando hasta el puerto para mendigar; de mi hermanastra, que siempre estaba hilando, con su enorme bocio apoyado en una gran piedra; de que yo era una mísera criatura hambrienta y desnuda de dos o tres años, mientras que ellos eran hombres y mujeres con manos duras capaces de pegarme, pues fui el único niño del segundo matrimonio, si es que fue un matrimonio, de mi padre. Era más que natural que usted se comparara conmigo y dijese: «Somos casi de la misma edad; por esa misma época yo estaba sentado en el regazo de mi madre, dentro del coche de mi padre, paseándome por las ricas calles inglesas, con toda clase de lujos a mi alrededor y la pobreza bien lejos de mí. ¡Éstos son mis primeros recuerdos, bien distintos de los suyos!».

Mr. Obenreizer era un joven moreno, de cabello oscuro, en cuya tez curtida jamás se advertía un matiz rosado. En los casos en que otras mejillas mostrarían rubor, las suyas no

dejaban ver sino un latido apenas perceptible, como si la maquinaria que debía elevar la sangre ardiente estuviera allí, pero con sus conductos secos. Era hombre robusto, bien proporcionado y de rasgos atractivos. Muchos podían intuir que cierto cambio superficial en él les habría dado más tranquilidad, pero nadie era capaz de definir de qué cambio se trataba. Si sus labios hubiesen sido mucho más gruesos y su cuello más delgado, habrían visto colmados sus deseos.

Pero la gran peculiaridad de Obenreizer era una especie de niebla indefinible que cubría sus ojos— al parecer por obra de su propia voluntad— con un velo impenetrable, que eliminaba no sólo de esos delatores sino incluso de todo su rostro cualquier gesto que no fuera el de la atención. Esto de ningún modo significaba que su atención fuera a centrarse por entero en la persona con quien estuviese hablando, ni tampoco se concentraba en los sonidos y objetos circundantes. Por el contrario, era una vigilancia de todo lo que tenía en su propio cerebro, y de todo lo que sabía o suponía presente en el cerebro de los demás.

En ese momento de la conversación, aquella niebla cayó sobre Mr. Obenreizer.

—El objeto de mi presente visita —dijo Vendale— es asegurarle, casi no necesito decírselo, la cordialidad de Wilding y Cía., el excelente crédito que tiene con nosotros y nuestro deseo de servir a usted. En pocas palabras: esperamos ofrecerle nuestra hospitalidad. Las cosas no están aún ordenadas por completo en nuestra firma, porque mi socio, Mr. Wilding, está reorganizando el aspecto doméstico de la casa, y se ha visto interrumpido por algunos asuntos privados. Creo que usted no conoce a Mr. Wilding.

Mr. Obenreizer no lo conocía.

—Tendrán que verse pronto. Wilding estará muy contento de conocerle, y creo que puedo predecir que usted lo estará de conocerle a él. Supongo que no hace mucho que está usted instalado en Londres, Mr. Obenreizer.

—Acabo de hacerme cargo de esta agencia.

—*Mademoiselle*... su sobrina, ¿no se ha casado?

—No se ha casado.

George Vendale echó una mirada a su alrededor, como si buscara alguna señal de ella.

—¿Ha estado en Londres?

—Está en Londres.

—¿Cuándo y dónde podré tener el honor de volver a presentarle mis respetos?

Mr. Obenreizer disipó la niebla que lo cubría, tocó el codo de su visitante tal como ya antes lo había hecho y dijo con afabilidad:

—Suba conmigo.

Bastante agitado por la presteza con que se avecinaba la entrevista por él tan deseada, George Vendale subió las escaleras. En una habitación que estaba justo encima del salón que acababan de abandonar —una habitación también amueblada en estilo suizo—, sentada junto a una de las tres ventanas, una joven bordaba con bastidor; una señora mayor, sentada con la cara vuelta hacia otra estufa revestida de azulejos blancos (aunque era verano y la estufa no estaba encendida), limpiaba guantes. La joven lucía una muy abundante cabellera rubia de gran brillo, bellamente peinada en torno a una frente más blanca y generosa que la del tipo inglés habitual, y su rostro también era una pizca —tal vez se podría decir una chispa— más llena que la del tipo inglés habitual, en una figura también algo más llena que la de una joven inglesa típica de diecinueve años. El notable aire de libertad y gracia de sus miembros y de su actitud tranquila, y la magnífica pureza y frescura en el color de su cara poblada de hoyuelos, y en el de sus relucientes ojos grises, parecían estar colmados del aire de las montañas. También se asomaba Suiza, aunque el aire general de sus ropas era inglés, en el gracioso corpiño que llevaba, y estaba latente en el curioso bordado de sus medias rojas y en sus pequeños zapatos que lucían hebillas de plata. La dama mayor, sentada con los pies apoyados en la barra de bronce de la parte baja

de la estufa, con el regazo lleno de guantes, de los que estaba limpiando uno calzado en su mano izquierda, era una verdadera imagen suiza de otro tipo; desde la amplitud de su espalda abultada y la solidez de sus respetables piernas (si se considera admisible la expresión), hasta el lazo de terciopelo negro bien ajustado a su garganta para reprimir una creciente tendencia al bocio, o, más arriba aún, hasta sus grandes pendientes de oro cobrizo, o, más arriba aún, hasta su tocado de tul negro montado sobre alambre.

—Miss Marguerite —dijo Obenreizer a la joven—, ¿recuerda usted a este joven?

—Pero —respondió a la vez que se ponía en pie sorprendida y algo confusa— ¿no es Mr. Vendale?

—Sí que lo es —dijo Obenreizer con sequedad—. Permítame, Mr. Vendale, *Madame Dor*.

La señora mayor que estaba junto a la estufa, con el guante puesto en su mano izquierda, como el rótulo de una guantería, se puso de pie a medias, miró a medias por encima de su amplio hombro, se dejó caer en su asiento otra vez y siguió frotando.

—*Madame Dor* —dijo Obenreizer— es tan gentil que me mantiene libre de manchas y desgarrones. *Madame Dor* complace mi debilidad de ir siempre pulcro y dedica su tiempo a quitar todas mis manchas y motas.

Madame Dor, con el guante abierto en el aire, escrutaba con ojo avizor la palma; en ese momento vio una mancha rebelde en Mr. Obenreizer y la frotó con energía. George Vendale se sentó junto al bastidor (después de haber estrechado la linda mano que su entrada había detenido), y miró la cruz de oro, que se hundía por detrás del corpino, con algo similar a la devoción de un peregrino que, por fin, ha llegado al santuario. Obenreizer se plantó en el centro del cuarto con los pulgares en los bolsillos de su chaleco y se cubrió con su niebla.

—Me decía él abajo, Miss Obenreizer —observó Vendale—, que el mundo es tan pequeño que las personas no pueden evitarse unas a otras. Yo lo he encontrado demasiado grande para mí desde la última vez que nos vimos.

—¿Ha viajado usted mucho? —preguntó la joven.

—No, no mucho, porque sólo he ido a Suiza todos los años; pero hubiera deseado, y en realidad lo deseé con frecuencia, que este pequeño mundo no brindara tantas oportunidades de largos desencuentros como brinda. De haber sido menos, podría haber encontrado antes a mis compañeros de viaje, sabe usted.

La guapa Marguerite se ruborizó y echó una mirada fugaz en dirección a *Madame Dor*.

—Nos encuentra usted al fin, Mr. Vendale. Quizá pueda perdernos otra vez.

—Confío en que no será así. La extraña coincidencia que me ha permitido encontrarlos me anima a esperar que no sea así.

—¿Qué coincidencia es ésa, señor, si es usted tan amable? —Un exquisito toque local en esa expresión y su tono lo volvían perfectamente cautivador, pensó George Vendale, al ver otra vez esa mirada rápida dirigida a *Madame Dor*. Cierta advertencia parecía implícita, por muy efímera que hubiese sido la ojeada, de modo que desde ese momento, calladamente, empezó a prestar atención a *Madame Dor*.

—Pues ocurre que me he convertido en socio de una firma comercial de Londres, a la que Mr. Obenreizer hoy mismo ha sido recomendado con calor, y esto por otra firma de negocios suiza con la que ocurre que ambos tenemos relaciones mercantiles. ¿No se lo ha dicho él?

—¡Ah! —intervino Obenreizer, sin su niebla—. No, no se lo había dicho a Miss Marguerite. El mundo es tan pequeño y tan monótono que es envidiable tener una sorpresa en un lugar tan pequeño y aburrido. Es como él se lo ha dicho, Miss Marguerite. Él, que es de tan buena familia y ha tenido una educación tan digna, condesciende en comerciar. ¡Comerciar! ¡Como nosotros, pobres labriegos que hemos salido de entre las acequias!

Una nube se abatió sobre la frente despejada y la joven bajó sus ojos.

—¡Oh, es bueno para el comercio! —prosiguió Obenreizer, con entusiasmo—. ¡Ennoblecen el comercio! La desdicha del comercio, su vulgaridad consiste en que cualquier persona de baja condición, como nosotros, pobres labriegos, pueda dedicarse a él y ascender gracias a él. Verá usted, mi querido Mr. Vendale —Obenreizer hablaba con mucha energía—, el padre de Miss Marguerite, mi hermanastro mayor, que duplicaría cumplidamente su edad o la mía de seguir con vida, iba descalzo, casi desnudo, por ese maldito puerto... iba y venía... llegó a comer con las mulas y los perros en una posada bastante lejana del valle mayor, llegó a ser chico allí, mozo de cuadra, camarero, cocinero, propietario. Como propietario me llevó consigo (¿podría haberse llevado a su hermano idiota y mendigo o a la monstruosa hilandera que era su hermana?), para colocarme como aprendiz de un famoso relojero, vecino y amigo suyo. Su mujer murió al dar a luz a Miss Marguerite. ¿Cuál fue su última voluntad y cuáles sus últimas palabras, dirigidas a mí, cuando él murió? «Todo para Marguerite, excepto esta cantidad anual para ti. Eres joven, pero la pongo a tu cuidado, porque provienes de los labriegos más oscuros y pobres que hay, como yo y como su madre; todos somos labriegos sucios y tú lo recordarás». Esto mismo se puede decir de la mayoría de mis paisanos que hoy comercian en este barrio londinense de Soho. Labriegos en otros tiempos; esclavizados labriegos suizos de baja condición. Es decir, que resulta una gran honra para el comercio —en ese punto, de la calidez anterior pasó a una expresión juguetona y jubilosa y volvió a tocar los codos del bodeguero, a modo de ligero abrazo— que sea exaltado por los caballeros.

—No lo veo así —dijo Marguerite, cubiertas de rubor sus mejillas y con una mirada que casi no se fijaba en el visitante con aire de desafío—. Creo que también lo exaltamos nosotros, los labriegos.

—¡Qué vergüenza, Miss Marguerite! —dijo Obenreizer—, usted habla con orgullo inglés.

—Hablo con orgullo verdadero —respondió la joven, y volvió con calma a su labor—, y no soy inglesa, sino la hija de un labrador suizo.

Había en esas palabras una exclusión total del tema, a la que Vendale no podía oponerse. Con ademán serio, dijo unas pocas palabras.

—De todo corazón concuerdo con usted, Miss Obenreizer, y así lo he dicho, de lo que puede dar testimonio Mr. Obenreizer —cosa que no ocurrió—, en esta misma casa.

Por entonces los de Vendale eran ojos veloces y observaban con atención a *Madame Dor* por momentos, por lo que advirtieron algo en las amplias espaldas de la señora. Había una exageración en sus movimientos al limpiar los guantes. Habían sido muy suaves mientras él hablaba con Marguerite, o incluso se habían detenido, como ocurre cuando alguien está escuchando. Cuando el discurso de Obenreizer sobre los campesinos llegó a su fin, la mujer frotó con más vigor, como si estuviese aplaudiendo a esas palabras. Y una o dos veces, cuando el guante (que sostenía siempre ante sí, un poco por encima de su cara) giraba en el aire, o cuando un dedo u otro se alzaba o bajaba, hasta llegó a pensar Vendale que así se establecía una comunicación telegráfica con Obenreizer, cuya espalda en ningún momento estuvo vuelta a la mujer, aunque tampoco parecía hacer caso de ella.

También observó Vendale que, en la actitud con que Marguerite descartó el tema al que por dos veces él se viera arrastrado a causa de la falacia de su presentación, había un deseo de controlar la actitud indignada de su tutor: como si ella lo hubiera instigado contra él, pero por influjo del temor. También observó —aunque era una nimiedad— que Obenreizer en ningún momento transpuso la distancia que lo separaba de la joven en el instante en que se detuvo en mitad del cuarto: como si hubiera límites fijados entre ellos. Tampoco se había referido a ella sin anteponer el tratamiento «Miss», aunque siempre que empleaba la palabra lo hacía con una muy sutil sombra de aire de burla. Y entonces se le ocurrió a Vendale, por primera vez, que algo peculiar en ese hombre, algo que él nunca antes

podiera definir, era definible como una sutil esencia de burla que eludía toda aprehensión o análisis. Sintió la convicción de que Marguerite era un tipo de prisionera aunque por propia voluntad, si bien, frente a esos dos que estaban unidos, se mantenía firme por la fuerza de su carácter, lo que, sin embargo, no bastaba para su liberación. Convencerse de esto no significaba estar menos dispuesto a amarla que antes. En resumen, estaba desesperadamente enamorado de ella y totalmente decidido a aprovechar la ocasión que, por fin, se le presentaba.

De momento, sólo habló del placer que Wilding y Cía. tendría muy pronto al invitar a Miss Obenreizer a honrar sus instalaciones con su presencia —un edificio antiguo muy especial, si bien era vivienda de un soltero—, por lo que no prolongó su visita más allá de los límites normales. Mientras bajaba por las escaleras, acompañado por su anfitrión, vio el despacho de Obenreizer, al fondo del salón de recibo, y a varios hombres sucios, vestidos con ropas de corte extranjero, que iban de un sitio a otro, a los que, con unas palabras en *patois*, Obenreizer ordenó ponerse a un lado para que ellos pudieran pasar.

—Campesinos—explicó mientras conducía a Vendale hacia la puerta—. Pobres compatriotas. ¡Agradecidos y fieles como perros! Adiós. Hasta más ver. ¡Encantado!

Otros dos ligeros toques en los codos lo despidieron en la calle.

La dulce Marguerite junto a su bastidor y las anchas espaldas de *Madame Dor* con su telégrafo flotaron ante sus ojos hasta el Recodo del Baldado. A su llegada, Wilding y Bintrey se habían reunido en consulta. Las puertas de la bodega estaban abiertas, y Vendale encendió una vela sostenida por una vara partida y bajó a recorrer las cavas. La grácil Marguerite lo siguió, fiel, flotando ante sus ojos, pero las anchas espaldas de *Madame Dor* se quedaron fuera.

Las cavas eran muy amplias y muy viejas. Aquello, cuando el pasado no era pasado aún, había sido una cripta de piedra: unos decían que integrante de un refectorio de monjes; otros, que de una capilla y otros, que de un templo pagano. Pero ya estaba todo convertido en uno. Que el que quisiera hiciese lo que le pareciera con una columna caída y un arco quebrado o lo que fuese. El viejo Tiempo había hecho lo que él había querido con todo ello, y se mostraba indiferente a las contradicciones.

El aire estancado, el olor a moho y el estrépito del tráfico de las calles, como si estuviesen fuera de la rutina de la vida ordinaria, casaban bastante bien con la imagen de la bella Marguerite que se mantenía firme ante los otros dos. Así siguió Vendale hasta que, en un recodo de las cavas vio una luz como la que él llevaba.

—¡Oh! ¿Es usted, está aquí, Joey?

—¿Dónde iba a está, si no? Yo debería decí «¡Oh! ¿Usté por aquí, es usted, patrón George?». Porque está aquí abajo es mi debe, pero no es el suyo.

—No gruña, Joey.

—Yo no gruño —respondió el encargado—. Si algo gruñe, es lo que se me ha metió por los poros, no soy yo.

Cuídese de que no empiece a gruñir algo dentro de usted, patrón George. Quédese por aquí el tiempo suficiente como para que los vapores hagan su trabajo, y lo harán.

Su ocupación en aquellos momentos consistía en meter la cabeza entre los recipientes, tomar medidas y hacer cálculos mentales, y registrarlos en una libreta que parecía de piel de rinoceronte y parte integrante de él mismo.

—Lo harán —repitió, mientras aplicaba la vara de madera con la que medía al espacio que había entre dos toneles, anotaba sus últimos cálculos y enderezaba su espalda—, ya puede fiarse de ellos. ¿Y ha entao usted en el negocio por la vía lega, patrón George?

—Por la vía legal. Espero que no tenga usted objeciones, Joey.

—Yo no las tengo, bendito sea. Pero los Vapores objetan que usted es demasiaio joven. Ustedes son demasiaio jóvenes los dó.

—Haremos frente a esa objeción día a día, Joey.

—Claro que sí, patrón George; yo también haré frente día a día a la objeción de que soy demasiado viejo, y por tanto no seré capaz de ver mucha mejoría en ustedes.

La respuesta divirtió tanto a Joey Ladle que el hombre gruñó una carcajada, y la repitió, y volvió a gruñir una carcajada después de la segunda edición de «mejoría en ustedes».

—Pero lo que no es cosa de risa, patrón George —siguió diciendo mientras se enderezaba otra vez—, es que el joven patrón Wilding ha ido y ha cambiado la suerte. Tenga presentes mis palabras. Ha cambiado la suerte y así lo descubrirá. ¡No me he pasado la vida aquí abajo pa' ná! Yo sé por lo que veo aquí abajo cuándo va a llover, cuándo va a escampa, cuándo soplará el viento, cuándo va a estar sereno. Yo, por lo que veo aquí abajo, también sé cuándo ha cambiado la suerte.

—¿Estos hongos que crecen en el cielo raso tienen algo que ver con sus premoniciones? —preguntó Vendale, mientras dirigía su vela hacia una excrecencia irregular de un hongo oscuro que pendía de los arcos, con un efecto muy desagradable y repugnante—. Somos famosos por los hongos de estas cavas, ¿verdad?

—Lo somos, patrón George —respondió Joey Ladle, mientras se apartaba un paso o dos—, y si usted quisiera seguir mi consejo, olvidaría ese tema.

Vendale, con la vara que en ese momento estaba entre dos toneles, tocó suavemente el hongo colgante y preguntó:

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Vaya, no tanto porque nace de los toneles de vino y puede hacerle pensar en la clase de cosas con que un encargado tiene que vérselas cuando hace lo mismo todos los días de su vida, ni porque en cierta fase de su crecimiento tengan gusano, y conseguirá usted que le caigan encima —respondió Joey Ladle, que se mantenía a cierta distancia—, sino por otra razón, patrón George. —¿Cuál?

—Yo no seguiría tocándoles, si estuviera en su luga, señor. Se lo diré si se aparta de allí. Primero, échele una mirada a su coló, patrón George. —Eso hago.

—Ya está hecho, señor. Ahora salga de allí. Se apartó con su vela y Vendale lo siguió con la suya. Cuando le dio alcance y salían los dos juntos, Vendale le echó una mirada mientras atravesaban las arcadas. —¿Y bien, Joey? El color.

—¿Se parece al de la sangre coagula, patrón George? —Un poco, quizá.

—Más que un poco, diría yo—farfulló Joey Ladle sacudiendo la cabeza con solemnidad.

—Bien, digamos que se parece; digamos que es idéntico. ¿Y qué?

—Patrón George, dicen...

—¿Quiénes?

—¿Cómo voy a saber quiénes? —replicó el encargado, en apariencia muy exasperado por la índole insensata de la pregunta—. ¡Ellos! Los que siempre están diciendo todas las cosas, ya sabe usted. ¿Cómo voy a saber yo quiénes son Ellos, si usted no lo sabe?

—Es verdad, siga.

—Dicen que el hombre al que por accidente le caiga un pedazo de esa cosa oscura en medio del pecho, con toda seguridad será víctima de un Asesinato.

Cuando Vendale, riendo, se detuvo para mirar a los ojos al encargado, que le había echado una ojeada rápida mientras decía con tono irreal aquellas palabras, de pronto tuvo conciencia de que una mano pesada le rozaba el pecho. De inmediato siguió con los ojos la acción de la mano que lo había tocado —era la de su acompañante—, y vio que le había quitado unas briznas o grumos del hongo, que caían, vacilantes, al suelo.

Por un momento dirigió al encargado una mirada tan temerosa como la que el encargado le dirigía a él. Pero al cabo de otro instante habían llegado a la luz del día, al pie de los escalones de la cava, y antes de subir por ellos con despreocupación apagó de un soplo su vela y la superstición al mismo tiempo.

SALE WILDING

A la mañana del día siguiente, Wilding salió sin compañía, tras dejar un mensaje a su empleado. «Si Mr. Vendale pregunta por mí, o si Mr. Bintrey llamara, les dirás que he ido a la Casa de Niños Expósitos», dijo. Todo lo que su socio le había expuesto, todo lo que su abogado, siguiendo el mismo criterio, le había explicado, lo dejó incommovible en su propio punto de vista. Encontrar a ese hombre perdido cuyo lugar él usurpaba era en esos momentos el supremo interés de su vida, y preguntar en la Casa de Niños Expósitos era, sin duda, el primer paso que había que dar para hacer ese descubrimiento. Por consiguiente, hacia la Casa de Expósitos se encaminó el bodeguero.

El aspecto en tiempos familiar del edificio había cambiado para él, así como había cambiado el retrato colgado sobre la repisa de la chimenea. La asociación más querida con el lugar que había cobijado su infancia estaba apartada para siempre de la Casa. Un extraño desagrado lo invadió cuando explicó su asunto en la puerta. Le dolía el corazón cuando se sentó a solas en la sala de espera, mientras iban a buscar al Tesorero de la institución. Cuando empezó la entrevista, tuvo que hacer un esfuerzo doloroso para guardar la compostura necesaria y explicar la naturaleza de su averiguación.

El Tesorero escuchó con una expresión que prometía toda la atención precisa y no prometió nada más.

—Tenemos la obligación de ser cautos —dijo cuando fue su turno de hablar— ante todas las preguntas que hagan personas desconocidas.

—No se me puede considerar un extraño —respondió Wilding con llaneza—, yo fui uno de los pobres niños abandonados aquí, en tiempos pasados.

El Tesorero cortésmente reconoció que esa circunstancia le inspiraba un interés especial en su visitante. Sin embargo, lo urgió a referir los motivos por los que hacía sus preguntas. Sin más preámbulos, sin callar nada, Wilding le dijo cuál era su motivo.

El Tesorero se puso en pie e indicó el camino hacia la sala en la que se guardaban los registros de la institución.

—Toda la información que haya en nuestros libros está a su entero servicio —dijo—. Después del tiempo transcurrido, me temo que es la única información podemos ofrecerle. Consultados los libros, se encontró la anotación que decía así:

«3 de marzo de 1836. Adoptado y apartado de la Casa de Niños Expósitos un varón llamado Walter Wilding. Nombre y datos de la persona que adoptó al niño: Mrs. Jane Ann Miller, viuda. Señas: Lime-Tree Lodge, Groombridge Wells. Referencias: reverendo John Harker, Groombridge Wells, y Messrs. Giles, Jeremie y Giles, banqueros, Lombard Street.»

—¿Esto es todo? —preguntó el bodeguero—. ¿No tuvieron ustedes ninguna noticia posterior de Mrs. Miller?

—Ninguna: de lo contrario habría alguna otra anotación en este libro.

—¿Puedo copiar esta nota?

—¡Por supuesto! Usted está un poco excitado. Permítame que la copie yo.

—Mí única oportunidad, supongo —dijo Wilding, mientras echaba una mirada triste a la copia—, es preguntar en el lugar de residencia de Mrs. Miller, y ver si sus referencias pueden darme ayuda.

—Es la única posibilidad que veo en este momento—respondió el Tesorero—. De todo corazón querría haber podido brindar a usted mayor ayuda.

Con esas reconfortantes palabras de despedida, Wilding emprendió su viaje de investigación, que empezara en las puertas de la Casa de Expósitos. La primera etapa que había que cumplir era, sin duda, acudir al despacho de los banqueros de Lombard Street. Cuando Wilding preguntó por ellos, dos de los socios de la firma no estaban accesibles a

los visitantes ocasionales. El tercero, después de aducir ciertas dificultades inevitables, permitió que un pasante examinara el Registro correspondiente a la letra «M». Se encontró la cuenta de Mrs. Miller, viuda, de Groombridge Wells. Había escritas dos largas líneas, con tinta desteñida; al pie de la página se leía esta nota: «Cuenta cerrada, 30 de septiembre de 1837».

Así se había cumplido la primera etapa del viaje, ¡y así terminaba: en un callejón sin salida! Tras enviar una nota al Recodo del Baldado para informar a su socio de que su ausencia podría prolongarse durante unas horas, Wilding montó en un tren y se dispuso a realizar la segunda etapa del viaje, que culminaría en la casa de Mrs. Miller, en Groombridge Wells.

Viajaban con él madres y niños: madres y niños que se encontraban en las estaciones, madres y niños que ya estaban en las tiendas cuando él entraba para preguntar por Lime-Tree Lodge. En todas partes la más tocante y tierna de las relaciones humanas se mostraba gozosamente a la luz gozosa del día. En todas partes se le recordaba el engaño entrañable del que había despertado de modo tan cruel, el recuerdo perdido que se había apartado de él como una imagen de un espejo.

A pesar de que preguntó aquí y allí, nadie supo darle razón de un lugar llamado Lime-Tree Lodge. Al pasar delante de una casa de arrendamientos, decidió entrar y hacer la pregunta por última vez. El empleado señaló, al otro lado de la calle, una casa desolada, de muchas ventanas, que podría haber sido una factoría, pero que fuera un hotel.

—Allí estaba Lime-Tree Lodge, señor —dijo el hombre—, hace diez años.

La segunda etapa completada y, nuevamente, ¡un callejón sin salida!

Pero aún quedaba otra posibilidad. Aún podía encontrar a Mr. Harker, el clérigo que había sido fiador. Como entraran clientes que ocuparon la atención del empleado, Wilding se marchó calle abajo, entró en una librería y preguntó si podían informarle de las señas actuales del Reverendo John Harker.

El librero mostró genuino sobresalto y asombro, y no respondió.

Wilding repitió su pregunta.

El librero sacó de la parte baja del mostrador un volumen encuadernado en sobrio color gris. Lo mostró a su visitante abierto en la portadilla interna. Wilding leyó: «El martirio del Reverendo John Harker en Nueva Zelanda. Relato de un antiguo miembro de su rebaño».

Wilding dejó el libro sobre el mostrador.

—Excúseme usted —dijo, tal vez sintiéndose un poco mártir mientras hablaba. El silencioso librero aceptó la disculpa con una inclinación de cabeza. Wilding salió de la librería.

Tercera y última etapa y, por tercera y última vez, un callejón sin salida.

No se podía hacer más; no había más posibilidad que la de volver a Londres, derrotado en todos los frentes. Durante el viaje de regreso, de vez en cuando el bodeguero le echaba una mirada a la copia del asiento del Registro de la Casa de Niños Expósitos. Entre las muchas formas de la desesperación, existe una —quizá la más penosa de todas— que se empecina en presentarse vestida de Esperanza. Wilding se impidió a sí mismo tirar el trozo de papel por la ventana del vagón. «Todavía podría llevarme a alguna parte», pensó. «Mientras viva, no me separaré de él. Cuando muera, mis herederos lo encontrarán unido a mi testamento».

Mas la idea de dejar establecidas sus últimas voluntades puso al buen bodeguero en una nueva senda de pensamiento, sin que se apartara de su mente el tema primordial. Tenía que hacer testamento de inmediato.

El uso de la expresión callejón sin salida para definir el caso había nacido de Mr. Bintrey. En la primera y extensa conversación posterior al descubrimiento, ese sagaz personaje había repetido centenares de veces, mientras sacudía la cabeza en un gesto obstinado:

—Un callejón sin salida, señor, sin salida. Creo que no hay modo de salir de esto en este momento, y mi consejo es que se quede usted tranquilamente donde está.

El transcurso de la prolongada consulta se había llevado una frasca de más de una cántara del oporto de cuarenta y cinco años, para remojar el legal gajnate de Mr. Bintrey; pero cuanto mayor era la claridad con que veía la forma de liquidar el vino, mayor era el énfasis con que no veía la forma de liquidar el caso; y cuantas veces dejaba sobre la mesa su copa vacía, reiteraba idéntica frase.

—Mr. Wilding, un callejón sin salida. Tranquilícese y dé gracias.

Es indiscutible que la ansiedad sentida por el honesto bodeguero en cuanto a hacer testamento nacía de una profunda responsabilidad, aun cuando es posible (y muy relacionado con su rectitud) que inconscientemente pudiera haber obtenido cierta sensación de alivio ante la idea de delegar su propia dificultad en los otros dos í hombres que iban a quedar tras él. Pero aun así, continuó su nueva vía de pensamiento con gran empeño, y sin pérdida de tiempo pidió a George Vendale y a Mr. Bintrey que se reunieran con él en el Recodo del Baldado para escuchar sus confidencias.

—Reunidos los tres a puertas cerradas —dijo Mr. Bintrey dirigiéndose en ese momento al nuevo participante—, deseo observar, antes que nuestro amigo (y cliente mío) nos haga saber sus nuevos puntos de vista, que comparto lo que, por cuanto me ha dicho Mr. Wilding, entiendo que ha sido su criterio, Mr. Vendale, que es el de cualquier hombre sensato. Le he dicho que debe guardar esto en total secreto. He hablado con Mrs. Goldstraw, en presencia y en ausencia de nuestro amigo; ¡y si en alguien hemos de depositar nuestra confianza (lo que es un SI enorme), pienso que ella ha de ser la merecedora de tal confianza hasta ese punto. He señalado a nuestro amigo (y cliente mío) que poner en marcha indagaciones indiscriminadas sería no sólo tentar al Demonio, bajo la forma de todos los timadores del Reino, sino también un despilfarrar del patrimonio. Pues bien, Mr. Vendale, nuestro amigo (y cliente mío) no quiere despilfarrar el patrimonio: por el contrario desea administrarlo con economía para quien considera (aunque yo no lo veo así) su legal propietario, por si algún día se encuentra a ese legal propietario. Y, o muy equivocado estoy yo, o eso jamás ocurrirá, aunque esto no importa. Cuando menos, Mr. Wilding y yo coincidimos en que el patrimonio no se debe despilfarrar. Ahora bien, he cedido ante el deseo de Mr. Wilding de publicar de tiempo en tiempo, en distintos periódicos, un anuncio con una cauta invitación a cualquier persona que pueda saber algo sobre la criatura adoptada en la Casa de Niños Expósitos, para que se persone en mi despacho; y me he comprometido a ocuparme de la publicación regular de ese anuncio. Nuestro amigo (y cliente mío) me ha citado aquí para que me reúna con ustedes y escuche las instrucciones que él quiera dar, no para que yo exponga mi parecer. Estoy pronto a recibir sus instrucciones y a respetar sus deseos; pero usted tendrá a bien observar que tal cosa no implica mi aprobación de ninguna de las dos cosas en el campo de la opinión profesional.

Así dijo Mr. Bintrey, que habló *para* Wilding tanto como a Vendale. No obstante, a pesar de su interés por su cliente, se mostraba tan divertido por su conducta quijotesca que, de cuando en cuando, clavaba en él unos ojos en los que brillaba la luz de una muy risueña curiosidad.

—Nada puede estar más claro —observó Wilding—. Sólo querría que mi cabeza estuviera tan clara como la suya, Mr. Bintrey.

—Si se refiere a que vuelven esos cánticos —sugirió el abogado con expresión inquieta—, déjela... me refiero a la entrevista.

—No, no es eso, gracias —dijo Wilding—. Lo que iba a...

—No se excite, Mr. Wilding —aconsejó el abogado.

—No, no iba a hacerlo —dijo el bodeguero—. Mr. Bintrey y George Vendale: ¿dudarían o harían alguna objeción a la idea de convertirse en mis fiduciarios y albaceas conjuntos, o aceptarían de inmediato?

—Yo acepto —respondió George Vendale rápidamente.

—Yo acepto —dijo Bintrey no tan rápidamente.

—Les doy las gracias a ambos. Mis instrucciones para mi última voluntad y testamento son breves y sencillas. Quizá tendrá usted la gentileza de tomar nota de ello ahora. Dejo la totalidad de mi patrimonio verdadero y personal, sin ninguna excepción ni reserva de ninguna clase a ustedes dos, mis fiduciarios y albaceas conjuntos, en depósito para entregarlo al verdadero Walter Wilding, si se lo encontrara e identificase dentro de los dos años posteriores a mi muerte. En caso contrario, encomiendo a ustedes entregarlos como donación y herencia a la Casa de Niños Expósitos.

—Son éstas todas sus instrucciones, ¿verdad, Mr. Wilding? —preguntó Bintrey, después de un silencio inespresivo, durante el cual nadie miró a nadie.

—Todas.

—Y en cuanto a estas instrucciones, ¿está usted absolutamente decidido, Mr. Wilding?

—Absolutamente, firmemente, irrevocablemente.

—Sólo resta —dijo el abogado con un encogimiento de hombros— atender al aspecto técnico y material, y formatizarlas y certificarlas. ¿Urge esto, acaso? ¿Hay alguna prisa al respecto? Porque usted no va a morir aún, señor.

—Mr. Bintrey —respondió Wilding con tono grave cuándo moriré es algo que está en conocimiento de quien que no es usted ni yo. Me sentiré contento de quitarme este asunto de la cabeza, si a usted no le importa.

—Somos abogado y cliente otra vez —replicó Bintrey, que de momento se mostraba casi simpático—. Si de hoy en una semana, aquí, a la misma hora, les conviene Mr. Vendale y a usted, lo anotaré en mi diario para cumplir el compromiso debidamente.

Se concertó y, en su momento, se respetó la cita. El testamento fue formalmente firmado, sellado, leído y refrendado por testigos; después Mr. Bintrey se lo llevó para guardarlo a salvo entre los papeles de sus clientes, ordenados en sus respectivas cajas de hierro, con los respectivos nombres de sus propietarios por el lado de fuera, apiladas sobre baldas metálicas en su despacho, como si ese santuario legal fuera una condensación de un Panteón Familiar de Clientes.

Con más empeño que el que había puesto en los últimos días en anteriores temas de interés, a continuación Wilding se entregó a la tarea de terminar con los arreglos de su patriarcal firma, para lo que encontró gran ayuda no sólo de Mrs. Goldstraw sino también de Vendale, quien tal vez tenía en mente la idea de ofrecer una comida a Obenreizer lo más pronto posible. Fuera como fuese, una vez inserta la casa en un orden de trabajo firme, los Obenreizer, tutor y pupila, fueron invitados a cenar y se incluyó a *Madame* Dor en la invitación. Si antes Vendale había estado enamorado hasta por encima de su cabeza —una frase que no debe tomarse como un juicio que admita la menor duda sobre su contenido—, esa comida lo hundió en el amor a una profundidad de diez mil pies. Ni siquiera por su vida misma pudo cambiar una palabra a solas con la encantadora Marguerite. En cuanto parecía llegado el momento bendito, Obenreizer en su estado neblinoso se plantaba al lado de Vendale o la amplia espalda de *Madame* Dor surgía ante sus ojos. Esa muda matrona nunca se mostró en una vista frontal, desde el instante de su llegada hasta el de su partida, con excepción de a la hora de la comida. Y cuando se retiraron al salón, después de haber participado con ahínco en la mesa, la mujer volvió su cara hacia la pared una vez más.

Con todo, a lo largo de cuatro o cinco deliciosas aunque confusas horas, Marguerite estuvo al alcance de los ojos, Marguerite estuvo al alcance de los oídos, Marguerite estuvo al alcance de las manos, en una que otra ocasión. Cuando recorrieron las viejas cavas oscuras,

Vendale la condujo de la mano; cuando ella cantó para él bajo las luces ya encendidas del salón, al atardecer, Vendale de pie a su lado sujetaba los guantes que ella se había quitado, y hubiera cambiado por ellos hasta la última gota del vino de cuarenta y cinco años, aunque hubiese tenido cuarenta y cinco veces cuarenta y cinco años y aunque su precio neto hubiese sido cuarenta y cinco veces cuarenta y cinco libras por docena. E incluso cuando ella ya se había marchado, y un terrible apagavelas cayó de pronto sobre el Recodo del Baldado, Vendale se atormentaba a sí mismo preguntándose si ella pensaba que él la admiraba. ¡Si ella pensaba que él la adoraba! ¡Si ella sospechaba que lo había invadido en cuerpo y alma! ¡Si se tomaba el trabajo de pensar en esas cosas! ¡Y así, con lo de si lo hacía y no lo hacía, arriba y abajo por toda la escala, por encima y por debajo del pentagrama, vaya, vaya! ¡Pobrecillo corazón humano incapaz de descanso! ¡Pensar que los hombres que hoy son momias miles de años atrás hacían lo mismo, y jamás encontraron el secreto para estar tranquilos después!

—¿Qué piensas de Mr. Obenreizer, George? —preguntó Wilding al día siguiente—. No te preguntaré qué piensas de Miss Obenreizer.

—Ni sé —dijo Vendale— ni nunca he sabido qué pensar de él.

—Es un hombre bien informado y listo —dijo Wilding.

—Listo sí que lo es.

—Un buen músico —había tocado y cantado muy bien la noche anterior.

—Sin duda, un buen músico.

—Y habla bien.

—Sí — dijo George Vendale, rumiando sus ideas—, y habla bien. ¿Sabes, Wilding?, de pronto se me ocurre, ahora que pienso en él, que no guarda silencio tan bien.

—¿Qué quieres decir? No es de los que hablan sin parar.

—No, si no me refiero a eso. Pero es que cuando calla, vagamente, aunque quizá de una manera muy injusta, no puedes por menos que desconfiar de él. Piensa por ejemplo en alguien a quien conozcas y te guste. Elige a cualquiera que conozcas y te guste.

—Está hecho, mi buen amigo —dijo Wilding—, te elijo a ti.

—No pensaba en esto, no se me había ocurrido —respondió Vendale, riendo—. Sin embargo, vale, elígeme a mí. Reflexiona un momento. ¿Tu idea aprobatoria de mis rasgos más notables la traduce (por diversas que sean las expresiones que pueda mostrar) mi cara cuando estoy en silencio?

—Creo que sí —dijo Wilding.

—Yo también lo creo así. Pues bien, cuando Obenreizer habla, es decir, cuando tiene ocasión de explicarse con amplitud, sale del paso bastante bien; pero cuando no tiene la oportunidad de explicarse con amplitud, queda bastante mal librado. Por eso digo que no guarda silencio demasiado bien. Y si paso revista rápida a las caras de quienes conozco y no me merecen confianza, me inclino a pensar, ahora que pongo atención en ello, que ninguna de esas personas guarda silencio como es debido.

Esta afirmación en materia de fisonomías era nueva para Wilding, que al principio tardó en admitirla, hasta que se preguntó si Mrs. Goldstraw guardaba silencio bien, y al recordar que su cara en reposo sin duda invitaba a la confianza, se sintió contento como todos los hombres lo están de creer lo que quieren creer.

Pero, como se mostrara muy lento en la recuperación de su ánimo y de su salud, su socio, como otro medio de que terminara de establecerse—y quizá también pensando en Obenreizer—, le recordó aquellos planes musicales suyos relacionados con su idea de una familia, con la que había que organizar lecciones de canto en la casa y un coro en la iglesia vecina. Las lecciones quedaron fijadas con presteza y, como dos o tres personas ya tenían ciertos conocimientos musicales y cantaban tolerablemente, pronto quedó organizado el coro. Wilding era quien dirigía y daba casi todas las clases corales, pues tenía esperanza de

convertir a sus empleados en otros tantos expósitos, al menos en lo referido a su capacidad de cantar obras corales religiosas.

Como los Obenreizer sabían de música, fue fácil concretar que se los invitara a participar de esas tertulias musicales. Con el consentimiento del Tutor y la Pupila, o con el del Tutor por ambos, fue fácil concretar que la de Vendale se convirtiese en una vida de absoluta servidumbre y fascinación. En la antigua iglesia dominical de Christopher Wren, con sus muy amados feligreses congregados, veinticinco fortachones, ¡era la voz de ella la que inundaba como la luz los rincones más oscuros, estremeciendo los muros y columnas como si fueran partes del corazón de Vendale! En ese tiempo, en que también *Madame Dor* en un rincón del alto banco daba espaldas a todos y a todo, no podía dejar de participar correctamente del ritual en algún momento del servicio: como el hombre al que los médicos han recomendado que se emborrache una vez al mes y que, por incapacidad de respetar la advertencia, se emborracha todos los días.

Mas incluso esos domingos seráficos se veían superados por los conciertos fijados los días miércoles para la familia patriarcal. En su transcurso, ella se sentaba al piano y les cantaba, en su idioma, canciones de su tierra, canciones que desde la cima de las montañas llegaban a Vendale. «Por encima de la tierra, ven conmigo, ven, elévate; lejos de la muchedumbre, sigúeme, conmigo sube, fúndete en la azul distancia. ¡Llega hasta mi lado y ámame!». Entonces el elegante corpino, las medias bordadas y los zapatos con hebillas de plata, como la frente amplia y los ojos brillantes, tenían la fuerza de una gacela, hasta que la melodía llegaba a su fin.

Ni siquiera sobre el propio Vendale esas canciones de la joven ejercían un atractivo más poderoso que el que tenían sobre Joey Ladle, de un modo diferente. Mientras se negaba con firmeza a estropear las armonías participando en el canto, y a la vez que demostraba el mayor desdén por las escalas y ese tipo de rudimentos de la música —que, sin duda, rara vez cautiva a los meros oyentes—, Joey al principio desacreditó toda aquella actividad definiéndola como un mal negocio y al grupo de intérpretes, como un conjunto de derviches aulladores. Pero, tras descubrir cierto día huellas de una armonía pura en una de las voces de una partitura, dio a sus dos subordinados de las bodegas unas débiles esperanzas de que con el correr del tiempo llegarían a algo. Un anthem de Händel produjo nuevos incentivos, aunque Joey objetaba que el gran músico tenía que haber estado en alguna de esas cavas extranjeras durante mucho tiempo, porque iba y repetía la misma cosa una cantidad de veces: lo que, tomado como se tomase, para él era una señal segura de que se había tomado de alguna manera. En una tercera ocasión, la presentación en público de Mr. Jarvis a la flauta y de un hombre extraño al violín, para ejecutar ambos un dúo, le resultó tan asombrosa que, por su propio impulso y decisión, se sintió inspirado para decir «¡Ann Koar!» una y otra vez, como si llamara de un modo familiar a alguna dama que se hubiera distinguido en la orquesta. Pero fue éste su testimonio final ante los méritos de sus compañeros porque, como el dúo se ejecutó en el concierto del primer miércoles y fue seguido de inmediato por la voz de Marguerite Obenreizer, Ladle permaneció sentado, con la boca abierta de par en par, arrobado, hasta que ella terminó su intervención; de inmediato, se puso de pie con gran solemnidad, prologó lo que iba a decir con una reverencia que incluía en especial a Mr. Wilding, y expresó su sentimiento de agrado: «¡Después d'esto, tóos ustede pueden irse a la cama!». E incluso en adelante se negó a rendir homenaje con cualesquiera otras palabras a los méritos musicales de la familia.

Así se inició una relación personal privada entre Marguerite Obenreizer y Joey Ladle. Ella se rió de tan buena gana al oír su cumplido, y no obstante tan turbada, que Joey se atrevió a decirle, una vez terminado el concierto, que esperaba no haberse confundido hasta el punto de haberse tomado una libertad excesiva. La joven respondió con gracia y Joey replicó con una reverencia.

—Usted va a cambiar la suerte, Miss —dijo Joey, con otra nueva reverencia—. Es como si, estando usted aquí, se fuera a reanimar la buena suerte del lugar.

—¿Yo puedo? ¿Reanimar la suerte? —respondió ella, en su gracioso inglés y con un gracioso asombro—. Me temo que no comprendo. Soy muy tonta.

—El joven patrón Wilding, Miss —explicó Joey con tono confidencial, aunque sin lograr iluminarla demasiado—, cambió la suerte antes de asociarse con el joven patrón George. Así lo digo yo y así lo verán ellos. ¡Señó! ¡Usted sólo venga por aquí y cántenos la suerte unas poca de veces, Miss, y no habrá manera de que no sea así!

Con esto y toda una plaga de nuevas reverencias, Joey se apartó de la reunión. Pero como Ladle era una persona con mando y como aun una conquista involuntaria resulta grata a la juventud y a la belleza, Marguerite preguntó por él la vez siguiente, con alegría.

—¿Dónde está mi Mr. Joey, por favor? —interrogó a Vendale.

O sea que Joey fue convocado, se estrecharon las manos y eso se convirtió en una Costumbre Institucionalizada.

Otra Costumbre Institucionalizada surgió de distinta forma. Joey era un poco duro de oído. El mismo decía que eran los «Vapores» y tal vez lo fueran; pero fuera cual fuese la causa de ese efecto, el efecto estaba en él. En la primera ocasión lo habían visto deslizándose a lo largo de la pared, con la mano izquierda a modo de bocina sobre la oreja izquierda, para escabullirse al fin a una silla muy cercana a la cantante, lugar y posición en que se mantuvo hasta que dirigió a sus amigos aficionados la felicitación antes mencionada. Al miércoles siguiente se observó que la actividad de Joey como «máquina de picar» no fue normal durante la comida, y en la mesa corrió el rumor de que eso se explicaba por sus muy altas expectativas respecto de la intervención de Miss Obenreizer, y por su temor de no tener un lugar desde el que pudiera oír cada nota y cada sílaba. El rumor llegó a oídos de Wilding, quien, llevado por su buen natural, llamó a Joey a primera fila por la noche, antes de que Marguerite empezara. Así nació para las veladas sucesivas la Costumbre Institucionalizada de que Marguerite, mientras deslizaba los dedos sobre el teclado, antes de cantar, siempre dijese a Vendale: «Por favor, ¿dónde está mi Mr. Joey?», y Vendale siempre fuera en su busca y lo acomodara en un sitio cercano. Además, también se hizo costumbre que entonces, cuando todos los ojos estaban fijos en él, Ladle expresara en su cara el máximo desdén por los esfuerzos de sus amigos, y confianza sólo en Marguerite, a la que contemplaba de pie, con un aire no demasiado distinto del que tendría un rinoceronte de un libro de lectura infantil, domesticado y erguido sobre las patas traseras. Y asimismo fue costumbre que cuando, después de las canciones, se quedaba en estado de éxtasis y algún osado, a sus espaldas, le preguntaba: «¿Qué te ha parecido, Joey?», replicara como si respondiese a un estímulo que en ese mismo instante le inspirase sus palabras: «¡Después d'esto, tóos ustede pueden irse a la cama!». Todos estos fueron los elementos de la Costumbre Institucionalizada.

Mas los placeres sencillos y las pequeñas bromas del Recodo del Baldado no estaban destinados a tener una larga vida. Debajo de ellos desde el primer momento hubo un asunto serio, que cada miembro de la patriarca familia conocía aunque, por acuerdo tácito, nadie hablara de él: la salud de Mr. Wilding no era buena.

Podría haber superado el golpe si hubiese contado con el único gran afecto de su vida, o podría haber superado el conocimiento de estar en posesión de la propiedad de otro hombre; pero ambas cosas juntas eran demasiado para él. Al verse acosado por dos fantasmas se hundió en una profunda depresión. Los espectros inseparables se sentaban con él ante su escritorio, comían de su plato, bebían de su copa y se quedaban junto a su cama por las noches. Cuando recordaba el amor de su supuesta madre, se sentía como si lo hubiese robado. Cuando recuperaba en parte sus fuerzas gracias al respeto y la adhesión de

sus dependientes, se sentía como si incluso fuera un embaucador al hacerlos felices, porque eso tendría que haber sido el deber y la gratificación del hombre desconocido.

Poco a poco, bajo la presión de las cavilaciones de su mente, su cuerpo se abatió, su paso perdió elasticidad, sus ojos pocas veces se alzaban del suelo. Sabía que no era responsable del lamentable error que se había cometido, pero también sabía que no podía enmendarlo, porque los días y las semanas pasaban y nadie reclamaba su nombre ni sus propiedades. Y entonces empezó a apoderarse de él una conciencia nebulosa de una confusión reiterada con frecuencia en su cabeza. Se perdía misteriosamente, a veces durante horas enteras, y otras durante un día y una noche enteros. Una vez, su memoria se paralizó cuando se levantó de la cabecera de la mesa, tras la cena, y quedó en blanco hasta el amanecer. Otra vez, la perdió mientras marcaba los tiempos al coro, y la recuperó en momentos en que caminaba con su socio por el patio, a la luz de la luna, mediada ya la noche siguiente. Preguntó a Vendale (siempre considerado, capaz de colaborar y cooperar) qué había ocurrido. Vendale sólo respondió: «No te encontrabas bien, eso es todo». Después buscó explicaciones en los rostros de su gente, pero ellos salían del paso con un «Me alegro de verlo tan bien, señor» o «Espero que siga usted bien, señor», frases en las que no había información ninguna.

Por fin, cuando la sociedad sólo tenía cinco meses de vida, Walter Wilding cayó en cama, y su ama de llaves se convirtió en su enfermera.

—Ahora que estoy postrado aquí, tal vez no le importará que la llame Sally, ¿verdad, Mrs. Goldstraw? —dijo el pobre bodeguero.

—Me suena más natural que cualquier otro nombre, señor, y me gusta más.

—Gracias Sally. Creo, Sally, que últimamente debo de haber sufrido algunos ataques. ¿Es así, Sally? No le importe decírmelo.

—Así ha sido, señor.

—¡Ah! ¡Ésa es la explicación! —se dijo con calma—. Mr. Obenreizer, Sally, dice que el mundo es tan pequeño que no es extraña la frecuencia con que las mismas personas se encuentran, y que se encuentran en distintos lugares y en distintos momentos de su vida. Pero me resulta extraño, Sally, que yo tuviera que ir a la Casa de Expósitos para morir. Tendió su mano a la mujer, que la cogió con dulzura.

—Usted no va a morir, querido Mr. Wilding.

—Eso decía Mr. Bintrey, pero creo que estaba equivocado. Esa vieja sensación infantil vuelve a mí, Sally. Aquello de a callar y a descansar, como cuando me quedaba dormido. Después de una pausa volvió a hablar con voz tranquila.

—Por favor, enfermera, déme un beso —y era evidente que se creía acostado en el viejo Dormitorio.

Acostumbrada a inclinarse sobre los niños sin padre ni madre, Sally se inclinó sobre el hombre sin padre ni madre, posó los labios en su frente y murmuró:

—¡Que Dios lo bendiga!

—¡Que Dios la bendiga! —respondió él, en idéntico tono.

Después de otra pausa, abrió los ojos, pero en su personalidad adulta.

—No me haga nada por lo que voy a decirle, Sally; estoy a gusto. Creo que ha llegado mi hora. No sé qué le parece a usted, Sally, pero...

La inconsciencia lo invadió por unos minutos; volvió a recuperarse una vez más.

—No sé qué le parece a usted, Sally, pero eso es lo que yo creo.

Tras haber terminado conscientemente su frase favorita, llegó su hora y murió.

ACTO II

VENDALE ENAMORADO

El verano y el otoño habían pasado. Navidad y Año Nuevo estaban próximos.

Como albaceas honestos preocupados por cumplir su deber para con el muerto, Vendale y Bintrey habían mantenido más de una ansiosa consulta sobre el tema del testamento de Wilding. Desde un principio, el abogado declaró que era sencillamente imposible llevar adelante alguna acción útil respecto a ese asunto. Las únicas investigaciones obvias que se podían hacer acerca del hombre desaparecido ya las había hecho Wilding en persona; con este resultado: el tiempo y la muerte, unidos, no habían dejado ningún rastro visible de él. Poner anuncios para encontrar a un presunto propietario exigiría mencionar ciertos detalles, un tipo de procedimiento que habría invitado a la mitad de los impostores de Inglaterra a presentarse con la pretensión de hacerse pasar por el verdadero Walter Wilding.

—Si descubrimos alguna posibilidad de encontrar a ese hombre, la aplicaremos. Si no, volveremos a mantener otra consulta en el primer aniversario de la muerte de Wilding — así opinó Bintrey. Y así, con el más serio de los deseos de cumplir la voluntad de su difunto amigo, Vendale se dispuso a consentir que el asunto quedase en suspenso por un tiempo.

Cuando dejaba aparte su interés en el pasado por su interés en el futuro, Vendale aún se encontraba frente a una perspectiva dudosa. Meses y meses habían transcurrido desde su primera visita a Soho Square, y durante todo ese tiempo el único idioma en que había dicho a Marguerite que la amaba era el de los ojos, auxiliado en las ocasiones adecuadas por el lenguaje de la mano.

¿Qué obstáculo había en su camino? El mismo obstáculo inamovible que había estado en su camino desde el principio. Por muy buenas que parecieran las ocasiones, los esfuerzos de Vendale para hablar a solas con Marguerite terminaban siempre en uno e idéntico resultado: en las más inéditas circunstancias, de la manera más inocente posible, Obenreizer siempre estaba por medio.

Con los últimos días del año viejo se presentó una ocasión inesperada de pasar una tarde con Marguerite, y Vendale pensó que también sería el momento de hablar en privado con ella. Una nota cordial de Obenreizer lo invitaba, para el día de Año Nuevo, a cenar en familia en Soho Square. «Seremos sólo cuatro» decía la nota. «¡Seremos sólo dos antes de que termine la velada!», decidió Vendale.

Entre los ingleses, el día de Año Nuevo se asocia con dar y recibir comidas y nada más. Entre los extranjeros, el día de Año Nuevo es la gran oportunidad de dar y recibir regalos. Algunas veces es posible aclimatarse a las costumbres foráneas. En este caso, Vendale no dudó en ningún momento sobre su capacidad para intentarlo. Su única dificultad consistía en decidir cuál debía ser el regalo de Año Nuevo para Marguerite. El orgullo defensivo de la hija de labriegos —dueña de una sensibilidad enfermiza respecto a la desigualdad existente entre su posición social y la de él— se alzaría calladamente contra él si se atrevía a hacerle un regalo costoso. Un presente que pudiera salir de la bolsa de un hombre pobre era el único al que se podía encomendar que llegara al corazón de la joven, por el bien de quien hacía el obsequio.

Con gran energía, Vendale resistió la tentación, que había tomado la forma de diamantes y rubíes, y compró un broche de filigrana genovesa, el más sencillo y menos pretencioso adorno que pudo encontrar en la joyería.

Deslizó el regalo en la mano de Marguerite cuando, el día de la cena, ella le tendió la suya para darle la bienvenida.

—El de hoy es su primer día de Año Nuevo en Inglaterra—le dijo—. ¿Me permite que haga lo posible para que se parezca a un Año Nuevo de su tierra?

Marguerite le dio las gracias un tanto forzada, mientras, insegura acerca de su contenido, miraba el estuche de la joyería. Al abrirlo y descubrir la forma solícitamente sencilla con la que el obsequio de Vendale se le ofrecía, comprendió los motivos del joven de inmediato. Su rostro se volvió hacia él, resplandeciente y con una mirada que decía: «Reconozco que me ha complacido y halagado». Nunca antes había estado tan encantadora a los ojos de Vendale como en ese momento. Su vestido de invierno —un refajo de seda oscura, con un corpino de terciopelo negro que llegaba hasta su cuello y le envolvía el rostro en un halo de plumón de cisne— hacía resaltar por contraste el tono rubio deslumbrante de su cabello y su tez clara. Sólo cuando ella se apartó de él para ponerse ante un espejo y, tras quitarse el broche que llevaba, puso en su lugar el regalo de Año Nuevo, la atención de Vendale se alejó de ella lo bastante como para descubrir la presencia de otras personas en el salón. En ese instante tuvo conciencia de que las manos de Obenreizer se habían posesionado afectuosamente de sus codos. Oyó entonces la voz de Obenreizer, que le daba las gracias por su atención para con Marguerite, con el más débil posible de los tonos de burla en la voz. («¡Qué regalo tan sencillo, estimado amigo! ¡Cuánto tacto demuestra!») En ese instante advirtió por primera vez que había otro invitado más, aparte de él mismo, un hombre al que Obenreizer presentó como un compatriota y amigo. El rostro del amigo era insulso; la figura del amigo era rechoncha. Su aire sugería la etapa otoñal de la vida humana. En el curso de la velada demostró unas capacidades extraordinarias. Una era la del silencio; la otra era la de vaciar botellas.

Madame Dor no estaba en la sala. Tampoco había a la vista un lugar reservado para ella, cuando se sentaron a la mesa. Obenreizer explicó: «La sencilla costumbre de la buena Dor es comer siempre hacia la mitad del día. Más tarde, durante la velada, vendrá a presentar sus saludos». Vendale se preguntó si en esta ocasión la buena Dor habría cambiado su actividad doméstica y, en lugar de limpiar los guantes de Obenreizer, se había ocupado de cocinar la cena de Obenreizer. Al menos una cosa era segura: los platos servidos, todos y cada uno, eran obras de arte culinarias, muy por encima del nivel del rudo y elemental arte cocinero inglés. La cena fue de una perfección impertinente. En cuanto al vino, los ojos del amigo silente se deslizaron por él, como en un éxtasis solemne. A veces decía «¡Bien!», cuando llegaba a la mesa una botella llena; otra vez decía «¡Ah!», cuando una botella se alejaba, vacía, y a eso se limitaron sus contribuciones al regocijo de la velada.

A veces el silencio es contagioso. Dominados por sus personales ansiedades, Marguerite y Vendale parecían experimentar la influencia del amigo silente. Toda la responsabilidad de mantener la conversación recayó sobre los hombros de Obenreizer, quien con valentía la sostuvo. Abrió su corazón de extranjero ilustrado y cantó loores a Inglaterra. Cuando otros temas se agotaban, volvía él a esa fuente inagotable, y siempre encontraba un caudal tan abundoso como el de antes. Obenreizer habría dado un brazo, un ojo o una pierna por haber nacido inglés. Fuera de Inglaterra no existía una institución como el hogar, algo como un lugar junto al fuego, un elemento como una mujer bonita. Su querida Miss Marguerite le perdonaría que adjudicara la belleza que la adornaba a la teoría de que en tiempos remotos tuvo que haber habido algún antepasado inglés entre los suyos, oscuros y desconocidos. ¡Miren hacia la nación inglesa y verán gentes altas, limpias, rozagantes y fuertes! ¡Miren sus ciudades! ¡Cuánta magnificencia en sus edificios públicos! ¡Cuánto orden y decoro en sus calles! ¡Cuan admirables sus leyes, que suman el principio eterno de la justicia y el otro principio eterno de las libras, los chelines y los peniques, para aplicar el total a todos los agravios civiles, desde el agravio al honor de un hombre, hasta el agravio a las narices de un hombre! Usted ha perdido a mi hija: ¡libras, chelines y peniques! Usted me ha tumbado de un golpe en la cara: ¡libras, chelines y peniques! ¿Hasta dónde podía llegar la prosperidad material de un país *semejante*? Obenreizer se proyectaba hacia el futuro pero no era capaz de ver el fin. El entusiasmo de Obenreizer pedía autorización para

mostrarse, al estilo inglés, en un brindis. ¡He aquí terminada nuestra modesta cena, he aquí nuestro frugal postre sobre la mesa, y he aquí a un admirador de Inglaterra que se adapta a las costumbres nacionales y pronuncia un discurso! ¡Un brindis por sus blancos acantilados de Albion, Mr. Vendale! ¡Por sus virtudes nacionales, su clima estupendo y sus fascinantes mujeres! ¡Por sus Chimeneas, por sus Hogares, por su *Habeas Corpus* y por todas sus demás instituciones! En una palabra: por Inglaterra! ¡Hip, hip, hip, hurra!

La voz de Obenreizer apenas había terminado de enunciar la última palabra de su brindis inglés, el amigo silente apenas había acabado de tomar la última gota de su vaso, cuando el festejo se vio interrumpido por un mesurado golpe en la puerta. Una doncella entró y se acercó al señor de la casa con una nota en la mano. Obenreizer abrió el papel con el ceño fruncido y, después de leerla con una expresión de verdadero fastidio, la pasó a su compatriota y amigo. El ánimo de Vendale se fortaleció al ver esos trámites. ¿Tendría un aliado en la pequeña nota fastidiosa? ¿Llegaría por fin la oportunidad por la que esperaba hacía tanto tiempo?

—Me temo que no hay más remedio —dijo Obenreizer a su compatriota—. Me temo que debemos ir.

El amigo silente le devolvió la misiva, encogió sus anchos hombros y se sirvió un último vaso de vino. Sus gordos dedos se demoraron con cariño en torno al cuello de la botella y lo apretaron con un estrujón amante en el momento de la separación. Sus ojos saltones miraron nublados a Vendale y Marguerite, como a través de una bruma interpuesta. Con mucho esfuerzo consiguió elaborar y dar a luz, articulada, una frase completa.

—Creo —dijo— que habría tomado un poco más de vino— le falló el aliento tras tamaño esfuerzo, resolló y se encaminó a la puerta.

Obenreizer se dirigió a Vendale con un aire de profunda preocupación.

—Estoy tan sorprendido, confundido, afligido —empezó a decir—. Un compatriota mío ha tenido un contratiempo. Está solo, no habla inglés... mi buen amigo aquí presente y yo no tenemos más alternativa que acudir en su ayuda. ¿Qué puedo decirle para excusarme? ¿Cómo puedo describirle mi aflicción por verme privado de esta manera del honor de su compañía?

Hizo una pausa, evidentemente con la expectativa de que Vendale cogiera su sombrero y se marchase. Al ver, por fin, su oportunidad, Vendale decidió que no haría nada de eso. Se enfrentó a Obenreizer con habilidad con las mismas armas de Obenreizer.

—Por favor, no se aflija —dijo—. Esperaré aquí con gusto a que usted regrese.

La cara de Marguerite se cubrió de un hondo sonrojo; la joven se dirigió al rincón cercano a una de las ventanas, donde estaba su bastidor de bordado. La niebla surgió en los ojos de Obenreizer, y una sonrisa un tanto acida subió a sus labios. Si decía a Vendale que no había posibilidades concretas de que regresara a una hora adecuada, corría el riesgo de ofender a un hombre cuya opinión favorable tenía una sólida importancia comercial para él. Por tanto, aceptó su derrota con la mayor elegancia posible, y declaró que se sentía igualmente honrado y encantado por la propuesta de Vendale.

—¡Tan abierta, tan amistosa, tan inglesa! —decía a la vez que iba de un lado a otro, al parecer buscando algo que necesitaba; desapareció un momento por la puerta plegable que comunicaba con la sala contigua, volvió con su sombrero y su abrigo y, asegurando que regresaría lo antes posible, abrazó los codos de Vendale y se desvaneció de la escena en compañía del amigo silente.

Vendale se volvió hacia el rincón cercano a la ventana, en el que Marguerite se había enfrascado en su labor. Allí, como si hubiera caído del cielo raso o emergido del suelo, allí, en su actitud de siempre, con la cara vuelta hacia la estufa, ¡estaba sentado un obstáculo que no se había visto antes, en la persona de *Madame Dor*! La mujer se incorporó a medias, a medias miró por sobre sus anchos hombros a Vendale y se dejó caer otra vez.

¿Estaba trabajando? Sí. ¿Limpiaba los guantes de Obenreizer, como en otras ocasiones? No: zurcía los calcetines de Obenreizer.

El caso era desesperado. Dos consideraciones serias se concretaron en la mente de Vendale. ¿Era posible meter a *Madame Dor* en la estufa? No cabía dentro de la estufa. ¿Era posible tratar a *Madame Dor* no como a una mujer viva sino como a un objeto del mobiliario? ¿Podría la mente ser obligada a contemplar a esa respetable matrona como a un mero equivalente de una cómoda, con un tocado de tul negro accidentalmente abandonado sobre ella? Sí, se podía forzar a la mente a hacerlo.

Con un empeño ligero, en términos comparativos, la mente de Vendale lo hizo. Cuando tomó asiento en el antiguo poyo de la ventana, cerca de Marguerite y de su bordado, se produjo en la cómoda un movimiento sutil, pero no salió de ella ninguna observación. Hay que tener presente que los muebles sólidos no son fáciles de mover y que, en consecuencia, tienen esa ventaja: no existe el peligro de desbaratarlos.

Silenciosa e incómoda, en contra de lo habitual, mientras su rubor se desvanecía, veloz, de su rostro, con los dedos invadidos por una energía febril, la bella Marguerite se inclinaba sobre su labor y trabajaba como si su vida dependiese de ello. No mucho menos agitado, Vendale sintió la importancia de llevarla con el máximo de tacto a la declaración que estaba deseoso de hacer y a la otra declaración, más dulce aún, que tanto anhelaba oír. El amor de una mujer nunca ha de tomarse por asalto, pues se rinde insensiblemente ante una actitud de aproximación gradual. Se aventura por caminos sinuosos y escucha las voces medidas. Vendale evocó sus anteriores encuentros, cuando viajaban juntos por Suiza. Ambos recordaron sus impresiones y los acontecimientos de ese feliz tiempo pasado. Poco a poco la incomodidad de Marguerite se desvaneció. Sonreía, se mostraba interesada, miraba a Vendale, empezó a dejar de lado la aguja, y dio algunas puntadas torpes en su labor. Sus voces se volvían cada vez más bajas; sus caras se acercaban más y más a medida que hablaban. ¿Y *Madame Dor*? *Madame Dor* se portó como un ángel. En ningún momento miró hacia atrás; en ningún momento dijo una palabra: seguía con los calcetines de Obenreizer. Estiraba cada uno de ellos sobre su brazo izquierdo, y lo alzaba de cuando en cuando para tener luz en su trabajo; hubo momentos, delicados e indescriptibles momentos, en que *Madame Dor* parecía estar sentada cabeza abajo, mientras observaba una de sus respetables piernas levantada en el aire.

A medida que pasaban los minutos, esas elevaciones se sucedieron tras espacios más y más prolongados. De vez en cuando el tocado de tul negro se balanceaba, caía hacia adelante, se volvía a enderezar. Un atado de calcetines se deslizó suavemente del regazo de *Madame Dor* y quedó en el suelo sin que nadie lo advirtiera. Un prodigioso ovillo de hilo siguió a los calcetines y rodó, indolente, bajo la mesa. El tocado de tul negro se balanceó, cayó hacia delante, se enderezó, se inclinó otra vez, cayó hacia delante otra vez y ya no volvió a enderezarse. Un sonido compuesto, en parte como el ronroneo de un gato enorme y en parte como el de un cepillo que alisara una madera blanda, se alzaba por encima de los susurros de los amantes y vibraba a intervalos regulares en la habitación. La Naturaleza y *Madame Dor* se habían unido a favor de los intereses de Vendale. La mejor de las mujeres dormía.

Marguerite se puso en pie para detener no los ronquidos sino, digamos, el reposo audible de *Madame Dor*. Vendale puso su mano en el brazo de la joven y con suavidad hizo que volviera a su silla.

—No la moleste —susurró—. Estaba esperando para decirle un secreto. Permítame que lo haga ahora.

Marguerite volvió a su asiento. Trató de volver a su aguja. Inútil, los ojos le fallaban, la mano le fallaba, no podía encontrar nada.

—Hablábamos —dijo Vendale— del tiempo feliz en que nos conocimos y por primera vez viajamos juntos. Tengo que hacerle una confesión. Le he ocultado algo. Cuando hablamos de mi primera visita a Suiza, le enumeré todas las impresiones que me traje de regreso a Inglaterra, excepto una. ¿Adivina usted de cuál se trata?

Los ojos de la muchacha se fijaron decididos en el bordado y su cara se apartó un poco de él. En el impecable corpino de terciopelo empezaron a mostrarse unos signos de perturbación, en la zona en que estaba el broche. Marguerite no respondió. Vendale repitió la pregunta sin misericordia.

—¿Puede adivinar cuál es esa única impresión suiza de la que aún no le he hablado?

La cara de la joven se volvió a él y un sonrisa débil tembló en sus labios.

—¿Quizá una impresión de las montañas? —dijo con timidez.

—No, una impresión mucho más preciada que esa.

—¿De los lagos?

—No. Los lagos no se han vuelto más queridos mi recuerdo cada día. Los lagos no están asociados con felicidad presente ni con mis esperanzas futuras, Marguerite. Todo lo que hace apreciable la vida para mí está suspendido de una palabra de sus labios. ¡Marguerite! ¡La amo!

Cuando él le cogió la mano, la cabeza de la joven se abatió. Vendale la atrajo hacia sí y la miró. Las lágrimas que brotaban de sus ojos bajos caían lentamente por sus mejillas.

—¡Oh, Mr. Vendale —dijo con tristeza—, habría sido más amable de su parte guardar su secreto! ¿Ha olvidado la distancia que hay entre nosotros?

—Marguerite... una distancia que usted impone. Mi amor, querida mía, no hay rango más alto en bondad, no hay rango más alto en belleza que el suyo. ¡Por favor! ¡Murmure esa breve palabra que me diga que será mi mujer!

Marguerite suspiró con amargura. —¡Piense en su familia —susurró—, y piense en la mía! Vendale la atrajo un poco más hacia sí. —Si usted se ampara en un obstáculo como ése —dijo—, pensaré una sola cosa: pensaré que la he ofendido.

La muchacha se sobresaltó y alzó los ojos.

—¡Oh, no!— exclamó inocentemente. En cuanto esas palabras salieron de sus labios, comprendió que podían ser la base de muchas cosas. Su confesión se le había escapado a su pesar. Una preciosa ola de rubor le invadió la cara. Hizo un esfuerzo breve para desprenderse de los brazos de su amante. Lo miró con aire de súplica. Procuró hablar. Las palabras murieron en sus labios bajo el beso que les imprimió Vendale.

—¡Suélteme, Mr. Vendale! —pidió con voz débil.

—Llámame George.

Marguerite dejó caer la cabeza sobre el pecho. Todo su corazón, al fin, fue hacia él.

—¡George! —susurró.

—Dime que me amas.

Los brazos de la joven se enlazaron con dulzura en torno al cuello de Vendale. Sus labios, tímidos, tocaron la mejilla del muchacho antes de susurrar las palabras deliciosas.

—Te amo.

En el instante de silencio posterior, el sonido de la puerta de la casa, que se abrió y cerró, llegó con claridad hasta ellos desde la quietud helada de la calle.

Marguerite se puso de pie.

—¡Déjame! —pidió—. ¡Él ha vuelto!

Atravesó el salón de prisa y al pasar tocó el hombro de *Madame Dor*, que se despertó en medio de un ronquido sonoro, miró primero por encima de un hombro y después por encima del otro, echó una mirada a su regazo y descubrió que no había en él ni calcetines ni hilo ni aguja de zurcir. Al mismo tiempo se oyeron pasos que subían la escalera.

—¡*Mon Dieu!* —dijo *Madame Dor* dirigiéndose a la estufa y temblando como una hoja. Vendale recogió los calcetines y el ovillo y se los pasó por encima del hombro—. ¡*Mon Dieu!* —dijo *Madame Dor* por segunda vez, cuando el alud de objetos cayó en su amplia falda.

La puerta se abrió y entró Obenreizer. Su primera mirada al salón le hizo ver que Marguerite estaba ausente.

—¡Qué! —exclamó— ¿Mi sobrina se ha retirado? ¿Mi sobrina no está aquí para atenderlo en mi ausencia? Esto es imperdonable. La traeré de inmediato.

Vendale lo detuvo.

—Le ruego que no moleste a Miss Obenreizer —dijo—. ¿Ha vuelto usted solo, sin su amigo?

—Mi amigo se ha quedado para consolar a nuestro afligido compatriota. Una escena enternecedora, Mr. Vendale. Las cosas del hogar estaban perdidas en el silencio de la casa de empeños. Mi admirable amigo fue el único que mantuvo la compostura; de inmediato mandó a buscar una botella de vino.

—¿Puedo decirle unas palabras en privado, Mr. Obenreizer?

—Por supuesto —se volvió a *Madame Dor*—. Mi buena mujer, usted necesita descansar con toda urgencia. Mr. Vendale la dispensará.

Madame Dor se puso de pie y con trayectoria sesgada inició su camino desde la estufa a la cama. Dejó caer un calcetín. Vendale lo recogió, se lo dio y le abrió una de las puertas plegables. Ella dio otro paso y dejó caer otros tres calcetines. Mientras Vendale se inclinaba para recogerlos, como antes, Obenreizer se interpuso disculpándose con profusión a la vez que echaba una mirada de advertencia a *Madame Dor*, que dio por recibida la amonestación tirando todo el atado de calcetines y huyendo llena de pánico de la escena del desastre. Obenreizer recogió todo el montón con las dos manos y un gesto decidido.

—¡Vayase! —gritó y con el increíble revoltillo que llenaba sus manos describió una curva en el aire.

—¡*Mon Dieu!* —dijo *Madame Dor* y se esfumó en la habitación contigua, perseguida por una lluvia de calcetines.

—¡Qué pensará usted, Mr. Vendale —dijo Obenreizer al cerrar la puerta—, de esta lamentable intrusión de pormenores domésticos! Por mi parte, me avergüenzo. Estamos empezando el Año Nuevo del peor modo posible; todo ha ido mal esta noche. Siéntese, por favor... Dígame: ¿qué puedo ofrecerle? ¿Podemos presentar nuestros mejores respetos a otra de sus nobles instituciones inglesas? Es mi deseo mostrarme alegre, como dicen ustedes. ¿Qué le parece un grog?

Vendale rechazó el grog con todos los debidos respetos hacia tan noble institución.

—Quiero hablarle de un tema en el que estoy profundamente interesado —dijo—. Usted habrá observado, Mr. Obenreizer, que desde un primer momento he sentido una admiración nada común por su encantadora sobrina.

—Usted es muy cortés. Le doy las gracias en nombre de mi sobrina.

—¿Notó usted, últimamente, que mi admiración por Miss Obenreizer se ha transformado en un sentimiento más tierno y hondo...?

—¿Podríamos llamarlo amistad, Mr. Vendale?

—Podríamos llamarlo amor... y estaríamos más cerca de la verdad.

Obenreizer saltó de su silla. El latido apenas visible que era su mayor aproximación a un cambio de color se dejó ver de pronto en sus mejillas.

—Usted es el tutor de Miss Obenreizer —prosiguió Vendale—. Le pido que me otorgue el mayor de todos los favores: le pido que me conceda la mano de su pupila.

Obenreizer volvió a caer en la silla.

—Mr. Vendale —dijo—, me deja usted de piedra.

—Esperaré hasta que se haya recuperado —respondió Vendale.

—Una palabra antes de recuperarme. ¿No le habrá dicho algo de esto a mi sobrina?

—He abierto por completo mi corazón a su sobrina, y tengo motivos para esperar...

—¿Qué? —interrumpió Obenreizer—. ¿Usted le ha hecho propuestas a mi sobrina sin pedirme antes autorización para cortejarla? —Su puño golpeó la mesa y Obenreizer perdió el control de sí mismo por primera vez desde que Vendale lo conocía. —¡Señor! —exclamó indignado—. ¿Qué clase de conducta es ésta? De un hombre de honor a otro, ¿cómo puede justificarla?

—Sólo puedo justificarla porque es una de nuestras instituciones inglesas —dijo Vendale con calma—. Usted admira las instituciones inglesas. Honestamente puedo decirle, Mr. Obenreizer, que lamento lo que he hecho. Sólo le aseguro que en este asunto no he actuado con la idea de faltarle al respeto a usted de un modo intencional. Dicho esto, ¿puedo pedirle que me diga con llaneza qué objeciones tiene para aceptar mi petición?

—Tengo una objeción de mucho peso —respondió Obenreizer—, y es que mi sobrina y usted no son de igual condición social. Mi sobrina es hija de un pobre labriego y usted es hijo de un caballero. Nos hace usted un honor —añadió, aplacándose hasta llegar a su habitual comportamiento cortés—, lo que merece y tiene todo nuestro reconocimiento agradecido. Pero la desigualdad es demasiado evidente; el sacrificio es demasiado grande. Ustedes los ingleses son un pueblo orgulloso, Mr. Vendale. He observado este país lo bastante como para ver que un matrimonio como el que usted propone sería un escándalo aquí. Ni una sola mano se tendería hacia su mujer de origen labriego, y sus mejores amigos lo abandonarían.

—Un momento —dijo Vendale, interrumpiendo para defender su posición—. Puedo asegurar, sin caer en arrogancia, que de mis coterráneos en general y de propios amigos en particular sé más que usted. En la estima de todos aquellos cuya opinión es digna de aprecio, mi mujer por sí misma sería la única y suficiente justificación de mi matrimonio. Si no me sintiera seguro (vea usted que digo seguro) de que le ofrezco una posición que ella puede aceptar sin siquiera una sombra de humillación, jamás le habría pedido que fuera mi esposa, me costara esto lo que me costase. ¿Existe algún otro obstáculo a su entender? ¿Tiene alguna objeción personal en mi contra?

Obenreizer separó sus manos en un gesto de protesta cortés.

—¡Objeción personal! —exclamó—. Querido señor, la mera pregunta me resulta penosa.

—Ambos somos hombres de negocios —prosiguió Vendale—, y naturalmente usted espera que yo satisfaga su curiosidad acerca de los medios que tengo para sostener a una esposa. Puedo explicarle mi posición pecuniaria en dos palabras. Heredé de mis padres una fortuna de veinte mil libras. De la mitad de esa suma tengo sólo los intereses de por vida, que pasarán a mi mujer después de mi muerte. Si dejara hijos al morir, el propio capital se dividirá entre ellos cuando lleguen a la mayoría de edad. Estoy autorizado a disponer de la otra mitad de mi fortuna, y la he invertido en la bodega. Tal como están las cosas, no puedo determinar las rentas de mi capital invertido en más de mil doscientas al año, y el valor anual de mis intereses vitalicios... y el total de mis ingresos anuales en la actualidad es de mil quinientas libras. Además, las perspectivas de aumentar esta cifra muy pronto son óptimas. Entre tanto, ¿tiene usted alguna objeción contra mí en términos pecuniarios?

Obenreizer, después de verse perseguido hasta su última trinchera, se puso de pie y empezó a recorrer la sala, arriba y abajo. De momento, estaba sin duda perplejo en cuanto a lo que podía decir o hacer a continuación.

—Antes de responder a esa última pregunta —dijo tras una breve reflexión interior—, le ruego que volvamos por un momento a Miss Marguerite. Hace un instante me dijo algo

que parecía implicar que ella corresponde al sentimiento con que usted tiene la bondad de mirarla.

—Me asiste la felicidad inestimable —dijo Vendale— de saber que me ama.

Obenreizer se mantuvo en silencio por un momento, cubiertos sus ojos de niebla, a la vez que volvía a hacerse visible el débil latido de sus mejillas.

—Si me excusara usted unos pocos minutos —dijo con una amabilidad ceremoniosa—, me gustaría tener la ocasión de hablar con mi sobrina —con esas palabras se inclinó y abandonó la sala.

A solas, los pensamientos de Vendale (como resultado necesario de la entrevista, hasta ese instante) se centraron de modo instintivo en la consideración de los motivos de Obenreizer. Había puesto obstáculos en cuanto al cortejo; ahora ponía obstáculos en cuanto al matrimonio, matrimonio que ofrecía unas ventajas que ni siquiera su ingenuidad podía discutir. Ante todo esto, su conducta era incomprensible. ¿Qué podía significar?

Buscó una respuesta a esa pregunta bajo la superficie; recordó que Obenreizer era un hombre de su misma edad, poco más o menos; que Marguerite, en términos estrictos, sólo era su media sobrina, y se preguntó a sí mismo, con los celos siempre prestos de un enamorado, si debía temer a un rival, además de tener que llevarse bien con un tutor. Esa idea, tan pronto como se insinuó en su mente, desapareció. La sensación del beso de Marguerite, que aún perduraba en su mejilla, le recordó dulcemente que incluso los celos momentáneos implicaban ya hacerle traición a ella.

Tras pensarlo bien, le pareció más posible que un motivo personal de otro tipo pudiera ser la explicación real de la conducta de Obenreizer. La gracia y la belleza de Marguerite eran preciados encantos en aquella limitada vida doméstica. Le otorgaban una atracción y una importancia social especiales. Daban a Obenreizer cierta reserva de influencia, gracias a la que siempre podía esperar que su casa resultara más atractiva, y que siempre podía aplicar a la consecución de sus propios fines privados. ¿Sería él la clase de hombre que renunciaba a tales ventajas, tal como la situación presente implicaba, sin obtener la mayor compensación posible por la pérdida? Una relación por vía matrimonial con Vendale le ofrecía ventajas seguras, más allá de cualquier duda. Pero en Londres había cientos de hombres con poder mayor y con influencia mucho más amplia que los que Vendale tenía. ¿Era posible que la ambición de ese hombre buscara en secreto más allá de las más altas perspectivas que le podía brindar la alianza propuesta para su sobrina? Cuando la pregunta se concretaba en la mente de Vendale, el hombre en cuestión reapareció para contestarla, o para no contestarla, como estaba por verse.

Cuando Obenreizer ocupó nuevamente su sitio, era notorio un hondo cambio en su rostro. Su actitud era menos segura, y había evidentes huellas en torno a su boca de una agitación reciente que no había logrado aplacar. ¿Habría dicho algo, respecto a Vendale o a sí mismo, que hubiese despertado la rebeldía de Marguerite, y que lo hubiera puesto, por primera vez, frente a una afirmación resuelta de la voluntad de su sobrina? Tal vez sí o tal vez no. Pero una cosa era segura: tenía el aspecto de un hombre que se había enfrentado a un rechazo.

—He hablado con mi sobrina —empezó a decir—. He descubierto, Mr. Vendale, que ni siquiera su influjo la ha cegado por entero a las objeciones sociales que se pueden hacer a su propuesta.

—¿Puedo preguntarle si ése es el único resultado de su conversación con Miss Obenreizer? —preguntó Vendale.

Un relámpago efímero atravesó la niebla de Obenreizer.

—Usted es el dueño de la situación —respondió, con un tono de acatamiento sardónico—. Si insiste en que lo admita, lo hago en estos términos. La voluntad de mi sobrina y la mía solían ser una, Mr. Vendale. Usted se ha interpuesto, y la voluntad de ella ahora es suya.

En mi país sabemos cuándo estamos derrotados, y nos sometemos del mejor modo posible. Lo hago, del mejor modo que me es posible, con ciertas condiciones. Volvamos a los detalles de su posición económica. Tengo una objeción al respecto, mi estimado señor: una objeción notable, una objeción audaz, contando con que la plantea un hombre de mi posición a un hombre de la suya.

—¿De qué se trata?

—Usted me honra al pedirme la mano de mi sobrina. De momento (con mi mayor agradecimiento y respeto), me disculpo por tener que negársela.

—¿Por qué?

—Porque no es usted lo bastante rico.

La objeción, como había previsto quien la hacía, sorprendió por completo a Vendale, que por un instante quedó sin habla.

—Sus ingresos son de mil quinientas al año —prosiguió Obenreizer—. En mi mísero país yo caería de rodillas ante sus rentas y diría: «¡Qué fortuna principesca!» En la rica Inglaterra, me quedo sentado, como estoy, y digo: «Una independencia modesta, estimado señor, nada más. Suficiente, quizá, para una esposa que tenga su propio rango, que no deba luchar contra los prejuicios sociales. Pero ni la mitad de lo necesario para una mujer que es una extranjera de baja condición y que tiene todos los prejuicios sociales ingleses en su contra» -Señor: si mi sobrina se casa con usted algún día, tendrá que avanzar cuesta arriba, como se suele decir, para ocupar el puesto que le corresponde. Sí, sí; usted no lo ve así, pero es mi punto de vista inamovible. Por el bien de mi sobrina, le pido que esa cuesta arriba sea lo más suave que pueda ser. Todas las ventajas materiales que pueda tener como ayuda deben estar a su disposición, por mera justicia. Dígame, Mr. Vendale, ¿con sus mil quinientas al año puede su mujer tener una casa en un barrio elegante, un lacayo que le abra la puerta, un mayordomo que atienda su mesa y un coche y caballos que la lleven de un lado a otro? Veo la respuesta en su cara; su cara dice «no». Muy bien. Dígame algo más, y habré terminado. Consideremos el conjunto de sus educadas, cultas y encantadoras compatriotas: ¿es o no es un hecho que una dama que tiene casa en un barrio elegante, un lacayo que le abra la puerta, un mayordomo que atienda su mesa y un coche y caballos que la lleven de un lado a otro es una dama que ha subido cuatro peldaños en la escala de la estima femenina desde un principio? ¿Sí o no?

—Vayamos al grano —dijo Vendale—. Usted ve este asunto como una cuestión de condiciones. ¿Cuáles son las suyas?

—Las más elementales, estimado señor, en las que usted pueda dar a su mujer esos cuatro peldaños desde un principio. Duplique sus ingresos actuales: ni la economía más estricta podría conseguirlo con menos en Inglaterra. Hace un momento me ha dicho que espera acrecentar en mucho el valor de su negocio. ¡A trabajar, pues, y a aumentarlo! ¡Después de todo, soy un diablo bondadoso! Cuando me diga, y me muestre pruebas concretas de ello, que sus ingresos han llegado a tres mil al año, pídame la mano de mi sobrina y se la concederé.

—¿Puedo preguntar si ha mencionado estas condiciones a Miss Obenreizer?

—Lo he hecho. Aún tiene un resto de consideración hacia mí, algo que no es suyo, Mr. Vendale. En otras palabras, acepta tomar en cuenta el interés de su tutor por su bienestar y el mayor conocimiento que su tutor tiene del mundo.

Obenreizer se echó hacia atrás en su silla, seguro de su posición y dominador absoluto ya de su mejor temple.

Cualquier reivindicación de sus propios intereses, dada la situación en que se veía, era desesperada para Vendale, al menos de momento. Se encontraba, literalmente, sin suelo bajo sus pies. Ya fuesen las objeciones de Obenreizer un producto genuino de su visión del caso, o bien sólo trataran de demorar el matrimonio con la esperanza de conseguir evitarlo,

en cualquier caso toda resistencia por parte de Vendale en esa situación sería inútil por completo. No había más remedio que ceder, aunque tratando de obtener los mejores términos posibles.

—Protesto contra las condiciones que usted me impone—empezó a replicar.

—Naturalmente —dijo Obenreizer—, me atrevería a decir que también yo protestaría, si estuviera en su lugar.

—Sin embargo, digamos que acepto sus términos —prosiguió Vendale—, pero que debe permitirme que a mi vez haga dos salvedades. En primer lugar, espero que me permita ver a su sobrina.

—¡Ah! ¿Ver a mi sobrina? ¿Y suscitar en ella la misma prisa que usted tiene por casarse? Supongamos que le digo que no. ¿Intentaría verla sin mi autorización?

—¡Por supuesto!

—¡Qué franqueza admirable! ¡Qué exquisitamente inglesa! Podrá verla, Mr. Vendale, en días determinados que fijaremos de común acuerdo. ¿Qué más?

—Su objeción a mis ingresos —continuó Vendale— me ha tomado por sorpresa. Quiero tener la seguridad de que no se repetirá una sorpresa tan absoluta. Su actual punto de vista sobre mis méritos respecto al matrimonio es que debo tener una renta de tres mil al año. ¿Puedo tener la seguridad de que en el futuro, a medida que se amplíe su conocimiento de Inglaterra, su estimación no se elevará?

—Dicho sin reparos: ¿duda usted de mi palabra? —dijo Obenreizer.

—¿Acaso usted ha dicho que aceptará mi palabra cuando le informe que he doblado mis ingresos? —preguntó Vendale—. Si mi memoria no falla, hace un instante usted habló de pruebas concretas.

—¡Buena jugada, Mr. Vendale! En usted se suman la rapidez foránea y la solidez inglesa. Acepte mi enhorabuena más sincera. Acepte también mi garantía escrita.

Se puso de pie, se sentó ante una mesa auxiliar, escribió unas líneas y entregó el papel a Vendale con una inclinación de cabeza. El compromiso, perfectamente explícito, estaba firmado y fechado con escrupulosa precisión.

—¿Está satisfecho con su garantía?

—Lo estoy.

—Encantado de oírlo, por supuesto. Ya hemos sostenido nuestra pequeña escaramuza y hemos estado muy inteligentes ambas partes. De momento, su asunto está en regla. No tengo ninguna malicia. Usted no tiene ninguna malicia. Venga, Mr. Vendale, un buen apretón de manos inglés.

Vendale tendió la mano, un tanto perplejo al ver cómo pasaba Obenreizer, en súbitas transiciones, de un estado de humor a otro.

—¿Cuándo podré ver a Miss Obenreizer otra vez? —preguntó mientras se ponía en pie para marcharse.

—Hágame el honor de visitarme mañana —dijo Obenreizer— y lo arreglaremos. ¡Tome un grog antes de marcharse! ¿No? ¡Bien! ¡Bien! Dejaremos ese grog para cuando usted tenga las tres mil al año y esté preparado para casarse. ¡Eso! ¿Cuándo será?

—Hace unos meses hice un cálculo de los rendimientos de mi negocio —dijo Vendale—. Si esa estimación es correcta, doblaré mis actuales ingresos...

—¡Y se casará! —interrumpió Obenreizer.

—Y me casaré —prosiguió Vendale— dentro de un año contado desde hoy. Buenas noches.

VENDALE CREA DISCORDIA

Cuando Vendale entró en su oficina a la mañana siguiente, la desabrida rutina comercial del Recodo del Baldado lo vio con una cara nueva. ¡Ahora Marguerite tenía un interés allí! Todo el mecanismo que había puesto en movimiento la muerte de Wilding, destinado a determinar el valor de la empresa —el balance de registros, la estimación de las deudas, la renovación de los géneros, y todo lo demás— era desde ese momento el mecanismo que indicaba los cambios favorables y desfavorables para una boda cercana. Después de mirar los resultados, tal como los presentaba su contable, y de controlar sumas y restas, tal como las aportaban los empleados, Vendale volvió su atención a la siguiente compra de género y envió recado a las bodegas para que le dejaran ver el informe.

La aparición del encargado, desde el instante en que asomó su cabeza por la puerta del despacho privado de su amo, sugirió que algo muy extraordinario tenía que haber ocurrido esa mañana. ¡Había una huella de agilidad en los movimientos de Joey Ladle! ¡Había algo que de verdad se asemejaba a la alegría en la cara de Joey Ladle!

—¿Qué ocurre? —preguntó Vendale— ¿Algo va mal?

—Querría mencionar una cosa —respondió Joey— Joven patrón Vendale, nunca me he tenido por profeta.

—¿Quién ha dicho alguna vez que usted lo hiciera?

—Ningún profeta, por lo que sé de esa profesión. —continuó Joey—, ha vivido jama bajo tierra. Ningún profeta, tomara lo que tomara por los poros, ha tomao jama vino de la mañana a la noche, durante un número considerable de años consecutivo. Cuando respetto al cambio de nombre de la firma dije al joven patrón Wilding que uno de esos días descubriría que había cambiao la suerte de la casa, ¿me puse como ejemplo de profeta? No, no lo hice. ¿Se ha convertío en realidad lo que le dije? Sí, se ha convertío. En tiempos de Pebbleson y Sobrino, joven patrón Vendale, jama se supo de ná que se pareciera a un error en una entrega llega a estas puertas. Ahora se ha cometió un error. Por favor, note usted que sucedió antes que Miss Margaret llegase aquí, u sea que no me contradigo de lo que afirmé cuando dije que Miss Margaret nos cantaba de nuevo la suerte. Lea esto, señó —concluyó Joey, señalando a la atención de Vendale un pasaje específico del informe, con un índice que no parecía estar en el proceso de tomar a través de sus poros alguna otra cosa más notable que la suciedad—. Va en contra de mi naturaleza jaztarme en la casa a la que sirvo, pero siento que es una especie de debe solemne pedirle que lea esto.

Vendale leyó lo siguiente: «Nota referida al champagne suizo. Se ha descubierto un error en la última entrega de la firma de Defresnier y Cía.». Vendale se detuvo y consultó un libro de asiento que tenía a su lado.

—Fue en tiempos de Mr. Wilding —dijo—. La cosecha había sido particularmente buena y él compró la totalidad. El champagne suizo se ha vendido bien, ¿verdad?

—No diría yo que haya ido mal —respondió el encargado—. Puede que se haya agriao en los arcones de nuestros clientes, o que se haya evaporao en las manos de ellos. Pero yo no diría que haya ido mal para nosotros.

Vendale reanudó la lectura de la nota: «Comprobamos que el número de cajas es correcto, según los libros. Pero seis de ellas, que en la marca muestran una leve diferencia respecto al resto, se abrieron y se descubrió que contienen vino tinto en lugar de champagne. La similitud de las etiquetas, suponemos, ocasionó el error de que las enviaran desde Neuchâtel en esa entrega. No se descubrieron más cajas que esas seis».

—¡Eso es todo! —exclamó Vendale, apartando la nota de sí.

Los ojos de Joey Ladle siguieron el trozo de papel flotante con mirada triste.

—Me alegro de vé que se lo toma con calma, señó —dijo—. Pase lo que pase, siempre será un alivio para usted recordar que en el primer momento se lo tomó con calma. A veces, un error lleva a otro. Un hombre deja cae un peazo de cascara de naranja en la calle por error, otro hombre la pisa por error, y ya tiene trabajo el hospítá y hay una persona balda de por

vida. Me alegro de que usted se lo tome con calma, señor. En tiempos de Pebbleson y Sobrino, no nos lo habríamos tomado con calma hasta ver el fin del asunto. Sin ánimo de jactarme en esta casa, joven Mr. Vendale, le deseo que salga con bien de ésta. Con el debido respeto, señor —dijo el encargado, mientras abría la puerta para salir; antes de cerrarla echó una mirada ominosa al interior del despacho—. Estoy confundido y melancólico, se lo prometo. Pero soy un antiguo servidor de Pebbleson y Sobrino y le deseo que salga con bien de estas seis cajas de vino tinto.

Cuando estuvo a solas, Vendale se echó a reír y empuñó la pluma. «Debo mandar unas líneas a Defresnier y Compañía antes de olvidarlo», pensó. A continuación escribió:

Apreciados señores: Estamos haciendo acopio de género y se ha descubierto un error minúsculo en la última entrega de champagne enviada por su firma a la nuestra. Seis de las cajas contienen vino tinto, por lo cual las devuelvo a ustedes. El asunto puede quedar zanjado de inmediato, ya sea que ustedes nos envíen seis cajas de champagne, si pueden servirnoslas, o, en caso contrario, que nos hagan una nota de crédito por el valor de dichas cajas, ya pagadas (quinientas libras) por nuestra firma a la de ustedes. Sus seguros servidores.

Wilding y Cía.

Una vez despachada esta carta, el asunto desapareció de la mente de Vendale: tenía otras cosas mucho más interesantes en las que pensar. Ese mismo día, más tarde, hizo a Obenreizer la visita que habían concertado. Quedaron establecidas algunas tardes de la semana para que tuviera en ellas el privilegio de ver a Marguerite, aunque siempre en presencia de una tercera persona. En esta condición insistió Obenreizer con cortesía pero con firmeza. La única concesión que hizo fue permitir que Vendale eligiera quién sería esa tercera persona. Confiado en su pasada experiencia, eligió sin dudarlo a la excelente señora que zurcía los calcetines de Obenreizer. Al oír que se le encomendaba esa responsabilidad, la naturaleza intelectual de *Madame Dor* estalló de pronto en un nuevo estadio de desarrollo. Esperó hasta que los ojos de Obenreizer se apartaron de ella y entonces miró a Vendale e hizo un débil guiño.

Pasó el tiempo, las tardes felices con Marguerite llegaron y se fueron. Era el décimo día desde aquel en que Vendale escribiera a la firma suiza cuando apareció la respuesta en su escritorio, junto a la correspondencia del día.

Apreciados señores: Les presentamos nuestras excusas por el pequeño error cometido. Al mismo tiempo, lamentamos añadir que el conocimiento de nuestro error, logrado gracias a ustedes, nos llevó a un descubrimiento inesperado. Se trata de un asunto muy serio tanto para ustedes como para nosotros. Los detalles son los siguientes:

En vista de que ya no teníamos champagne de la cosecha que les habíamos enviado, hicimos los arreglos pertinentes para mandar a su firma la nota de crédito por el valor de las seis cajas, tal como ustedes mismos sugirieron. Al iniciar el trámite, ciertos formularios que se cumplimentan en nuestra gestión comercial exigían una referencia de nuestros libros bancarios y de nuestro registro. El resultado es la certeza moral de que la letra de cambio que ustedes mencionan nunca ha llegado a nuestra casa y una certeza literal de que el importe de ningún envío se ha ingresado en nuestra cuenta bancaria.

En esta etapa de los hechos, es inútil molestar a ustedes con detalles. El dinero, sin duda, fue robado en su trayecto desde ustedes hasta nosotros. Ciertas peculiaridades que observamos, relacionadas con la forma en que se perpetró la estafa, nos llevan a deducir que el ladrón debe haber pensado que estaría en condiciones de pagar la suma sustraída a nuestros banqueros antes de su inevitable descubrimiento, tras nuestro balance anual. Esto

no habría ocurrido hasta dentro de tres meses, de haber seguido las cosas el curso de siempre. Durante este período, de no mediar la carta de ustedes, podríamos haber seguido perfectamente inconscientes del robo que se ha cometido.

Mencionamos esta última circunstancia porque contribuirá a demostrarles que, en este caso, nos enfrentamos con un ladrón poco corriente. De momento, no tenemos ni siquiera una sospecha acerca de quién pueda ser el estafador. Pero creemos que ustedes pueden ayudarnos en la búsqueda del ladrón, si examinan el recibo (falso, por supuesto) que sin duda les habrá llegado desde nuestra casa. Les rogamos tengan a bien buscarlo y ver si se trata de un recibo totalmente manuscrito o si es un formulario impreso y numerado que sólo requiere que se rellene el espacio destinado al monto de la operación. Conocer este detalle en apariencia trivial es, lo aseguramos, una cuestión de vital importancia. Quedamos, ansiosos, a la espera de la respuesta de ustedes y les hacemos llegar nuestra alta estima y consideración.

Defresnier y Cía.

Vendale dejó la carta sobre su escritorio y aguardó un momento para tranquilizar su cerebro tras el golpe que acababa de recibir. En el momento en que, más que nunca, era de extrema importancia para él aumentar el valor de su empresa, la empresa se veía amenazada por una pérdida de quinientas libras. Pensó en Marguerite mientras sacaba la llave de su bolsillo y abría la cámara de caudales en la que se guardaban los libros y papeles de la firma.

Estaba aún en la cámara, buscando el recibo falso, cuando lo sobresaltó una voz que hablaba a sus espaldas, muy cerca de él.

—Mil perdones —decía la voz—, me temo que estoy molestando.

Se volvió y se encontró frente a frente con el tutor de Marguerite.

—He venido —seguía diciendo Obenreizer— para preguntarle si puedo serle de alguna utilidad. Mis negocios me llevarán por unos días a Manchester y Liverpool. ¿Puedo ocuparme de algo que usted necesite allí? Estoy a su entera disposición como agente viajero de Wilding y Cía. —Dispéñeme un momento —dijo Vendale—, enseguida hablaré con usted —se volvió otra vez y siguió buscando entre los papeles—. Llega en un momento en que los ofrecimientos de un amigo son más preciosos que nunca para mí —continuó—. He recibido muy malas noticias de Neuchâtel esta mañana.

—¡Malas noticias!—exclamó Obenreizer—. ¿De Defresnier y Compañía?

—Sí. Una letra de cambio que les enviamos fue robada. Estoy a punto de perder quinientas libras. ¿Qué ha sido eso?

Vendale se volvió con rapidez y, al echar una segunda mirada en su despacho, vio su caja de correspondencia caída en el suelo; Obenreizer, de rodillas, recogía el contenido.

—¡Una torpeza por mi parte! —dijo Obenreizer—. Estas terribles noticias me han impresionado, retrocedí...—estaba demasiado interesado en recoger los sobres esparcidos como para terminar la frase.

—No se moleste —dijo Vendale—, un empleado terminará de ponerlo todo en su sitio.

—¡Qué terribles noticias! —repitió Obenreizer, a la vez que continuaba recogiendo los sobres—. ¡Qué terribles noticias!

—Si lee usted la carta —dijo Vendale—, comprobará que no he exagerado en nada. Allí está, abierta, sobre el escritorio.

Volvió a su búsqueda y al cabo de un momento descubrió el recibo falso. Era un formulario numerado e impreso, tal como lo habían descrito desde la casa suiza. Vendale tomó nota del número y de la fecha. Después de volver a guardar el recibo en la cámara de

caudales, tuvo ocasión de advertir que Obenreizer leía la carta sentado en el hueco de una ventana, en el extremo más apartado de la habitación.

—Acerquese al fuego —dijo Vendale—. Parece usted aterido de frío allí. Llamaré para que traigan más carbón.

Obenreizer se puso de pie y se acercó con lentitud al escritorio.

—Marguerite, en cuanto lo sepa, sentirá esto tanto como yo —dijo con suavidad—. ¿Qué piensa hacer?

—Estoy en manos de Defresnier y Cía. —respondió Vendale—. En mi total desconocimiento de las circunstancias, sólo puedo hacer lo que ellos recomiendan. El recibo que acabo de encontrar es un formulario impreso y numerado. Al parecer le dan una importancia especial a este hecho. Usted, cuando estaba en la sede suiza, tuvo conocimiento del modo en que ellos trabajan. ¿Se le ocurre qué tienen en mente?

Obenreizer hizo una sugerencia.

—¿Y si examino ese recibo?—dijo.

—¿Se encuentra mal? —preguntó Vendale, sorprendido por el cambio del rostro de su interlocutor, que veía claramente en ese momento—. Por favor, acerquese al fuego. Veo que está temblando, espero que no esté a punto de caer enfermo.

—No hay cuidado —dijo Obenreizer—. Quizá haya pillado frío. Su clima inglés puede haber prescindido de un admirador de las instituciones inglesas. Déjeme ver el recibo.

Vendale abrió la cámara de caudales. Obenreizer cogió una silla y la acercó a la chimenea. Estiró ambas manos hacia las llamas.

—Déjeme ver el recibo —repitió con vehemencia, cuando Vendale reapareció con el papel en la mano. En ese mismo momento un mozo entró en el cuarto con una carga de carbón. Vendale le dijo que atizara el fuego. El hombre obedeció la orden con una diligencia calamitosa. Cuando se acercó a la chimenea y alzó el cubo del carbón, su pie tropezó en un pliegue de la alfombra y así fue como toda la carga de carbón cayó sobre las brasas. El resultado fue que la llama desapareció de inmediato y surgió una columna de humo amarillo, sin que ni un mínimo rastro de fuego la justificara.

—¡Imbécil! —murmuró Obenreizer para sí mismo, al tiempo que echaba una mirada que el hombre recordaría a lo largo de muchos días después de ése.

—¿Quiere que vayamos a la oficina de los empleados?—preguntó Vendale—. Allí hay una estufa. —No, no. Es igual.

Vendale le tendió el recibo. El interés de Obenreizer por examinar el papel parecía haberse apagado con tanta rapidez y tan totalmente como el fuego mismo. Miró por encima el documento.

—¡No, no lo entiendo! Lamento no poder ayudarle —dijo.

—Escribiré a Neuchâtel una carta que saldrá en el correo de esta noche —dijo Vendale, mientras dejaba en su sitio, una vez más, el recibo—. Tendremos que esperar y ver qué ocurre.

—En el correo de esta noche —repitió Obenreizer—. Veamos. Tendrá respuesta dentro de ocho o nueve días. Estaré de regreso antes. Si no puedo ser útil como agente viajero, quizá usted me haga saber lo que suceda. ¿Me enviará instrucciones escritas? Se lo agradezco mucho. Estaré ansioso por conocer la respuesta de Neuchâtel. ¿Quién sabe? Mi querido amigo, puede que sea un error después de todo. ¡Ánimo! ¡Ánimo! ¡Ánimo!

Había entrado en el despacho como si no tuviera ninguna prisa. Sin embargo, cogió el sombrero y se marchó de inmediato con la actitud de un hombre que no tiene un instante que perder.

Una vez a solas, Vendale dio una vuelta por la habitación, pensativo.

Su anterior impresión acerca de Obenreizer se tambaleaba a causa de lo que había oído y visto en esa visita que acababa de producirse. Por primera vez, se sentía dispuesto a pensar

que tal vez había sido un tanto precipitado y duro al juzgar a otro hombre. La sorpresa y la pena manifestadas por Obenreizer cuando supo las noticias de Neuchâtel tenían todas las características de sentimientos genuinos y no de fórmulas adoptadas con cortesía para la ocasión. Abrumado por inconvenientes propios, pues al parecer sufría de los primeros síntomas inquietantes de una enfermedad seria, había mostrado el aire y dicho las palabras de un hombre que de verdad deplorara el desastre que se había precipitado sobre su amigo. Hasta entonces Vendale había intentado en vano cambiar su primera opinión sobre el tutor de Marguerite, por amor a Marguerite. Todos los instintos generosos de su naturaleza se sumaban ahora y hacían vacilar lo que hasta ese momento le había parecido indiscutible. «¿Quién sabe?», pensó, «quizá haya interpretado equivocadamente la cara de ese hombre, después de todo.»

Pasó el tiempo, las tardes felices con Marguerite llegaron y se fueron. Otra vez era el décimo día desde aquel en que Vendale escribiera a la firma suiza, y otra vez apareció la respuesta sobre su escritorio con el resto de la correspondencia del día.

Apreciado señor: Mi socio principal, M. Defresnier, ha viajado por negocios urgentes a Milán. En su ausencia (y con todo su respaldo y su beneplácito), vuelvo a escribirle sobre el asunto de las quinientas libras que faltan.

Su descubrimiento de que el recibo falso está hecho en uno de nuestros formularios numerados e impresos nos ha producido una enorme sorpresa e inquietud a mi socio y a mí. En el momento en que su letra de cambio fue robada, sólo había en uso tres llaves para abrir la caja fuerte en que siempre se guardaron nuestros recibos impresos. Mi socio tenía una llave y yo, la otra. La tercera estaba en poder de un caballero que, en esa época, ocupaba un lugar de confianza en nuestra casa. Podríamos haber sospechado antes de uno de nosotros que de esa persona. No obstante, ahora la sospecha se centra en él. No puedo apresurarme a decirle de quién se trata, en la medida en que existe una leve posibilidad de que resulte inocente tras la investigación que ahora se debe llevar a cabo. Disculpe mi silencio: la causa es buena.

Los pasos que seguirán nuestra investigación son bastante simples. Personas competentes con cuya ayuda contamos compararán la caligrafía de su recibo con algunas muestras manuscritas que están en nuestro poder. No puedo enviarle esas muestras, por razones comerciales que, estoy seguro, usted aprobará en cuanto las conozca. He de pedirle que me envíe el recibo a Neuchâtel y, al hacerlo, debo hacerle una advertencia imprescindible.

Si la persona a la que apuntan hoy las sospechas resulta ser la que hizo esta falsificación y robo, tengo motivos para temer que las circunstancias ya la hayan puesto en guardia. La única prueba contra él es la que tiene usted en sus manos y él removerá cielo y tierra para destruirla. Le pido con la máxima firmeza que no confíe ese recibo al correo. Envíemelo sin pérdida de tiempo por alguien de confianza, y no elija como mensajero sino a alguien que lleve mucho tiempo en su empresa, que esté habituado a viajar y que hable francés, a un hombre que tenga valor y honestidad y, sobre todo, alguien de quien se pueda esperar que no entablará relación con ningún extraño durante el viaje. No confíe a nadie, absolutamente a nadie excepto a su mensajero, el giro que ha tomado este asunto. Que el recibo llegue bien depende de que usted interprete literalmente la advertencia que le acabo de hacer.

Sólo he de añadir que cualquier ahorro de tiempo es ahora de crucial importancia. Más de uno de nuestros formularios de recibo se ha perdido, y es imposible saber cuántos fraudes podrán cometerse si no logramos detener al ladrón.

Su seguro servidor.

Rolland Por Defresnier y Cía.

¿Quién era el sospechoso? En la situación de Vendale parecía inútil preguntárselo.

¿A quién debía enviar a Neuchâtel con el recibo? Hombres de valor y honestos, capaces de cumplir el encargo, los había en el Recodo del Baldado. Pero ¿dónde estaba el hombre habituado a viajar por el extranjero, que hablara francés y de quien se pudiera esperar que no entablaría relación con ningún extraño durante el viaje? No había disponible más que un solo hombre que reuniera en su persona todas esos requisitos, y ese hombre era el propio Vendale.

Era un sacrificio abandonar su negocio; mayor sacrificio aún era abandonar a Marguerite. Pero eran quinientas libras las que estaban en juego en la investigación en curso, y la interpretación literal de la advertencia de M. Rolland se planteaba en unos términos que no permitían ninguna frivolidad. Cuanto más pensaba Vendale en ello, más clara veía la necesidad de viajar, y se dijo: «¡Ve!».

Mientras guardaba bajo llave la carta con el recibo, la asociación de ideas le hizo pensar en Obenreizer. Ya parecía menos aventurado hacer alguna presunción sobre la identidad del sospechoso. Obenreizer debería saber.

Apenas se le había ocurrido la idea cuando se abrió la puerta y Obenreizer entró en el despacho.

—En Soho Square me dijeron anoche que lo esperaban —dijo Vendale, a la vez que lo saludaba—. ¿Le ha ido bien en provincias? ¿Se encuentra mejor?

Mil gracias. A Obenreizer le había ido muy bien. Obenreizer estaba infinitamente mejor. ¿Qué novedades había? ¿Alguna carta de Neuchâtel?

—Una carta muy peculiar —respondió Vendale—. El asunto ha tomado un nuevo giro y la carta insiste en que, sin excepción ninguna, mantenga en total secreto nuestros próximos pasos.

—¿Sin excepción ninguna? —repitió Obenreizer. Mientras decía esas palabras, se encaminaba pensativo hacia la ventana del extremo del cuarto; miró por ella hacia fuera por un instante y de inmediato volvió hacia Vendale—. Seguro que se han olvidado —dijo—, ¿o a mí me exceptúan?

—*Monsieur* Rolland es quien ha escrito —dijo Vendale—. Y, como usted dice, seguramente se ha olvidado. Este detalle se me había escapado. Justamente a su llegada me estaba diciendo que quería consultar el asunto con usted. Y aquí me veo, obligado por una prohibición formal, que tal vez no lo incluya a usted. ¡Qué fastidio!

Los ojos velados de Obenreizer se fijaron, atentos, en Vendale.

—¿Quizá sea algo más que un fastidio! —dijo—. Esta mañana vengo no sólo para conocer las noticias sino también para ofrecerme como mensajero, negociador o lo que usted quiera. Parece increíble, pero he recibido cartas que me obligan a viajar a Suiza de inmediato. Podría llevar mensajes, documentos o lo que fuera a Defresnier y Rolland en su nombre.

—Usted es el hombre que yo quería —respondió Vendale—. Muy a mi pesar, había decidido hace cinco minutos que iría a Neuchâtel en persona, porque no podía encontrar aquí otro más adecuado para ocuparse del asunto. Déjeme ver otra vez la carta.

Abrió la cámara acorazada para buscar la carta. Obenreizer, después de mirar a su alrededor para asegurarse de que estaban solos, dio un paso o dos hacia Vendale y esperó, a la vez que lo medía con sus ojos: sin duda, era el más alto y el más fuerte de los dos. Obenreizer se apartó para acercarse al fuego.

Entre tanto, Vendale leía el último párrafo de la carta por tercera vez. La advertencia era seria y estaba esa frase final, que insistía en una interpretación literal de ese aviso. La mano que entre las sombras conducía a Vendale lo llevó a considerar tan sólo esa condición. Una suma importante estaba en juego: una sospecha terrible tenía que ser aclarada. Si actuaba bajo su propia responsabilidad, y ocurría algo que impidiese esclarecer el asunto, ¿a quién

se debería culpar? Como hombre de negocios, Vendale no tenía más que un camino a seguir. Volvió a guardar la carta.

—Es muy enojoso —dijo a Obenreizer—. Este olvido de M. Rolland me pone en un serio problema y en una posición absurdamente falsa ante usted. ¿Qué voy a hacer? Se trata de un asunto muy serio y estoy obrando en una total oscuridad. No tengo más elección que seguir no el espíritu sino la letra de mis instrucciones. Me figuro que usted lo comprenderá. Sepa que, de no verme comprometido de este modo tan estricto, con mucho gusto habría aceptado sus servicios.

—¡No diga más!—respondió Obenreizer—. En su lugar, yo haría lo mismo. Amigo mío, no me lo tomo a mal y le agradezco su cumplido. De todos modos, viajaremos juntos —añadió Obenreizer—. ¿Partirá usted de inmediato, como yo?

—De inmediato. Antes, por supuesto, debo hablar con Marguerite.

—¡Claro que sí! ¡Claro que sí! Hable con ella esta tarde. Vaya a recogerme de camino a la estación. ¿Saldremos en el tren postal de esta noche?

—En el tren postal de esta noche.

Era más tarde de lo previsto por Vendale cuando llegó a la casa de Soho Square. Se habían presentado por docenas los inconvenientes en el negocio, originados por su partida intempestiva. Una cruelmente larga parte del tiempo que había esperado dedicar a Marguerite se le había perdido en los deberes de su despacho, que era imposible dejar de lado.

Para su sorpresa y deleite, la joven estaba sola en el salón cuando él llegó.

—No tenemos más que unos pocos minutos, George —dijo Marguerite—, pero *Madame Dor* ha sido buena conmigo, y podremos pasarlos a solas —le echó los brazos al cuello y susurró ansiosa: —¿Has hecho algo que pueda haber ofendido a Mr. Obenreizer?

—¡Yo! —exclamó Vendale perplejo.

—¡Calla! —pidió ella—. No quiero que nos oigan. ¿Recuerdas la fotografía tuya que me diste? Esta tarde estaba sobre la repisa de la chimenea. El la cogió y la miró, y yo le vi la cara en el espejo: ¡supe entonces que lo habías ofendido! Es un hombre despiadado, vengativo y tan impenetrable como una tumba. ¡No viajes con él, George, no viajes con él! —¡Amor mío —respondió Vendale—, no dejes que tu imaginación te inquiete! Obenreizer y yo nunca hemos sido mejores amigos que en este momento.

Antes de que pudieran decir una palabra más, el movimiento de un cuerpo robusto estremeció el suelo del cuarto contiguo y, a continuación, entró *Madame Dor*.

—¡Obenreizer! —exclamó la excelente señora en un susurro y sin demora se dejó caer en su sitio de siempre, junto a la estufa.

Entró Obenreizer con una bolsa de correo colgada del hombro.

—¿Está preparado? —preguntó a Vendale— ¿Puedo llevarle algo? Usted no tiene una bolsa adecuada y yo llevo ésta. Aquí está el compartimiento para los papeles, abierto y a su disposición.

—Gracias —dijo Vendale—. Llevo un solo documento importante, y estoy obligado a cuidar de ese papel personalmente. Aquí está —añadió, tocando el bolsillo interno de su abrigo— y aquí seguirá hasta que llegue a Neuchâtel.

Mientras decía estas palabras, la mano de Marguerite tomó la suya y la oprimió significativamente. La joven miraba hacia Obenreizer. Antes de que Vendale, a su vez, pudiera mirarlo, Obenreizer giró en redondo para despedirse de *Madame Dor*.

—Adiós, mi encantadora sobrina —dijo de inmediato a Marguerite—. ¡En marcha, amigo mío, a Neuchâtel! —palmeó a Vendale con suavidad sobre el bolsillo interno de su abrigo y se encaminó a la puerta.

La última mirada de Vendale fue para Marguerite. Las últimas palabras que Marguerite le dijo fueron: «¡No vayas!».

ACTO III

EN EL VALLE

Mediaba el mes de febrero cuando Vendale y Obenreizer iniciaron su expedición. La dureza del invierno convertía en pésimo el tiempo para los viajeros. Tan malo era que al llegar ambos a Estrasburgo, encontraron casi vacías las posadas más importantes. Aun las pocas personas que estaban en esa ciudad, llegadas desde Inglaterra o París y en viaje de negocios hacia Suiza, se estaban volviendo a sus puntos de partida.

Muchas de las líneas férreas suizas por las que los turistas circulaban con bastante facilidad en general, estaban casi o totalmente impracticables entonces. Algunos servicios ni siquiera se iniciaban; la mayoría no llegaba a término. Los que se ponían en marcha debían recorrer extensos tramos de vía viejos, en los que durante el invierno las comunicaciones se cortaban a menudo; muchos debían sortear puntos débiles, en los que los trabajos recientes aún no eran seguros ni en la época de las heladas ni en momentos de eventuales deshielos. En estos lugares no solían circular los trenes cuando llegaba el mal tiempo, todo dependía de las condiciones del clima, y el servicio solía interrumpirse en los meses considerados como más peligrosos.

En Estrasburgo, había más historias de viajeros referidas a las dificultades de los siguientes tramos del camino que viajeros para contarlas. Muchas de esas narraciones eran todo lo espectaculares que se podía prever; pero las de contenidos más modestos conseguían cierta verosimilitud por el hecho indudable de que la gente se estaba volviendo. Sin embargo, en cuanto se abrió la vía a Basilea, la decisión de Vendale de seguir adelante se mostró inamovible. La de Obenreizer, necesariamente, coincidía con la de Vendale, pues se sentía acorralado: terminaría arruinado si no destruía la prueba que Vendale llevaba, aunque para eso tuviera que terminar con el propio Vendale.

La actitud de cada uno de los dos viajeros para con el otro era la que sigue. Obenreizer, amenazado por una desgracia inminente a causa de la rápida acción de Vendale, veía que el círculo se cerraba más y más a cada hora gracias a la energía del joven, por todo lo cual lo odiaba con la animosidad de un animal feroz y astuto. Siempre tenía reacciones instintivas en su corazón contra su compañero; quizá por el resentimiento antiguo del labriego ante el caballero; quizá por el carácter abierto de la naturaleza de Vendale; quizá porque era más guapo; quizá por su éxito con Marguerite; quizá por todas estas causas, las dos últimas de las cuales no eran las menos importantes. Además, en esos momentos, veía en él al cazador que iba tras su rastro. Por su parte, Vendale, mientras continuaba luchando generosamente contra su primera y vaga desconfianza, se sentía por entonces más obligado que nunca a desterrarla pues se decía una y otra vez: «Es el tutor de Marguerite. Estamos en una relación perfectamente amistosa; me acompaña por su propia voluntad y no puede tener ningún motivo interesado para compartir este incómodo viaje». A estas alegaciones favorables a Obenreizer, el azar añadió otra, nueva, cuando llegaron a Basilea, tras un viaje que duró más del doble de lo normal.

Habían tomado la cena muy tarde y estaban solos en un cuarto de la posada, a orillas del Rin, que en ese punto fluía veloz y profundo, crecido y ruidoso. Vendale descansaba sobre un canapé y Obenreizer caminaba de un lado a otro: ya se detenía junto a la ventana,

miraba los reflejos movedizos de las luces de la ciudad en las aguas oscuras (y tal vez pensara: «¿Si pudiera arrojarlo al río!»), o bien volvía a sus paseos con los ojos fijos en el suelo. «¿Se lo robaré, si puedo? ¿Lo mataré, si es preciso?». Así como él recorría la habitación, el río fluía y fluía.

Por fin la carga le resultó tan pesada, le pareció que crecía tanto, que se detuvo, con la idea de proyectar otra carga sobre su compañero.

—Esta noche el Rin suena como un salto de agua de mi pueblo —dijo sonriendo—. El salto de agua que mi madre mostraba a los viajeros; recordará usted que se lo conté hace unos meses. El sonido de esa cascada cambiaba según el tiempo, como lo hace el de todos los saltos y corrientes de agua. Cuando yo era aprendiz de relojero, recuerdo que me parecía que se pasaba los días diciéndome: «¿Quién eres tú, pobrecillo infeliz? ¿Quién eres tú, pobrecillo infeliz?». Recuerdo que otros días, cuando su sonido era hueco y se acercaba una tormenta al puerto, me parecía decir: «Bum, bum, bum, pégale, pégale», como mi madre (que no sé si era mi madre) cuando rabiaba.

—¿Si era? —dijo Vendale que con lentitud se incorporó hasta quedar sentado—. ¿Si era? ¿Por qué dice usted «si era»?

—¿Cómo puedo saberlo? —respondió su interlocutor con tono negligente, alzando las manos y dejándolas caer a su antojo—. ¿Cómo podría saberlo usted? Mi origen es tan oscuro que no puedo afirmarlo. Yo era muy pequeño y los del resto de la familia eran ya hombres y mujeres y mis presuntos padres eran viejos. Todo es posible en un caso así.

—¿Dudó usted alguna vez...?

—Ya se lo he dicho, dudo de que esos dos estuvieran casados —respondió, alzando otra vez las manos, como si desechara ese desagradable tema—. Pero aquí estoy, en este mundo. Yo no vengo de una familia distinguida. ¿Qué importa?

—Al menos usted es suizo —dijo Vendale, después de seguir sus paseos con la mirada.

—¿Cómo voy a saberlo? —respondió con brusquedad y se detuvo para echarle una mirada por encima del hombro—. Yo le digo a usted: al menos usted es inglés. ¿Cómo lo sabe?

—Por lo que me dijeron cuando era niño.

—¡Ah! Yo también lo sé por eso.

—Y por mis primeros recuerdos —dijo Vendale, que iba tras un pensamiento que no podía apartar de sí.

—También yo lo sé por eso, si es que ese modo de saberlo es satisfactorio.

—¿A usted no le resulta satisfactorio?

—Tiene que satisfacerme. No hay nada como el «tiene que» en este pequeño mundo. Tiene que: dos palabras breves pero más potentes que cualquier prueba o que los razonamientos extensos.

—Usted y el pobre Wilding nacieron en el mismo año. Eran casi de la misma edad —dijo Vendale, que había vuelto a observar, pensativo, las idas y vueltas de Obenreizer.

—Sí, más o menos.

¿Sería Obenreizer el hombre desaparecido? Dentro de la asociación desconocida de las cosas, ¿habría un sentido más sutil que el que él mismo creía en esa teoría, tantas veces repetida, acerca de la pequeñez del mundo? ¿La carta de presentación proveniente de Suiza habría llegado tan poco después de la revelación de Mrs. Goldstraw respecto al niño llevado a Suiza precisamente porque él era ese niño, convertido en un hombre? En un mundo en el que tantos abismos son aún desconocidos, bien podría ser. Las casualidades, o las leyes —se las llamase como se las llamase—, que habían determinado que la relación de Vendale con Obenreizer reviviera y madurase hasta llegar a la intimidad, y que los habían llevado a estar juntos en esa noche de invierno no eran mucho menos curiosas; vistas bajo esa luz, parecían confluír hacia el avance de un fin inteligible.

Los recién nacidos pensamientos de Vendale se ahondaron, mientras sus ojos, meditativos, seguían los paseos de Obenreizer por el cuarto, a la vez que el río corría marcando el ritmo: «¿Se lo robaré, si puedo? ¿Lo mataré, si es preciso?». El secreto de su amigo muerto no corría peligro en los labios de Vendale, pero así como su amigo había muerto bajo aquel peso, del mismo modo él sintió la carga de aquella misión recibida como herencia menor, y la obligación de seguir cualquier rastro, por muy débil que fuese. De inmediato se preguntó si ese hombre sería el verdadero Wilding. No. Aunque su desconfianza se hubiera desdibujado, no se sentía propenso a poner a ese sustituto en el lugar de su difunto socio, tan candido, franco e inocente. Tenía sobre Marguerite más poder que el necesario, tal como estaban las cosas, y la riqueza podría darle aún más. ¿Aceptaba que ese hombre fuera el tutor de Marguerite, aunque no mantuviera con ella ninguna clase de relación, por muy apartado y distante que estuviera? No. Pero esas consideraciones no podían interponerse entre él y la fidelidad al muerto. Tenía que ocuparse de que pasaran por su cabeza sin dejar más huella que la sensación de que habían pasado por su cabeza y lo habían dejado dispuesto a cumplir con un deber solemne. Y de eso se ocupó, mientras seguía con ojos propicios a su compañero, que continuaba paseándose arriba y abajo por el cuarto, ese compañero al que suponía malhumorado por sus reflexiones acerca de su cuna, sin sospechar que pensaba en la muerte violenta de otro hombre y sin soñar siquiera en cuál sería ese hombre.

El camino que iba de Basilea a Neuchâtel estaba en mejores condiciones que las previstas. Las últimas horas habían sido buenas. Los conductores de caballos y mulas llegaron esa tarde después del anochecer, y dijeron que sólo había que superar pruebas de paciencia, de arreos, ruedas, ejes y trallas. Pronto contrataron un carruaje y caballos para que los llevara por la mañana, con la idea de partir antes del amanecer.

—¿Cierra usted la puerta por la noche cuando viaja? —preguntó Obenreizer que estaba de pie, calentando sus manos junto a los leños encendidos en la chimenea del cuarto de Vendale antes de marcharse a su habitación. —No. Duermo profundamente. —¿Duerme profundamente?—repetió Obenreizer, con una mirada admirativa—. ¡Qué ventura!

—Lo es para el resto de la casa —respondió Vendale—, que no tendrá que despertarse por la mañana con los golpes en la puerta de mi cuarto.

—También yo —dijo Obenreizer— dejó abierta la puerta de mi cuarto. Pero permítame que le advierta, como buen conocedor de Suiza: siempre que viaje por mi país, ponga sus papeles y su dinero, por supuesto, bajo la almohada. Siempre en el mismo sitio.

—No es muy cortés con sus compatriotas —dijo Vendale riendo.

—Mis compatriotas —dijo Obenreizer a la vez que repetía aquel ligero toque en los codos de su amigo, a modo de buenas noches y bendición—, supongo, son como la mayoría de los hombres. Y la mayoría de los hombres tendrán lo que se merezcan. ¡Adiós! A las cuatro en punto de la mañana. —¡Adiós! A las cuatro.

Una vez a solas, Vendale juntó los leños encendidos, los cubrió con las cenizas blancas que había en la chimenea, y se acomodó para poner en orden sus pensamientos. Pero otra vez se fijaron en el último tema, y el ruido del río parecía agitarlos, más que aquietarlos. Cuando se sentó para reflexionar, la poca disposición de dormir que tenía desapareció. Comprendió que era inútil acostarse aún, y se quedó vestido junto al fuego. Marguerite, Wilding, Obenreizer, el asunto que tenía entre manos y mil esperanzas y dudas que nada tenían que ver con todo ello ocuparon su mente de inmediato. Todo parecía tener poder sobre él, menos el sueño. La desaparecida disposición de dormir se mantenía lejana.

Hacía un rato que estaba sentado pensando, junto a la chimenea, cuando lávela se consumió, se extinguió su luz. No tenía importancia, había luz suficiente con el fuego.

Cambió de posición, apoyó el brazo en el respaldo de la silla y el mentón en esa mano, y continuó sentado, pensando.

Pero estaba sentado entre la chimenea y la cama y, como la luz del fuego temblaba en el juego de reflejos que venían de la rápida corriente del río, la alargada sombra de Vendale se proyectaba sobre la pared blanca, junto a la cama. Su postura le daba a medias el aire de un hombre afligido y a medias el de alguien inclinado sobre la cama rezando. Sus ojos observaban el cuadro y, de pronto, se le ocurrió la desagradable fantasía de que aquella era la sombra de Wilding y no la suya.

Si se movía apenas, la sombra desaparecería. Cambió de posición y la imagen de su fantasía perturbadora desapareció. Estaba sentado, pues, en la oscuridad de un pequeño ángulo junto a la chimenea y frente a sí veía la puerta de la habitación.

Esa puerta tenía un largo y pesado pasador de hierro. Vio que el pasador se alzaba lenta y suavemente. La puerta se abrió apenas y volvió a su quicio, como si sólo el aire la hubiera movido, pero Vendale vio que el pasador estaba fuera de su encaje.

Muy lentamente, la puerta se abrió otra vez hasta permitir el paso de una persona. Después se mantuvo inmóvil por unos instantes, como si con cautela la mantuvieran abierta desde fuera. Al cabo, entró la figura de un hombre, con la cara vuelta hacia la cama, y se detuvo en silencio en el vano de la puerta. Luego, en voz baja, en un susurro, a la vez que avanzaba un paso habló. —¡Vendale! —dijo.

—¿Qué ocurre? —respondió saltando de su asiento— ¿Quién es?

Era Obenreizer que dejó escapar un grito de sorpresa al ver que Vendale se le acercaba desde una dirección inesperada.

—¿No está en la cama? —dijo y lo cogió de los hombros con una tendencia instintiva a la pelea— ¿Es decir que algo va mal?

—¿Qué quiere decir? —dijo Vendale, librándose de aquellas manos.

—Ante todo dígame: ¿se encuentra bien? —¿Bien? Sí.

—He tenido una pesadilla con usted. ¿Cómo es que lo veo levantado y vestido?

—Mi buen amigo, de igual manera yo podría preguntarle cómo es que lo veo a usted levantado y desvestido.

—Ya se lo he dicho. Tuve una pesadilla acerca de usted. Quise dormir después, pero me fue imposible. No podía dejar de pensar que no debía quedarme en mi habitación sin saber si usted estaba bien, y tampoco podía decidirme a venir aquí. Estuve varios minutos dudando, en la puerta. Es fácil reírse de un sueño que usted no ha soñado. ¿Dónde está su vela? —Ya se ha consumido.

—Tengo una entera en mi cuarto. ¿Quiere que la traiga?

—Hágalo.

La habitación de Obenreizer estaba muy cerca, de modo que estuvo ausente sólo unos pocos segundos.

Cuando volvió con la vela en la mano, se arrodilló junto a la chimenea y la encendió. Mientras Obenreizer soplabla un leño encendido para levantar la llama destinada a la vela, Vendale vio que tenía los labios blancos y que apenas si podía controlarlos.

—¡Sí! —dijo Obenreizer al poner la vela encendida sobre la mesa—. Ha sido una pesadilla. ¡Pero míreme!

Iba descalzo; llevaba la camiseta de franela roja abierta en torno al cuello y con las mangas arrolladas por encima de los codos; la única otra prenda que llevaba eran unos calzones que le llegaban a los tobillos y le estaban muy ajustados. Había en su figura un algo ágil y salvaje, y le brillaban los ojos.

—Si hubiera habido una pelea con un ladrón, como en mi sueño —dijo Obenreizer—, ya lo ve, ya me había quitado la ropa innecesaria.

—Y también armado —dijo Vendale, a la vez que echaba una mirada al cinturón de su interlocutor.

—Un puñal de viajero que siempre llevo cuando salgo al camino —respondió Obenreizer como al descuido, desvainando a medias con la mano izquierda, para volver de inmediato el puñal a su sitio—. ¿Usted no lleva algo así?

—No, nada.

—¿Pistolas tampoco? —dijo Obenreizer, y echó una mirada a la mesa y después a la almohada sin usar.

—Nada de eso.

—¿Qué confiados son ustedes, los ingleses! ¿Quiere dormir?

—Hubiera querido dormir hace un rato, pero ahora no.

—Ni yo, después de esa pesadilla. Mi fuego se ha apagado, como su vela. ¿Puedo sentarme aquí? ¡Las dos! No falta mucho para las cuatro, no vale la pena volver a la cama.

—No me voy a tomar el trabajo de meterme en la cama ahora —dijo Vendale—. Siéntese aquí y hágame compañía, es usted bienvenido.

Obenreizer se dirigió a su cuarto para arreglar sus ropas y volvió al cabo de unos momentos con una amplia capa y zapatillas. Se sentaron a ambos lados de la chimenea. Entre tanto, Vendale había echado al fuego unos leños de la cesta que había en su cuarto. Obenreizer puso sobre la mesa su cantimplora y un vaso.

—No es más que brandy corriente de cabaret —dijo mientras llenaba el vaso—, comprado en la calle, no como el que tienen en el Recodo del Baldado. Pero el suyo se ha terminado. Tanto peor. Una noche fría, la hora más fría de la noche, un país frío y una casa fría. Esto será mejor que nada, pruébelo.

Vendale tomó el vaso y probó la bebida.

—¿Qué le parece?

—Tiene un dejo áspero en el paladar —dijo Vendale, y tendió el vaso con un ligero estremecimiento—, y no me gusta.

—Es verdad —dijo Obenreizer, que había probado la bebida y hacía chasquear los labios—, *tiene* un dejo áspero y tampoco *a mí* me gusta. ¡Aj! ¡Esto quema!—arrojó el resto de la bebida al fuego.

Ambos tenían un codo apoyado en la mesa, y la cabeza en la mano, y estaban sentados observando los leños encendidos. Obenreizer se mantenía atento e inmóvil; pero Vendale, después de unos gestos bruscos, en un impulso se puso de pie, miró espantado a su alrededor, y se hundió en una extraña confusión de imágenes. Llevaba sus papeles en una cartera o libreta de cuero, en un bolsillo interior de su abrigo de viaje abotonado; y cualquiera que fuese su sueño, en el letargo que se apoderó de él algo que importunaba esos papeles lo arrancó de ese sueño, aunque no pudo despertar por entero de él. Lo retenían en las estepas de Rusia (un personaje oscuro decía el nombre del lugar) junto a Marguerite; sin embargo, la sensación de una mano en su pecho, que tanteaba la libreta guardada en su bolsillo, mientras él dormía junto al fuego, era vivida para él. Había naufragado y estaba en un bote descubierto, en medio del mar, había perdido sus ropas y sólo se protegía con una vela vieja; no obstante, una mano que lo palpaba, buscando papeles en todos los demás bolsillos de la ropa que llevaba, sin encontrar respuesta a su búsqueda, le advertía que tenía que ponerse de pie. Estaba en la vieja cava del Recodo del Baldado, a la que habían llevado la mismísima cama que había en el cuarto de la posada de Basilea; Wilding (que no había muerto, como él suponía, aunque eso no le parecía demasiado extraño) lo sacudía y le susurraba: «¡Mira a ese hombre! ¿No ves que se ha levantado y está mirando bajo la almohada? ¿Por qué iba a dar vuelta a la almohada si no está buscando esos papeles que llevas en el bolsillo? ¡Despierta!». Pero él siguió durmiendo y se extravió en otros sueños.

Atento e inmóvil, con un codo apoyado en la mesa y la cabeza sobre la mano, al fin habló su compañero.

—¡Vendale! Nos están llamando. ¡Pasa de las cuatro!

Cuando abrió los ojos, vio vuelta de perfil hacia él la cara de Obenreizer oculta en su niebla.

—Ha dormido profundamente —dijo—. ¡La fatiga del largo viaje y el frío!

—Ahora estoy bien despierto —exclamó Vendale, y se levantó de un salto, aunque con pie inseguro—. ¿Usted no ha dormido?

—Quizá haya dormitado algo, pero me parece que estuve mirando el fuego largamente. Sea como sea, debemos asearnos, tomar el desayuno y partir. ¡Pasa de las cuatro, Vendale, pasa de las cuatro!

Lo dijo con un tono perentorio, porque el muchacho ya estaba medio dormido otra vez. Mientras se preparaba para la jornada y durante el desayuno, volvió a hundirse en un sueño virtual, aunque siguiera moviéndose mecánicamente. Antes que el día frío y oscuro se acercara a su fin, no tuvo del viaje una impresión más precisa que el sonido de los cascabeles, el mal tiempo, los caballos que resbalaban, las laderas torvas, los bosques sombríos y una parada en algún albergue de la carretera, donde pasaron por un establo para poder subir al salón destinado a los viajeros. De muy poco más tuvo conciencia, exceptuado Obenreizer, que se mantuvo sentado y pensativo a su lado todo el día, sin dejar de mirarlo.

Pero cuando se liberó de su letargo, Obenreizer no estaba a su lado. El coche se había detenido para un descanso en otro albergue del camino, y una fila de carretones largos y estrechos, cargados con barriles de vino y tirados por caballos que llevaban grandes colleras azules y fuertes cabezadas, también estaba detenida en un descanso. Los carretones iban en dirección contraria a la del coche, y Obenreizer (nada pensativo en ese momento, sino animado y vivaz) estaba hablando con el primer carretero. Cuando Vendale estiraba las piernas, para que circulara la sangre, y se liberaba de las telarañas de su modorra, yendo y viniendo con energía en medio de ese aire tonificante, la fila de carretones avanzó: todos los carreteros saludaban a Obenreizer al pasar a su lado.

—¿Quiénes son? —preguntó Vendale.

—Son nuestros conductores... de Defresnier y Cía. —respondió Obenreizer—, y éstos, nuestros cascos de vino—canturreaba para sí mismo y encendió un cigarro.

—Hoy he sido un acompañante pesado y soso —dijo Vendale—. No sé qué me ocurría.

—No ha dormido anoche, y a menudo se produce una especie de congestión del cerebro, cuando se pasa este frío por primera vez —dijo Obenreizer—. Lo he visto muchas veces. Al fin y al cabo, parece que hemos hecho el viaje para nada.

—¿Cómo para nada?

—La Casa está en Milán. Ya sabe, aquí en Neuchâtel está la bodega, y en Milán hay una sedería. Pues bien, ocurre que la seda de pronto es más importante que el vino, y Defresnier tuvo que ir a Milán. Rolland, el otro socio, cayó enfermo tras la partida de su socio y los médicos no le permiten que vea a nadie. En Neuchâtel encontrará una carta que así se lo dice. Lo he sabido de boca de nuestro jefe de carreteros, ése con el que estaba hablando. Se sorprendió al verme, y dijo que tenía que darle esta noticia, si se encontraba con usted. ¿Qué piensa hacer? ¿Regresar?

—Seguir —dijo Vendale. —¿Seguir?

—Sí, seguir. Cruzar los Alpes y bajar a Milán. Obenreizer se quitó el cigarro de la boca para mirar a Vendale, y después dio una calada larga, miró carretera arriba y carretera abajo, miró las piedras del camino que tenía a sus pies.

—Lo que llevo entre manos es un asunto muy serio —dijo Vendale—, hay más formularios extraviados que pueden convertirse en cuentas falsas o en algo peor; me

pidieron que no perdiera el tiempo y que ayudara a la firma a descubrir al ladrón, y nada me hará volver atrás. —¿No? —exclamó Obenreizer, que se quitó el cigarro de la boca para sonreír, a la vez que estrechaba la mano de su compañero de viaje—. Pues tampoco a mí me harán volver atrás. ¡Eh, conductor! De prisa. ¡Rápido! ¡Sigamos adelante!

Viajaron toda la noche. Había nevado y parte de la nieve se estaba fundiendo, por lo que el camino se hizo casi al paso, con muchas paradas para dar un respiro a los caballos, cubiertos de barro y torpes ya en su andar. Cuando había transcurrido una hora desde que se hiciera la plena luz del día, se detuvieron a la puerta de la posada de Neuchâtel: les había llevado unas veintiocho horas avanzar unas ochenta millas inglesas.

Después de reponer energías y cambiar de ropa, a toda prisa, fueron juntos a las oficinas de Defresnier y Compañía. Allí encontraron la carta de la que había hablado el carretero, dentro de la cual estaban las pruebas y comparaciones de escritura esenciales para descubrir al estafador. Tomada ya la decisión de seguir adelante sin descansar, lo único que podía demorarlos era la cuestión del puerto por el que podrían cruzar los Alpes. Con respecto al estado de los pasos de San Gotardo y Simplón los guías y los acemileros no se ponían de acuerdo; además, ambos puertos estaban lo bastante lejos como para evitar que los viajeros obtuvieran noticias de alguien que los hubiese atravesado recientemente. Por otra parte, sabían muy bien que un chubasco de nieve podía cambiar por entero las condiciones descritas en el breve lapso de una hora, aunque les hubieran transmitido datos correctos. No obstante, en general parecía que el Simplón era el camino más adecuado, y Vendale decidió emprender esa ruta. Obenreizer no participó casi en la discusión, y apenas si dijo alguna palabra.

A Ginebra, a Lausana, por la margen llana del lago hasta Vevey, luego a través del valle barrido por el viento entre las estribaciones de la montaña y, por fin, al valle del Ródano. El ruido de las ruedas del coche, mientras avanzaba traqueteando a lo largo del día y de la noche, se convirtió en algo así como las ruedas de un gran reloj que registrara las horas. No hubo en el tiempo cambios que alterasen la jornada, transcurrida en medio de un duro frío de hielo. Contra un cielo sombrío y amarillento, vieron las cimas de los Alpes; también vieron en montañas y laderas más cercanas la cantidad suficiente de nieve como para manchar por contraste la pureza de lagos, torrentes y saltos de agua y hacer que las aldeas pareciesen descoloridas y sucias. Pero no nevó ni hubo ventiscas sobre la carretera. El discurrir lento, a través del valle, de una masa de bruma más o menos cerrada y blanca, que en sus cabellos y ropas se convertía en carámbanos, era el único cambio que se producía entre ellos y el cielo sombrío. Incansables en el día, incansables en la noche, las ruedas. También ellos, incansables, seguían adelante, mientras en el oído de uno, como una carga, sonaba la carga rítmica del Rin, un tanto cambiada: «Pasado el momento de robarle en vida, debo asesinarlo».

Al fin, llegaron a la pequeña ciudad de Brig, al pie del Simplón. Arribaron cuando ya había oscurecido, pero aun así advirtieron cuánto se empequeñecían las obras de los hombres y los hombres mismos junto a esa montaña inmensa que se cernía sobre ellos. Tuvieron que descansar allí esa noche; disfrutaron del calor del fuego, de una luz, de la comida y el vino, y de una conversación de sobremesa con guías y conductores. Ningún ser humano podría atravesar el puerto hasta dentro de cuatro días. La nieve por encima de la línea de nieves eternas era demasiado blanda para soportar un coche, y no estaba lo bastante dura para los trineos. En el cielo había nieve. Había habido nieve en el cielo durante varios días, era una rareza que no hubiera caído, y era seguro que tenía que caer. Ningún vehículo podía cruzar. Se podía intentar con muías o a pie, pero en ambos casos los mejores guías pedían una paga de alto riesgo, ya fuese que consiguieran pasar a los dos viajeros o bien decidieran regresar por razones de seguridad y logran traerlos de vuelta.

En esa discusión Obenreizer no participó para nada. Permaneció sentado, fumando en silencio, junto al fuego, hasta que el salón quedó solitario y Vendale consultó con él.

—¡Bah! Estoy harto de esos pobres diablos y de sus negocios —dijo a modo de respuesta—. Siempre la misma historia. Es la historia de su negocio de hoy y del que hacían cuando yo era un niño andrajoso. ¿Qué necesitamos usted y yo? Necesitamos una buena mochila cada uno y un bastón de montaña cada uno. No necesitamos guía; nosotros podemos guiarlos a ellos y no ellos a nosotros. Aquí dejamos nuestras maletas y cruzamos juntos. Hemos estado juntos en la montaña antes de ahora, yo he nacido en la montaña y conozco este puerto (¡puerto! ¡Avenida, más bien!) de memoria. Dejemos, por lástima, que estos pobres diablos hagan sus tratos con otros, pero que a nosotros no nos demoren con la pretensión de ganar dinero. Que es lo único que buscan.

Vendale, contento de verse liberado de la discusión, de cortar por lo sano, activo, osado, propenso a seguir adelante y, por tanto, muy abierto a esa última exhortación, aceptó de inmediato. Al cabo de dos horas habían conseguido todo lo que necesitaban para la expedición, tenían ya preparadas sus mochilas y se echaron a dormir.

Cuando rompió el día, la mitad del pueblo estaba reunida en la estrecha calle para verlos partir. La gente, en grupos, hacía comentarios; los guías y conductores murmuraban apartados, y echaban miradas al cielo; nadie les deseó buen viaje.

En el momento en que iniciaron el ascenso, un rayo de sol brilló en el firmamento, que por lo demás seguía igual, y por un instante convirtió en plata las torrecillas metálicas de la ciudad.

—¡Un buen augurio! —dijo Vendale (aunque se disipó mientras él hablaba)—. Quizá nuestro ejemplo abra el paso desde este lado.

—No, nadie nos seguirá —respondió Obenreizer, echando una mirada hacia el cielo y después hacia el valle—. Estaremos solos hasta la cima.

EN LA MONTAÑA

La senda estaba bastante buena para caminantes vigorosos, y el aire se volvía más ligero y respirable a medida que ascendían. Sin embargo, el cielo continuaba sombrío como en días pasados. La naturaleza, al parecer, había llegado a una pausa. El oído, no menos que la vista, se alteraba al tener que esperar durante tanto tiempo por el cambio, fuera cual fuese, que se presentaría. El silencio era palpable y tan pesado como las nubes bajas, o más bien la nube única, porque todo el cielo no se veía sino como una sola nube que lo cubría por completo.

Aunque la luz resultaba tan velada y melancólica, la vista no quedaba oculta. Allá abajo, a espaldas de ellos, en el valle del Ródano, se podía seguir el cauce del río en todos sus meandros, en toda su oscuridad solemne, gris plumiza, en su amplitud yerma y descolorida. Allá arriba, sobre sus cabezas, los heleros y los aludes potenciales se proyectaban sobre los puntos por los que tendrían que pasar en un momento u otro; a la derecha, hondo y sombrío, se abría un precipicio temible y rugía un torrente; en todas las direcciones no se alzaban más que montañas inmensas. El paisaje titánico, sin el alivio de un toque de luz cambiante ni de un solitario rayo de sol, a pesar de todo tenía una claridad tremenda en su fiereza. Los corazones de dos hombres solitarios se encogerían algo, si tuvieran que avanzar con esfuerzo a lo largo de millas y horas entre una legión de hombres callados e inmóviles —hombres como ellos mismos— que los estuvieran mirando con fijeza y con el ceño fruncido. ¡Pero cuánto peor era que esa legión fuera la más potente obra de la Naturaleza y que el ceño fruncido pudiera convertirse, en un instante, en furia!

A medida que ascendían, el camino se tornaba más y más áspero y difícil. Pero el ánimo de Vendale se fortalecía mientras iban subiendo y dejando atrás, ya conquistada, una parte de

la ruta. Obenreizer hablaba poco y seguía firme en su propósito. Por su agilidad y resistencia, ambos estaban bien preparados para la expedición. Todos los signos del tiempo que el montañés descubría a su alrededor, y que no eran visibles para el otro, los callaba.

—¿Pasaremos hoy el puerto? —preguntó Vendale.

—No —respondió el otro—. Ya ve usted cuánto más alto es el espesor de la nieve aquí que media legua más abajo. A medida que subamos, será mayor aún. Ahora caminamos casi como si estuviésemos vadeando. ¡Y los días son muy cortos! Si conseguimos llegar hasta el quinto refugio y pasar la noche en la Hostería, podremos darnos por satisfechos.

—¿No hay peligro de que el tiempo se descomponga durante la noche y de que la nieve nos bloquee?—preguntó Vendale con ansiedad.

—Son tantos los peligros que nos rodean —dijo Obenreizer, mientras echaba una mirada precavida hacia adelante y arriba— que el silencio es nuestra mejor estrategia. ¿Ha oído hablar del puente del Ganther?

—Una vez lo crucé.

—¿En el verano?

—Sí, en la época de excursiones.

—Sí, pero las cosas son distintas en este tiempo —la respuesta era desdeñosa, como si Obenreizer estuviese muy alterado—. Ni de esta época del año ni de esta situación en un puerto alpino saben mucho ustedes, los caballeros que hacen viajes de vacaciones.

—Usted es mi guía —respondió Vendale con buen humor— y de usted me fío.

—Soy su guía —dijo Obenreizer— y lo guiaré hasta el fin de su viaje. El puente está delante de nosotros.

Después de una revuelta del camino habían desembocado en un barranco solitario y lúgubre, donde había un gran espesor de nieve por delante, alrededor y a los lados de ellos. Tras sus palabras, Obenreizer se detuvo para señalar el puente, a la vez que observaba el rostro de Vendale con una expresión extraña en el suyo.

—Si por ser su guía lo hubiera hecho avanzar por delante y le hubiera dicho que gritara un par de veces, podrían haberle caído encima toneladas y toneladas de nieve, que en un instante lo habrían sepultado y, además, cubierto por completo. —Sin duda —dijo Vendale.

—Sin duda. Pero no es eso lo que debo hacer como guía. Le advierto que pase sin hacer ruido o, tal como marchamos, yo también podría quedar muerto y enterrado, por un descuido como ése. ¡Adelante!

Había tal acumulación de nieve sobre el puente y tan grande era la cantidad pendiente de las rocas que estaban por encima de sus cabezas que se podría haber pensado que avanzaban bajo y entre las nubes blancas de un cielo de tormenta. Hábil con su bastón para tantear antes de dar un paso, mirando hacia arriba, con los hombros encogidos, como si quisiera prevenir aun la idea misma de un desprendimiento de nieve, Obenreizer abrió la marcha. Vendale lo seguía de cerca. Todavía estaban en medio de esa peligrosa trayectoria cuando se produjo un alud tremendo, seguido por un estrépito semejante a un trueno. Obenreizer puso una de sus manos sobre la boca de Vendale y le señaló el camino que quedaba a sus espaldas. Una avalancha lo había barrido antes de precipitarse en el torrente que sonaba debajo.

Cuando ambos entraron en la posada solitaria cercana al temible puente, las personas que estaban allí manifestaron no poco asombro.

—Sólo nos quedaremos para descansar —dijo Obenreizer, mientras sacudía la nieve de sus ropas ante el fuego—. Este caballero tiene mucha prisa por pasar, explíquelo usted, Vendale.

—Así es, las circunstancias me urgen. Debo pasar.

—Ya lo han oído todos ustedes. Mi amigo está urgido por las circunstancias, y no queremos consejos ni ayuda.

Yo, estimados compatriotas, soy tan buen guía como el que más. Por favor, sírvannos algo de comer y de beber.

Del mismo modo y casi con las mismas palabras, cuando ya estaba oscureciendo, habían sorteado las dificultades incluso aumentadas del camino, y habían llegado al albergue en el que pasarían la noche, se expresó Obenreizer ante los rostros atónitos de la gente reunida en torno a ellos delante del fuego, mientras ambos se quitaban sus botas mojadas y sacudían la nieve de sus ropas.

—Sería bueno que nos entendiéramos, señores. Este caballero...

—Tiene mucha prisa por pasar —interrumpió Vendale sonriendo—. Debo pasar el puerto.

—¿Lo han oído? Tiene mucha prisa por pasar, debe hacerlo. No queremos consejos ni ayuda. Yo soy montañés de nacimiento y voy como guía. No nos llenen de preocupaciones con sus comentarios, dennos algo de comida y vino, y una cama.

Seguían esa noche el frío intenso y el silencio ominoso. Una vez más, al amanecer no hubo ni un rayo de sol que dorase o enrojeciera la nieve. El mismo yermo interminable de blancura mortal, el mismo aire inmóvil, el mismo velo uniforme en el cielo.

—¡Viajeros! —les dijo una voz amiga desde la puerta, cuando ya estaban a punto de salir, con las mochilas a la espalda y los bastones en la mano, como en la víspera—. Recuerden que hay cinco refugios, muy cercanos entre sí, en esta peligrosa senda que tienen por delante, después hay una cruz de madera y algo más adelante está la posada. No se aparten de la senda. ¡Si se desencadena la *tourmente*, busquen abrigo de inmediato!

—¡Estos pobres diablos y su negocio! —dijo Obenreizer a su compañero, a la vez que hacía un gesto despectivo con la mano sin volverse hacia el que hablaba—. ¡No piensan más que en su negocio! Los ingleses siempre dicen que los suizos somos mercenarios y parece que es así, por cierto.

Habían cargado en las dos mochilas todas las vituallas que pudieron conseguir por la mañana y que les había parecido sensato llevar. A Obenreizer le había correspondido llevar el vino y a Vendale, el pan, la carne y el queso, además de la botella de brandy.

Durante un buen rato subieron y avanzaron con dificultad, porque la nieve les llegaba por encima de las rodillas en la senda misma, y quién sabe cuál sería su espesor en torno a ella, y todavía marchaban cuesta arriba en medio de un tramo espantoso de aquella desolación temible, cuando empezó a nevar. En el primer momento sólo fueron unos copos que bajaban lentos y serenos. Al cabo de un rato, la precipitación se hizo mucho más densa y de pronto, sin causa visible, empezó a arremolinarse. De inmediato, tras este cambio, un helado golpe de aire se precipitó, rugiente, sobre ellos: todos los estruendos y las potencias hasta entonces contenidos se desbocaron.

Uno de los sombríos pasos cubiertos por los que discurría el camino en ese peligroso sitio, una cueva reforzada con arcos muy sólidos, se abría cerca de ellos. Se dieron prisa en llegar, mientras la tempestad arreciaba con furia. El estruendo del viento, el fragor del agua, el retumbo de las masas de rocas y de nieve que caían, la voz aterradora que aquel desfiladero y todos los demás de la monstruosa cadena de montañas parecían haber adquirido de pronto, la oscuridad casi nocturna, la nieve en torbellinos que golpeaba y rompía en polvo cegador, la locura destructiva e insaciable de todo lo que los rodeaba, la sustitución súbita de la extraña calma por una violencia furibunda y del silencio por el estrépito, todos esos fenómenos eran cosas que, al borde de un abismo insondable, podían helar la sangre, si el viento feroz, que en esos instantes arrastraba hielo y nieve, no hubiera helado antes.

Obenreizer, mientras recorría arriba y abajo la galería sin detenerse, hizo a Vendale una seña para que le ayudara a quitarse la mochila de la espalda. Podían verse pero no oírse.

Cuando Vendale hizo lo que le ordenaba su compañero, Obenreizer sacó su botella de vino sirvió un poco e indicó a Vendale que tomara vino y no brandy para calentarse. Vendale obedeció una vez más y Obenreizer bebió a continuación, al parecer; ambos se movían de un lado a otro: ambos sabían que detenerse o dormir significaba morir.

La nieve, que entraba con fuerza por el extremo de la galería por el que debían salir —si lo conseguían, porque el camino ya recorrido estaba aún más peligroso que antes—, empezó a cegar el arco. Al cabo de una hora había subido lo suficiente como para quitar la mitad de la restablecida claridad diurna, pero se había endurecido y se podía pasar a gatas por los lados o por encima de ella. En la montaña, la violencia de la tempestad se redujo a una nevada serena. El viento soplaba con fuerza a ratos, ya no sin cesar, y cuando se aplacaba, volvían a caer gruesos copos.

Podían haber transcurrido unas dos horas en esa cárcel horrenda, cuando Obenreizer, después de aplastar la nieve que cerraba la salida, para trepar con la cabeza gacha y el cuerpo inclinado, consiguió salir. Vendale lo siguió de cerca, pero lo hizo sin darse cuenta de lo que hacía ni entender el motivo: el letargo que lo invadiera en Basilea volvía a apoderarse de él y a dominar sus sentidos. Cuánto se habían apartado del paso o qué obstáculos habían tenido que vencer desde el momento de la salida, no lo sabía. De pronto cobró conciencia de que Obenreizer estaba encima de él y de que ambos luchaban, desesperados, entre la nieve. De pronto tuvo memoria de lo que su agresor llevaba en el cinturón. Lo buscó a tientas, lo sacó, le dio con él, volvió a luchar, le dio otra vez, lo apartó de sí y quedó cara a cara con el hombre.

—Le prometí guiarlo, hasta el fin de su viaje —dijo Obenreizer— y cumplo mi promesa. El viaje de su vida acaba aquí. Nada puede prolongarlo. Se está durmiendo de pie.

—Usted es un infame. ¿Qué me ha hecho?

—Usted es un tonto. Lo he drogado. Usted es tonto por partida doble, porque ya lo había drogado antes, para probarlo. Usted es tonto por partida triple, porque yo soy el ladrón y estafador, y dentro de unos momentos arrancaré esas pruebas contra el ladrón y estafador de su cuerpo sin vida.

El joven atrapado trataba de rechazar el letargo, pero el abrazo fatal era tan vigoroso y firme que, aun cuando oía aquellas palabras, estúpidamente se preguntaba cuál de los dos estaba herido y de quién era la sangre que veía esparcida sobre la nieve.

—¿Qué le he hecho para que se convierta en un vil asesino? —preguntaba con lengua pesada y torpe.

—¿Qué me ha hecho? Podría haberme destruido, pero ha llegado al fin de su viaje. Su maldita diligencia se interpuso entre mí y el momento en que había pensado reponer el dinero. ¿Qué me ha hecho? Se ha cruzado en mi camino, no una ni dos sino muchas veces. ¿Acaso no traté de quitármelo de encima desde el principio? Pero no había modo de librarne de usted y por eso va a morir aquí.

Vendale trataba de pensar con coherencia, de hablar con coherencia, trataba de recoger el bastón con contera de hierro que había dejado caer; como no pudo alcanzarlo quiso continuar sin esa ayuda. ¡Era todo en vano, todo en vano! Trastabilló y cayó pesadamente hacia delante, sobre el borde del hondo abismo.

Espantado, mareado, imposibilitado de ponerse en pie, con los ojos velados y mermado su oído, hizo un esfuerzo tan tremendo que, mientras se apoyaba en sus manos, vio a su enemigo de pie a su lado, tranquilo, y oyó sus palabras.

—Usted puede llamarme asesino —dijo Obenreizer con una risa torva—. Poco importa la palabra. Pero al menos me he jugado la vida para tomar la suya, porque también yo estoy rodeado de peligros y puede que jamás salga de aquí. Vuelve a estallar la *tourmente*,

vuelve a arremolinarse la nieve y yo tengo que apoderarme ahora mismo de esos papeles. Me va la vida en cada instante de demora.

—¡Alto! —gritó Vendale con un tono terrible, tambaleándose mientras un último rayo se encendía en su mente y deteniendo con las suyas las manos ladronas que se acercaban a su pecho—. ¡Alto! ¡Apártese de mí! ¡Dios bendiga a mi Marguerite! Por fortuna jamás sabrá cuál ha sido mi muerte. Quédese allí y deje que vea su cara asesina. Deje que me recuerde... algo... que me queda por decir.

Ante la vista de ese hombre que luchaba con tanta energía para mantenerse consciente y con la duda de que fuera capaz, y no por un instante, de mostrar la fuerza de una docena de hombres, el agresor se quedó inmóvil. Mientras le echaba una mirada feroz, Vendale balbuceó palabras inconexas.

—No seré yo... quien traicione... la confianza... del muerto... presuntos padres... una fortuna no merecida... ¡averigüelo!

Su cabeza se dobló sobre el pecho y volvió a trastabillar, como antes, hasta el borde del abismo; las manos ladronas otra vez, rápidas e inquietas volvieron a su pecho. Convulso, intentó gritar «¡No!», rodó hacia el precipicio y cayó, lejos del alcance de su enemigo, como un fantasma en un pesadilla horrenda.

La tormenta volvió a sacudir la montaña y, una vez más, pasó. Las voces temibles de los abismos se diluyeron, surgió la luna y cayó la nieve suave y callada.

Dos hombres y dos grandes perros salieron de la posada. Los hombres examinaron con atención los alrededores y el cielo. Los perros se revolcaban en la nieve, hundían el hocico y rascaban en ella con sus patas. Uno de los hombres habló.

—Ahora podemos salir. Puede que los encontremos en uno de los cinco refugios.

Ambos llevaban una cesta a la espalda; ambos sostenían en la mano un palo grueso con un garfio en la punta; ambos tenían, anudada bajo los brazos, una fuerte cuerda que los unía.

De pronto los perros abandonaron sus juegos en la nieve, miraron hacia la cuesta, alzaron sus hocicos, se mostraron muy excitados y al mismo tiempo empezaron a ladrar con energía.

Los dos hombres miraron las caras de los dos perros. Los dos perros, al menos con idéntica inteligencia, miraron las caras de los dos hombres.

—¡Venga! *Au secours!* ¡Socorro! ¡Al rescate! —gritaron los hombres. Los perros, tras soltar un ladrido feliz, hondo y generoso, salieron a la carrera.

—¡Otros dos locos! —dijeron los hombres, paralizados de asombro, a la vez que observaban bajo la luz de la luna—. ¿Cómo es posible con este tiempo? ¡Y uno es una mujer!

Cada uno de los perros llevaba entre los dientes un pliegue del vestido de la mujer y la guiaban. Ella les acariciaba la cabeza mientras subían y avanzaba con el paso de quien está habituado a la nieve. No ocurría lo mismo con el hombre robusto que la acompañaba, a quien se veía extenuado, sin resuello.

—¡Queridos guías, queridos amigos de los viajeros! Soy compatriota de ustedes. Buscamos a dos caballeros que debían atravesar el puerto, que deberían haber llegado a la posada esta tarde.

—Por aquí pasaron, *ma'amselle*.

—¡Gracias a Dios! ¡Oh, gracias a Dios!

—Pero por desdicha siguieron su camino. Estábamos a punto de salir en su busca. Teníamos que esperar hasta que pasara la *tourmente*. Ha sido terrible allá arriba.

—¡Queridos guías, queridos amigos de los viajeros! ¡Déjenme ir con ustedes, déjenme ir con ustedes, por el amor de DIOS! Uno de esos caballeros será mi marido. ¡Lo amo tanto, tanto! Ya ven ustedes que no estoy débil, ya ven que no estoy cansada. Soy hija de

labriegos. Les demostraré lo bien que sé atarme con sus cuerdas. Voy a hacerlo con mis propias manos. Si quieren, les juraré ser valiente y buena, pero déjenme ir con ustedes. Si alguna desgracia le hubiese ocurrido, mi amor lo encontraría aunque nadie fuera capaz de hacerlo. ¡Lo pido de rodillas, queridos amigos de los viajeros! ¡Por el amor que sus amadas madres tuvieron por sus padres!

Los hombres, rudos y bondadosos, estaban conmovidos.

—Después de todo —se dijeron—, no dice más que la verdad. Conoce la montaña. ¡Mira cómo ha sabido llegar hasta aquí! Pero, ¿y *Monsieur, ma'amselle*?

—Querido Mr. Joey —dijo Marguerite en el idioma de su acompañante—, ¿querrá usted quedarse en la posada y esperarme? ¿Querrá usted?

—Si supiera cuál de los dos ha dicho eso —gruñó Joey Ladle a la vez que echaba a los dos hombres una mirada furiosa—, pelearía con los dos por seis peniques y les regalaría media corona para sus gastos. No, miss. Me pegaré a usted mientras me quede algo de pegamento y moriré por usted cuando no pueda hacer ná mejó.

El aspecto de la luna indicaba que no se debía perder ni un instante, y los perros mostraban signos de gran inquietud, por lo que ambos hombres tomaron una pronta decisión. La cuerda con la que estaban atados se reemplazó por otra más larga; el grupo quedó bien unido, Marguerite en segundo lugar y el encargado de la bodega en el último, y así partieron en dirección a los refugios. La distancia real hasta esos lugares no era mucha: los cinco y la siguiente posada estaban alineados en las siguientes dos millas, pero la fantasmagórica senda estaba borrada por la capa de nieve.

Llegaron sin vacilaciones hasta el paso en que los dos viajeros se habían refugiado. La segunda tormenta de viento y nieve había barrido el lugar con tal saña que las huellas habían desaparecido. Pero los perros corrían de un lado a otro husmeando muy seguros. Sin embargo, cuando el grupo se detuvo junto al arco de salida, donde la segunda tormenta había descargado con especial furia y donde la nieve estaba muy alta, los perros se mostraron desorientados e iban de un lado a otro como en busca de una meta perdida.

Como sabían que a la derecha se abría un hondo precipicio, se desviaron demasiado hacia la izquierda y tuvieron que volver a la senda con duro esfuerzo a través de una planicie de nieve espesa. El conductor de la fila se había detenido y observaba los puntos de referencia, cuando uno de los perros empezó a escarbar en la nieve a corta distancia de ellos. Avanzaron y se detuvieron para ver qué había, con la idea de que alguien podría estar sepulto allí, y vieron que lo que había era una mancha y que la mancha era roja.

El otro perro miraba hacia el fondo del abismo: tenía las patas delanteras estiradas para no caer y todo su cuerpo se estremecía. Entonces el perro que había encontrado la nieve manchada se le unió y los dos corrieron de un lado a otro, gimiendo inquietos. Por fin ambos se detuvieron sobre el borde, alzaron las cabezas y se deshicieron en aullidos lúgubres.

—Hay alguien allí abajo —dijo Marguerite. —Eso parece—dijo el hombre que guiaba—. Que los dos de atrás retrocedan, nosotros miraremos abajo.

El otro hombre sacó dos antorchas de su cesto y se las entregó. El jefe empuñó una, Marguerite la otra, y ambos miraron hacia abajo: tan pronto protegían sus ojos de la llama, tan pronto movían las teas de derecha a izquierda o las levantaban o bajaban, mientras la ya escasa luz de la luna también luchaba con las negras sombras. Un grito agudo de Marguerite quebró un prolongado silencio.

—¡Dios mío! ¡Allí, en aquel resalte, donde la pared de hielo llega hasta el torrente, veo una forma humana!

—¿Dónde, *ma'amselle*, dónde?

—¡Allí, allí! ¡Sobre esa plataforma de hielo, debajo de los perros!

El guía, con aire de malestar, se echó atrás y todos callaban. Pero no todos estaban inactivos, pues Marguerite, con sus dedos veloces y hábiles ya había desatado la cuerda que los unía al hombre y a ella con los otros, en unos segundos.

—Déjeme ver las cestas. ¿Estas dos cuerdas son las únicas?

—Las únicas que tenemos aquí, *ma'amselle*, pero en la posada hay más...

—Si está vivo... Sé que es mi prometido... Estará muerto antes de su regreso. ¡Queridos guías! ¡Benditos amigos de los viajeros! Mírenme. Miren mis manos. Si vacilan o yerran, deténganme por la fuerza. Si mis manos son firmes y lo hacen bien, ¡ayúdenme a salvarlo!

Anudó una cuerda por debajo de sus brazos y su pecho, hizo con ella una especie de camisa, la reforzó con varios nudos, unió el extremo de esa cuerda con el de la otra, las entrelazó, las ató juntas, puso un pie en los nudos, tiró de las cuerdas y las tendió a los hombres para que las tensaran.

—Está inspirada —se dijeron los hombres.

—¡Por Dios misericordioso! —exclamó la joven— Ustedes saben que soy la más ligera de todos nosotros. Denme el brandy y el vino y bájenme. Después vayan en busca de ayuda y de una cuerda más fuerte. Cuando la bajen podré atarla en torno a su cuerpo, como lo he hecho con ésta. Vivo o muerto lo subiré o moriré con él. Lo amo con pasión. ¿Qué más he de decirles?

Los hombres se volvieron hacia el acompañante de la joven, pero lo vieron desmayado sobre la nieve.

—¡Bájenme hasta él —dijo, a la vez que cogía dos barriletes que habían llevado y se los colgaba del cuello— o me arrojaré aunque me haga pedazos! Soy una campesina, no sé de vértigo ni de miedo y esto no es nada para mí y lo amo con pasión. ¡Bájenme!

—*Ma'amselle, ma'amselle*, debe estar moribundo o muerto.

—Moribundo o muerto, la cabeza de mi prometido descansará en mi pecho o me arrojaré para hacerme pedazos.

Avasallados, cedieron. Con tanta precaución como permitían la habilidad de los hombres y las circunstancias, la dejaron deslizarse desde el borde, mientras ella misma se guiaba a lo largo de la abrupta pared de hielo con las manos y fueron soltando, soltando y soltando cuerda hasta que oyeron el grito de «¡Basta!».

—¿Es él? ¿Está muerto? —gritaron, mientras miraban hacia abajo.

—Está sin conocimiento, pero su corazón late. Late junto al mío —subió la respuesta.

—¿Dónde ha caído?

—Sobre una placa de hielo. Se ha fundido debajo de él y se está fundiendo a mis pies. Dense prisa. Si morimos juntos, moriré contenta.

Uno de los hombres partió con los perros a toda la velocidad que pudo; el otro hundió las antorchas en la nieve y se ocupó de atender al inglés. Muchas palmadas con nieve y un poco de brandy lo reanimaron, pero estaba confuso y no tenía noción del lugar.

El guardián se mantuvo junto al borde del precipicio y no dejó de gritar en todo momento.

Nadie dijo nada cuando algunos hombres lo pusieron sobre la parihuela y otros bajaban otra cuerda fuerte. Otra vez subió el grito en medio de un silencio de muerte.

—¡Arriba! ¡Espacio!

Pero cuando la sujetaron sobre el borde del precipicio, estallaron en gritos, lloraron, dieron gracias al cielo, besaron los pies de la joven, besaron su vestido, los perros le hicieron fiestas, le lamieron las manos amoratadas y con sus cabezotas tiernas le calentaron el pecho helado.

Se desprendió de todos, se inclinó sobre la parihuela en que estaba él y puso sus manos amantes sobre aquel corazón que seguía en silencio.

—¡Ánimo! Pronto llegarán. ¿Cómo está? —Su corazón aún late junto al mío. Lo estoy calentando entre mis brazos. Me he quitado la cuerda, porque el hielo se hunde debajo de nosotros y la cuerda me separaría de él, pero no tengo miedo— se oyó en respuesta.

La luna se puso tras las cimas de las montañas y todo el precipicio se hundió en la negrura. Otra vez bajó el grito.

—¿Cómo está?

—Nos hundimos cada vez más, pero su corazón aún late junto al mío.

Por fin el ladrido excitado de los perros y el resplandor de una antorcha sobre la nieve proclamaron que llegaba la ayuda. Veinte o treinta hombres, candiles, antorchas, parihuelas, cuerdas, mantas, leña para encender un gran fuego, cordiales y estimulantes llegaron a toda prisa. Los perros corrían de un hombre a otro y de este objeto a aquel otro y se precipitaban hasta el borde del abismo, suplicando sin palabras: ¡de prisa, de prisa, de prisa!

Bajó un grito.

—¡Ya tenemos todo preparado! ¿Cómo está? —Aún nos estamos hundiendo y estamos helados. Su corazón ya no late junto al mío. Que nadie baje, para que haya menos peso. Échenme sólo la sogá —subió la respuesta.

El fuego ardía en altas llamas y la luz de muchas antorchas iluminaba los lados del precipicio, se bajaron varios candiles y una cuerda fuerte. Veían a la joven mientras pasaba la cuerda en torno al cuerpo del hombre y la anudaba.

En medio de un silencio de muerte subió el grito.

—¡Arriba! ¡Espacio!

Veían la figura de la joven, que se empequeñecía mientras él iba subiendo en el aire.

ACTO IV

CERRADURA DE RELOJERÍA

El agradable escenario era Neuchâtel; el agradable mes era abril; el agradable lugar era la oficina de un notario; la agradable persona que estaba allí era el notario: un hombre maduro rozagante, cordial, de buen ver, el notario mayor de la ciudad, conocido a lo largo y a lo ancho del cantón como *Maitre Voigt*. Como profesional y como persona, el notario era un ciudadano popular. Sus innumerables atenciones y sus innumerables rarezas lo habían convertido, tras muchos años, en uno de los personajes característicos de la agradable ciudad suiza. Su larga levita marrón y su gorro negro se contaban entre las instituciones del lugar; además, era dueño de una caja de rapé que, creían todos, por su tamaño no tenía igual en Europa.

Había otra persona en el despacho del notario, mucho menos agradable que él. Se trataba de Obenreizer.

Era aquélla una oficina con un extraño aire pastoril, que jamás se habría visto conveniente en Inglaterra. Daba a un pulcro patio interior, al que una valla separaba de un bello jardín florido. En la entrada ramoneaban varias cabras, y una vaca estaba a unos seis pies de hacerle compañía al amanuense. El despacho de *Maitre Voigt* era un cuarto pequeño, lleno de luz y reluciente, con paredes cubiertas de paneles, como un rincón de juguetes. Según las estaciones, asomaban por las ventanas rosas, girasoles o malvas. Las abejas de *Maitre Voigt* zumbaban en la habitación todo el verano, con frecuencia entraban por una ventana y salían por otra durante su jornada de labor, como si la miel tuviera que fabricarse con la dulce disposición del notario. Sobre la repisa de la chimenea, una caja de música grande a menudo gorjeaba la obertura de *Fra Diavolo* o una selección de *Guillermo Tell*, con trinos

tan vivaces que por fuerza había que detenerla ante la entrada de cualquier cliente, aunque irreprimiblemente volvía a funcionar en el momento en que esa persona daba la espalda.

—¡Ánimo, ánimo, muchacho! —decía *Maître Voigt* palmeando la rodilla de Obenreizer en un gesto paternal y alentador—. Mañana iniciará usted una nueva vida en este despacho. Obenreizer, vestido de luto y con un aire manso, levantó una mano en la que sujetaba un pañuelo blanco, hasta la altura del corazón.

—Mi gratitud está aquí, pero me faltan las palabras para expresarla —dijo.

—¡Venga, venga! ¡No me hable de gratitud! —dijo *Maître Voigt*—. Me disgusta ver a un hombre abrumado. Lo veo a usted abrumado y le tiendo la mano por instinto. Además, no soy tan viejo aún como para no recordar mis tiempos juveniles. Su padre me envió mi primer cliente. Era un asunto de un viñedo de medio acre que pocas veces daba alguna uva. ¿No estoy en deuda, pues, con el hijo de ese padre? Contraí una obligación de amistad con él y saldo la deuda en usted. Creo que lo he dicho con gran propiedad —agregó *Maître Voigt*, muy satisfecho de sí mismo—. Permítame que premie mi propio mérito con un pulgarada de rapé.

Obenreizer fijó los ojos en el suelo, como si no fuese digno siquiera de mirar cómo tomaba su rapé el notario.

—Le pido una última gentileza, señor —dijo cuando alzó la mirada—. No obre por un mero impulso. Hasta este momento, no tiene usted más que una idea general de mi situación. Tome conocimiento detallado de mis circunstancias favorables y desfavorables antes de admitirme en su despacho. Permítame esperar de su benevolencia que su sensatez me admita al par que su buen corazón. Sólo en ese caso podré levantar la cabeza contra mis peores enemigos y hacerme una nueva reputación sobre los despojos de lo que he perdido.

—Como usted quiera —dijo *Maître Voigt*—. Habla muy bien, hijo mío. No tardará en ser un buen abogado. —No hay muchos detalles —continuó Obenreizer—. Mis desdichas comenzaron con la muerte accidental de mi difunto compañero de viaje, mi perdido y apreciado amigo Mr. Vendale.

—Mr. Vendale —repitió el notario—. Sí, eso es. Oí y leí el nombre varias veces en estos dos meses. Es el nombre del infortunado caballero inglés que murió en el Simplón. Y fue cuando usted se hizo esa herida en la mejilla y el cuello.

—Con mi propio cuchillo —dijo Obenreizer, a la vez que tocaba lo que tuvo que haber sido un corte terrible en su momento.

—Con su propio cuchillo —asintió el notario—, y cuando trataba de salvar a su compañero. Bien, bien, bien. Eso estaba muy bien. Vendale. Sí. Después pensé varias veces en la extraña coincidencia de que tuviera yo, hace tiempo, un cliente de ese nombre.

—Es que el mundo, señor, es muy pequeño —respondió Obenreizer, a la vez que tomaba nota de que el notario había tenido en el pasado un cliente de ese nombre.

—Como le decía, señor, la muerte de ese querido compañero de viaje dio origen a mis problemas. ¿Qué ocurrió después? Pude salvarme, bajé hasta Milán, me recibieron con frialdad en Defresnier y Cía., y poco después me despidieron de la firma. ¿Por qué? No dicen los motivos. Pregunto si dudan de mi honor. Ninguna respuesta. Pregunto si me acusan de algo. Ninguna respuesta. Pregunto si tienen pruebas contra mí. Ninguna respuesta. Pregunto qué tengo que pensar. La respuesta es: «M. Obenreizer es muy dueño de pensar lo que quiera. Lo que piense M. Obenreizer no tiene importancia para Defresnier y Cía.». Y eso es todo.

—Perfectamente. Eso es todo —reconoció el notario a la vez que tomaba una generosa pulgarada de rapé.

—Pero ¿es bastante, señor?

—No es bastante —dijo *Maître Voigt*—. La firma Defresnier es de mi ciudad... gente muy respetada, muy estimada... pero la Casa Defresnier no puede destruir a la callada la

honorabilidad de un hombre. Usted puede rebatir una aseveración pero, ¿cómo rebatir el silencio?

—Su sentido de la justicia, mi querido bienhechor —respondió Obenreizer—, ha resumido en dos palabras la crueldad de este caso. Pero, ¿termina ahí todo? No. ¿Y qué viene después?

—Es verdad, mi buen muchacho —dijo el notario a la vez que asentía con la cabeza—, su pupila se rebela por todo eso.

—Decir que se rebela es poco —replicó Obenreizer—. Mi pupila se aparta de mí con horror, me desafía. Mi pupila se aparta de mi autoridad y se refugia (y con ella *Madame Dor*) en casa de ese abogado inglés, Mr. Bintrey, que a los pedidos de usted para que mi pupila vuelva a someterse a mi autoridad responde que ella no lo hará.

—Y que después escribe —dijo el notario, mientras apartaba su gran caja de rapé para buscar entre los papeles que había debajo una carta— que viene a hablar conmigo.

—¿De verdad? —respondió Obenreizer, bastante perplejo—. Pues bien, señor, ¿no me asiste ningún derecho?

—Claro que sí, mi buen muchacho —replicó el notario—, todo el que no sea un villano tiene derechos.

—¿Y quién dice que soy un villano? —preguntó Obenreizer con furia.

—Nadie. Tenga calma aun en estas circunstancias. Si la Casa Defresnier lo hubiera llamado villano, sin duda que sabríamos cómo tratar con ellos.

Mientras decía estas palabras, tendió la breve carta de Bintrey a Obenreizer, que la leyó y la devolvió.

—Al decir que viene a consultar con usted —observó Obenreizer, que había recobrado la compostura—, este abogado inglés quiere decir que viene a cancelar mi autoridad sobre mi pupila. —¿Cree usted eso?

—Estoy convencido. Lo conozco. Es un hombre terco y litigante. Usted me dirá, querido señor, si mi autoridad es indiscutible o no hasta que mi pupila llegue a la mayoría de edad.

—Absolutamente indiscutible.

—Pues la haré valer. Haré que ella se someta, porque se lo debo a usted, señor —dijo Obenreizer cambiando su tono iracundo por el de un acatamiento agradecido—, que con tanta bondad ha tomado bajo su protección a un hombre injuriado y le ha dado trabajo.

—Cálmese —dijo *Maître Voigt*—. Dejemos el tema y nada de dar las gracias. Venga por aquí mañana por la mañana, antes que los demás pasantes, entre las siete y las ocho. Me encontrará en este cuarto y yo mismo lo pondré al tanto de sus tareas. ¡Márchese, márchese! Tengo que escribir varias cartas. Ni una palabra más.

Despedido con tan generosa precipitación y satisfecho con la impresión favorable que había causado en el ánimo del notario, Obenreizer tuvo el tiempo necesario para recordar que *Maître Voigt* decía haber contado entre los suyos, en tiempos, a un cliente apellidado Vendale.

«Creo que conozco Inglaterra bastante bien», se decía, sentado en un banco del patio. «Y nunca supe de nadie con ese apellido excepto —echó una mirada involuntaria por encima de su hombro— él. ¿Será tan pequeño el mundo que no me pueda yo librar de él, ni siquiera cuando está muerto? En su último momento confesó que había traicionado la confianza del muerto, que no merecía heredar una fortuna. Y me dijo que yo lo averiguara. Y que me apartara, que mi cara se lo recordaba. ¿Por qué mi cara, a menos que eso tenga que ver conmigo? Estoy seguro de que dijo eso, porque sus palabras suenan en mis oídos desde entonces. ¿Habrá algo que se refiera a este asunto entre los papeles de este viejo imbécil? ¿Algo que me permita recuperar mis bienes y desacreditar su memoria? Insistió

en mis recuerdos de infancia aquella noche, en Basilea. ¿Por qué, a menos que se propusiera algo?».

Los dos chivos más grandes de *Maître Voigt* le daban topetazos, como si hubieran oído la mención irrespetuosa de su amo. Obenreizer se puso en pie y salió del patio. Pero caminó largo rato a orillas del lago, con la cabeza gacha, sumergido en sus pensamientos.

Entre las siete y las ocho de la mañana siguiente, se presentó otra vez en el despacho. Encontró al notario preparado para atenderlo, mientras trabajaba en ciertos papeles que habían llegado la noche anterior. En pocas y claras palabras, *Maître Voigt* explicó a Obenreizer la rutina del despacho y los deberes que tendría allí. Faltaban aún cinco minutos para las ocho, cuando las instrucciones previas ya estaban expuestas.

—Le enseñaré el resto de la casa y los otros despachos—dijo *Maître Voigt*—, pero antes debo guardar estos papeles. Los mandan de la alcaldía, y he de mantenerlos a buen recaudo.

Obenreizer vio en ese momento la ocasión de saber dónde guardaba su empleador los papeles reservados.

—¿Puedo ahorrarle la molestia, señor? —preguntó— ¿Puedo guardar esos documentos bajo su supervisión?

Maître Voigt sonrió para sí. Cerró el cartapacio en que le habían enviado los papeles. Se lo tendió a Obenreizer.

—Haga la prueba —dijo—. Todos mis papeles reservados están allí.

Señaló una pesada puerta de roble, cubierta de tachones, que se veía en un extremo del cuarto. Al acercarse a la puerta, cartapacio en mano, con gran asombro Obenreizer descubrió que no había modo de abrirla desde fuera: no tenía tirador, ni cerrojo ni llave y, para colmo de la obstrucción pasiva, ni siquiera cerradura.

—¿Hay otra puerta para entrar en esa habitación? —preguntó Obenreizer al notario.

—No —dijo *Maître Voigt*—. Adivine.

—¿Hay una ventana?

—Nada de eso. La ventana está tapiada. La única entrada es esa puerta. ¿Se rinde? —preguntó triunfante *Maître Voigt*—. Escuche, mi buen muchacho, y dígame si oye algo dentro.

Obenreizer escuchó con atención durante unos instantes y se apartó de la puerta.

—¡Ya lo sé! —exclamó—. Oí hablar de esto cuando estuve de aprendiz de relojero. La firma Perrin había terminado su cerradura de relojería... ¿Usted tiene una?

—¡Bravo! —dijo *Maître Voigt*—. Aquí está la cerradura de relojería, aquí, hijo mío. Aquí tiene una de esas cosas que la buena gente de esta ciudad llama «las locuras del viejo Voigt». ¡Qué bueno! Que se ría el que pueda. No hay ladrón que esté en condiciones de robarme mis llaves. No hay caco que pueda llevarse mi reloj. No hay poder en la tierra, como no sea un ariete o un barril de pólvora, que consiga mover esa puerta, hasta que mi pequeño centinela allí encerrado, mi buen amigo «Tictac», como yo lo llamo, diga: «¡Ábrete!». Esta gran puerta obedece al pequeño Tictac y el pequeño Tictac, a mí. ¡Me importan esto todos los ladrones del mundo cristiano! —exclamó *Maitre Voigt* mientras chasqueaba los dedos.

—¿Puedo ver cómo funciona? —preguntó Obenreizer— ¡Excuse usted mi curiosidad, querido señor! Ya sabe que en otros tiempos fui un aceptable oficial de relojería.

—Por supuesto que la verá en funcionamiento —dijo *Maitre Voigt*—. ¿Qué hora es? Falta un minuto para las ocho. Observe: dentro de un minuto verá cómo se abre la puerta por sí sola.

Al cabo de un minuto, suave, lenta y silenciosa, como si unas manos invisibles la accionaran, la pesada puerta se abrió hacia dentro y dejó a la vista una estancia oscura. Sobre tres paredes, las baldas iban del suelo hasta el cielo raso. En ellas, fila sobre fila, se veían cajas de esa bonita madera taraceada suiza, en cuyas tapas (en general con letras muy coloridas) estaban escritos los nombres de los clientes del notario.

Maitre Voigt encendió una bujía y entró el primero en la estancia.

—Ya verá usted el reloj —dijo orgulloso—. Tengo aquí la mayor curiosidad de Europa. Sólo unos pocos privilegiados pudieron poner sus ojos en él. Y otorgo ese privilegio al hijo de su excelente padre: usted es uno de los muy pocos favorecidos que han entrado aquí conmigo. ¡Vea! Allí está, en la pared derecha, junto a la puerta.

—¡Un reloj común! —exclamó *Obenreizer*—. ¡No! No es un reloj común. Tiene una sola manecilla.

—¡Aja! —dijo *Maitre Voigt*—. No es un reloj común, amigo mío. No, no. Esa única manecilla gira sobre el cuadrante. La puerta se abre según dónde la ponga. Mire: la manecilla señala las ocho. A las ocho se abre la puerta; usted mismo lo ha visto.

—¿Sólo se abre una vez cada veinticuatro horas?—preguntó *Obenreizer*.

—¿Sólo una vez? —repitió el notario con tono de burla—. ¡Usted no conoce a mi amigo *Tictac*! Abrirá la puerta tantas veces como yo se lo pida. Todo lo que necesita está en las instrucciones que tiene aquí. Mire debajo del cuadrante. Allí verá un semicírculo de acero en la pared y aquí está la aguja, que se llama regulador, que se mueve en él tal como quiera. Vea usted, esos números romanos sirven de guía. El I significa: apertura cada veinticuatro horas. El II, apertura cada doce horas, y así en adelante. Ajusto el regulador todas las mañanas, una vez que he leído mis cartas y cuando ya sé lo que debo hacer en mi jornada de trabajo. ¿Le gustaría ver cómo lo hago? ¿Qué día es hoy? Miércoles ¡Bien! Es el día de nuestro club de tiro, hay poco que hacer: me voy a tomar medio día feriado. Nadie trabajará hoy aquí después de las tres. Primero vamos a guardar este cartapacio con los papeles del Ayuntamiento. ¡Así! No es necesario que *Tictac* se moleste en abrir la puerta hasta las ocho de mañana. ¡Bien! Dejo la manecilla en el ocho y ajusto el regulador en el I. Cierro la puerta y cerrada se queda, que nadie puede abrirla, hasta mañana por la mañana, a las ocho.

La astucia de *Obenreizer* vio de inmediato la forma en que podría hacer que la cerradura de reloj traicionara la confianza de su patrón y pusiera en sus manos los papeles del notario.

—¡Un momento, señor! —exclamó en el instante en que el notario estaba a punto de cerrar la puerta—. Me ha parecido ver algo que se movía entre las cajas... allí, en el suelo.

Maitre Voigt volvió la espalda un segundo para mirar. Entonces la mano ya preparada de *Obenreizer* cambió el regulador del I al II. Si el notario no volvía a controlar el semicírculo de acero, la puerta se abriría a las ocho de la tarde, y también a las ocho de la mañana siguiente y nadie más que *Obenreizer* se enteraría.

—No hay nada —dijo *Maitre Voigt*—. Tantos disgustos le han alterado los nervios, hijo mío. Alguna sombra que proyectó la bujía; o uno de esos pobrecillos escarabajos que viven entre los secretos de un viejo abogado, y ahora huía de la luz. ¡Escuche! Ya está en el despacho el pasante. ¡A trabajar! ¡A trabajar! Hoy tiene que fabricar ese primer escalón que lo lleve a su nuevo destino.

Con un gesto complacido empujó a *Obenreizer* hacia fuera; apagó la bujía, tras echar a su reloj una última mirada ufana, que pasó sin peligro por encima del regulador, y cerró la puerta de roble.

A las tres se cerró el despacho. El notario y todos sus empleados, con una excepción, fueron a ver la exhibición de tiro. *Obenreizer* adujo que no tenía el ánimo como para asistir a una fiesta pública. Nadie supo qué había ocurrido con él. Todos creyeron que se había marchado para dar un paseo solitario.

La casa y la oficina se habían cerrado hacía unos pocos minutos cuando la puerta de un reluciente armario, en el reluciente despacho del notario, se abrió y Obenreizer salió del interior. Fue hasta una ventana, abrió los postigos, se aseguró de que podría escabullirse por el jardín sin que lo vieran, volvió al cuarto y se sentó en la butaca del notario. Estaba encerrado en la casa y tenía que esperar cinco horas hasta que dieran las ocho.

Supo en qué entretenerse a lo largo de las cinco horas: leyó los libros y periódicos que había sobre la mesa; pensó a ratos; a ratos caminó de un lado a otro. Llegó el crepúsculo. Cerró los postigos antes de encender una luz. Encendida ya la bujía, cuando ya estaba muy próximo el momento, se sentó con el reloj en la mano y los ojos en la puerta de roble.

A las ocho, serena, suave y silenciosa, se abrió la puerta.

Uno tras otro, leyó los nombres en las filas exteriores de cajas. ¡No estaba el de Vendale! Apartó la fila externa y miró la que estaba detrás. Eran cajas más viejas y estropeadas. Las cuatro primeras que miró tenían nombres franceses y alemanes. La quinta llevaba un nombre casi ilegible. La llevó al despacho y la examinó con cuidado. Allí, cubierto por las manchas del tiempo y por el polvo estaba el nombre de Vendale.

Atada con una cuerda estaba la llave. Abrió la caja y sacó cuatro folios sueltos que había en ella, los puso sobre la mesa y empezó a leerlos. No había pasado un minuto en esa tarea, cuando su cara pasó de la expresión anhelante y ávida a otra, de asombro desencantado y desánimo. Pero después de pensárselo un instante copió los papeles. De inmediato los puso en su lugar, puso en su lugar la caja, cerró la puerta, apagó la bujía y se marchó con cautela.

Cuando su pie asesino y ladrón salía del jardín, los pasos del notario y los de alguien que lo acompañaba se detuvieron ante la puerta de entrada de la casa. En la calleja lucían las farolas y el notario blandía en la mano su llave.

—Le ruego que no se marche, Mr. Bintrey —dijo—, sin hacerme el honor de entrar en mi casa. Hoy tenemos medio día feriado en nuestra ciudad, es la fiesta de Tir, pero mi gente llegará ahora mismo. ¡Qué casualidad que me haya preguntado a mí la forma de llegar al hotel! Vamos a comer y beber algo antes.

—Gracias; esta noche, no —dijo Bintrey—. ¿Puedo venir a verlo mañana a las diez?

—Estaré encantado, señor, de tener tan pronta ocasión de remediar los males de mi ofendido cliente —replicó el buen notario.

—Sí —respondió Bintrey—, está bien lo de su cliente... pero... le diré una palabra en secreto.

Susurró algo al notario y se marchó. Cuando el ama de llaves del notario regresó a la casa, lo encontró de pie en la puerta, inmóvil, con la llave en la mano y la puerta aún cerrada.

LA VICTORIA DE OBENREIZER

Cambia la escenografía una vez más: al pie del Simplón, del lado suizo.

En uno de los tristes cuartos de la triste y pequeña posada de Brig, Mr. Bintrey y *Maître* Voigt estaban reunidos a solas en amable consejo. Mr. Bintrey buscaba algo en su vademécum. *Maître* Voigt miraba una puerta cerrada, cuya pintura marrón quería imitar la caoba, que comunicaba con un cuarto interno.

—¿No tendría que estar ya aquí? —preguntó el notario, al tiempo que cambiaba de posición y echaba una mirada a una segunda puerta, al otro lado del cuarto, cuya pintura amarilla quería imitar el abeto.

—Aquí está —respondió Bintrey, después de escuchar con atención.

Un criado abrió la puerta amarilla y Obenreizer entró en el cuarto.

Tras saludar a *Maître* Voigt con una cordialidad que, al parecer, causaba no poco embarazo al notario, Obenreizer inclinó la cabeza con soltura y distante urbanidad ante Bintrey.

—¿Por qué motivo me han traído desde Neuchâtel hasta el pie de la montaña? —preguntó mientras ocupaba el asiento que el abogado inglés le señalara.

—Se satisfará esta curiosidad suya antes del fin de nuestra entrevista —replicó Bintrey—. De momento, permítame que sugiera que vayamos directamente al tema. Ha habido cierta correspondencia entre usted, Mr. Obenreizer, y su sobrina. Estoy aquí para representar a su sobrina.

—En otras palabras, usted, un abogado, está aquí para representar una infracción de la ley.

—¿Bien dicho! —respondió Bintrey—. ¡Si toda la gente con la que tengo que tratar fuera tal como usted, qué fácil sería mi profesión! Estoy aquí para representar una infracción de la ley: éste es su punto de vista. Yo estoy aquí para establecer un compromiso entre usted y su sobrina: éste es mi punto de vista.

—Tiene que haber dos partes para establecer un compromiso —replicó Obenreizer—. En este caso, me niego a ser una de ellas. La ley me da autoridad para controlar las acciones de mi sobrina hasta que llegue a la mayoría de edad. Ella no es mayor de edad aún y reivindico mi autoridad.

En ese momento *Maître Voigt* quiso hablar. Bintrey no se lo permitió con un tono y un gesto de indulgencia compasiva, como si hiciera callar a su hijo dilecto.

—No, mi digno amigo, ni una palabra. No se acalore innecesariamente, déjeme esto a mí —se volvió para dirigirse otra vez a Obenreizer—. No puedo pensar en nada parecido a usted, Mr. Obenreizer, como no sea el granito, aunque incluso el granito cede al paso del tiempo. En bien de la armonía y de la concordia, por su propia dignidad, sosiéguese un poco. Si usted delegara su autoridad en otra persona de mi conocimiento, se podría confiar en que esta persona jamás abandonaría a su sobrina, ni de noche ni de día.

—Malgasta usted su tiempo y el mío —respondió Obenreizer—. Si mi sobrina no vuelve a mi lado en el plazo de una semana a contar desde hoy, recurriré a la ley. Si usted se resiste a la ley, me la llevaré por la fuerza. Se puso en pie tras pronunciar la última palabra. *Maître Voigt* volvió a mirar hacia la puerta marrón que comunicaba con un cuarto interior.

—Tenga piedad de la pobrecita niña —rogó Bintrey—. ¡Recuerde que hace poco su prometido tuvo una muerte horrible! ¿Nada hay que lo conmueva a usted? —Nada.

A su vez, Bintrey se puso en pie y miró a *Maître Voigt*. Una mano de *Maître Voigt*, que descansaba sobre la mesa, empezó a temblar. Los ojos de *Maître Voigt* estaban fijos, como posesos por una fascinación irresistible, en la puerta marrón. Obenreizer, que lo observaba con suspicacia, también miró hacia la puerta.

—¿Hay alguien escuchando allí dentro! —exclamó a la vez que echaba una mirada penetrante a Bintrey. —Hay dos personas escuchando —respondió Bintrey. —¿Quiénes? —Ahora las verá.

De inmediato alzó la voz y dijo una palabra, una palabra que está en boca de todos a todas las horas del día. —¡Adelante!

Se abrió la puerta marrón. Apoyado en el brazo de Marguerite, sin aquel color bronceado de antes, con el brazo derecho vendado y en cabestrillo... Vendale estaba ante el asesino, como un hombre que vuelve de la tumba.

En el instante de silencio que se produjo, el único sonido que vibró en el cuarto fue el canto de un pájaro enjaulado en el patio contiguo. *Maître Voigt* tocó a Bintrey y le señaló a Obenreizer.

—¡Mírelo! —dijo el notario en un susurro. El choque había paralizado por completo el cuerpo del criminal, con excepción de su sangre. Su cara se veía como la cara de un cadáver. El único vestigio de color que conservaba era una lívida línea purpúrea que señalaba la cicatriz de la herida que su víctima le había hecho en la mejilla y el cuello. Sin palabra, sin respiro, sin movimiento, quietos sus ojos y sus miembros, parecía como si, a la

vista de Vendale, la muerte que había dado a Vendale lo hubiera aniquilado en el mismo sitio en que estaba.

—Alguien tiene que hablarle —dijo *Maître Voigt*—.

¿Puedo?

Aun en ese momento, Bintrey insistió en que el notario callara y en que él llevaría adelante el asunto. Contuvo a *Maître Voigt* con un gesto y despidió a Marguerite y a Vendale con unas pocas palabras.

—Ya se ha conseguido lo que queríamos con la presencia de ustedes aquí, si se retirasen ahora, quizá eso contribuiría a que Mr. Obenreizer se recuperara.

Contribuyó. En cuanto los dos la traspusieron y la puerta se cerró tras ellos, soltó un largo suspiro de alivio. Echó una mirada a la silla que estaba a sus espaldas y se desplomó sobre ella.

—¡Déle tiempo! —rogó *Maître Voigt*. —No —dijo Bintrey—. No sé cómo lo usaría si se lo diese —se volvió una vez más hacia Obenreizer y continuó hablando—. No admito, entiéndalo bien, que le deba yo esto a usted, que tenga que explicarle mi intervención en este asunto, que se ha hecho por consejo mío y bajo mi exclusiva responsabilidad. ¿Me escucha usted? —Lo escucho.

—¿Recuerda el momento en que partió hacia Suiza en compañía de Mr. Vendale? —empezó Bintrey—. No habían pasado aún veinticuatro horas de su partida de Inglaterra, cuando su sobrina cometió un acto de imprudencia que ni siquiera usted, con su penetración, podía prever. La joven siguió a su prometido en su viaje, sin pedir a nadie parecer ni permiso, y sin mejor compañero que la protegiese que un encargado de la bodega de Mr. Vendale.

—¿Por qué me siguió? ¿Y cómo pudo ser que el encargado de la bodega fuera su acompañante?

—Partió de inmediato —respondió Bintrey— porque sospechaba que se le había ocultado algún serio enfrentamiento entre usted y Mr. Vendale, y porque creía con razón que usted era capaz de recurrir al crimen para salvaguardar sus intereses o por mera enemistad. En cuanto al encargado de la bodega, entre otras, fue una de las personas del negocio de Mr. Vendale a las que, en cuanto ustedes se marcharon, preguntó si había ocurrido algo entre ambos. El encargado fue el único que le supo decir algo, una superstición sin sentido, un accidente nimio que había tenido su patrón en la bodega y que, en la cabeza de este hombre, implicaba que Mr. Vendale corría peligro de ser asesinado. Su sobrina se encontró con una confidencia que decuplicaba el temor que la había invadido. Con el sentimiento de que había hecho daño, este hombre, por su propia voluntad, quiso llevar adelante la única reparación que le era posible. «Si mi patrón está en peligro, *miss*, tengo el deber de cuida de *usté*», dijo. Partieron juntos y, por una vez, la superstición resultó ser buena. Decidió a su sobrina a emprender el viaje y así la llevó a salvar la vida de un hombre. ¿Hasta aquí me sigue usted? —Hasta aquí lo sigo.

—La primera noticia del crimen que usted había cometido —prosiguió Bintrey— me llegó en una carta escrita por su sobrina. Todo lo que debe saber es que su amor y su valentía recuperaron el cuerpo de su víctima, y contribuyeron en los esfuerzos posteriores para devolverlo a la vida. Mientras él estaba indefenso en Brig, bajo su cuidado, ella me escribió para que viniera aquí. Antes de partir, comuniqué a *Madame Dor* que sabía que Miss Obenreizer estaba bien y que conocía su paradero. A su vez, *Madame Dor* me dijo que había llegado una carta para su sobrina, en la que había reconocido la letra de usted. Me hice cargo de esa carta y dispuse que me enviaran cualquier otra carta que llegara en adelante. Al llegar a Brig, encontré a Mr. Vendale fuera de peligro, y de inmediato, sin tardanza, preparé el día en que tendríamos que habérnoslas con usted. Defresnier y Cía. lo despidió como sospechoso, por la información reservada que les hice llegar. Después de

arrebatarle su máscara, lo siguiente era quitarle la autoridad sobre su sobrina. Para conseguirlo, no sólo no he tenido ningún escrúpulo al cavar el abismo bajo sus pies desde la sombra, pues siento cierto placer profesional al luchar contra usted con sus propias armas, sino que además, por consejo mío, se le ha ocultado cuidadosamente la verdad hasta el día de hoy. Por consejo mío, la trampa en la que ha caído se preparó en este sitio, y usted sabe tan bien como yo por qué. No había más que un único modo de hacerle perder ese control endemoniado de sí mismo que hasta ahora hizo de usted un hombre temible. La cosa está hecha y, me mire como me mire, ha sido un éxito. Lo último que queda por hacer —terminó Bintrey mientras sacaba de su vademécum dos folios manuscritos— es dejar libre a su sobrina. Usted es culpable de intento de asesinato y ha cometido estafa y robo. Tenemos pruebas en su contra de ambas cosas. Si se le declara culpable, usted sabe tan bien como yo lo que sucederá con la tutoría de su sobrina. Personalmente, preferiría esa forma de acabar con su derecho. Pero me han expuesto con tal empeño ciertas consideraciones que no soy capaz de resistirme a ellas; esta entrevista ha de terminar, como ya se lo he dicho, con un compromiso. Firme estas líneas, en las que renuncia a toda autoridad sobre Miss Obenreizer y se compromete a no volver jamás a Inglaterra ni a Suiza, y yo firmaré un documento en el que se le da la seguridad que jamás haremos ninguna denuncia contra usted.

Obenreizer empuñó la pluma, en silencio, y firmó la renuncia a la tutoría de su sobrina. Al recibir el documento de descargo, se puso en pie, pero no hizo ningún movimiento para marcharse. Permaneció inmóvil, mirando a *Maître Voigt* mientras una extraña sonrisa se dibujaba en sus labios y una luz extraña iluminaba sus ojos velados.

—¿Qué espera? —preguntó Bintrey.

Obenreizer señaló la puerta marrón.

—Hágalos pasar —respondió—. Tengo que decir algo en presencia de ellos antes de marcharme.

—Dígamelo a mí —replicó Bintrey—. Me niego a llamarlos.

Obenreizer se volvió a *Maître Voigt*.

—¿Recuerda que me contó que en tiempos tuvo un cliente inglés apellidado Vendale? —preguntó.

—Pues sí —respondió el notario—, ¿qué hay con eso?

—*Maître Voigt*, su cerradura de relojería lo ha traicionado.

—¿Qué quiere decir?

—He leído las cartas y los documentos que usted guarda en la caja de su cliente y los he copiado. Tengo aquí esas copias. ¿Hay o no hay motivos para llamarlos?

Por un instante el notario paseó su mirada de Obenreizer a Bintrey, con un asombro desvalido, pero se recuperó, apartó a su colega y a toda prisa le susurró unas pocas palabras al oído. La cara de Bintrey, tras reflejar exactamente el mismo asombro de la cara de *Maître Voigt*, de pronto cambió de expresión. Saltó con la energía de un joven hacia la puerta que llevaba al cuarto interior, la traspuso, estuvo dentro del cuarto un instante y volvió seguido de Marguerite y Vendale.

—Pues bien, Mr. Obenreizer —dijo Bintrey—, el último movimiento de la partida es suyo: juegue.

—Antes de renunciar a mi cargo de tutor de esta joven —dijo Obenreizer—, debo revelar un secreto que le interesa. Al hacer esta revelación no le pido que escuche un relato que ella, o cualquiera de los presentes, deba creer sin más. Estoy en posesión de pruebas escritas, copias de originales, de cuya autenticidad podrá dar fe *Maître Voigt*. Les pido que se trasladen, les ruego que se sitúen en una fecha lejana, la del mes de febrero del año 1836.

—Recuerde la fecha, Mr. Vendale —dijo Bintrey.

—Mi primera prueba —dijo Obenreizer, sacando un papel de su billetero—. Copia de una carta, escrita por una dama inglesa, casada, a su hermana viuda. El nombre de la persona que escribe la carta no lo diré hasta que haya terminado. El nombre de la persona destinataria de la carta, quiero decirlo de inmediato. Está dirigida a Mrs. Jane Anne Miller, de Groombridge Wells, Inglaterra.

Vendale, sobresaltado, abrió los labios para hablar. Bintrey lo detuvo tal como había hecho antes con *Maître Voigt*.

—No —dijo el tenaz abogado—. Déjeme esto a mí.

Obenreizer prosiguió.

—No voy a molestarlos con la primera mitad de la carta—dijo—. Puedo resumirla en pocas palabras. La persona que escribe está en las siguientes condiciones: ha estado viviendo con su marido en Suiza, obligada por el estado de salud de él. Van a mudarse a su nueva casa, a orillas del lago Neuchâtel, en el término de una semana y podrán recibir allí la visita de Mrs. Miller quince días después. Dicho esto, la dama que escribe se ocupa de un importante asunto personal. No ha tenido hijos durante muchos años y ella y su marido ya no tienen esperanzas de tenerlos, se sienten solos, quieren algo que los una a la vida, han decidido adoptar un niño. Aquí empieza lo importante de la carta y, por lo tanto, leeré completa esta parte.

Volvió a doblar el primer folio de la carta y leyó:

... ¿Nos ayudarás, querida hermana, a llevar adelante nuestro proyecto? Como ingleses, queremos adoptar un niño inglés. Esto se puede hacer, creo, en la Casa de Niños Expósitos: los abogados londinenses de mi marido te dirán cómo. Dejo librada a tu criterio la elección, con sólo dos condiciones: que sea una criatura de menos de un año de edad y que sea un varón. Perdona las molestias que te causo, hazlo por mí. ¿Nos traerás al niño contigo, junto a los tuyos, cuando vengas a Neuchâtel?

Tengo que añadir una palabra acerca de los deseos de mi marido en este asunto. Está decidido a evitar al niño que adoptemos cualquier futura aflicción y pérdida de respeto que pudiera causarle el conocimiento de su verdadero origen. Llevará nuestro apellido y lo criaremos en la creencia de que es nuestro hijo carnal. La herencia que le dejemos se le asegurará no sólo según las leyes sucesorias inglesas sino también según las suizas, porque tendremos que vivir tanto tiempo en este país que dudamos de que no se nos vaya a considerar «residentes» en Suiza. La única precaución que resta por tomar es la de impedir que se pueda seguir la pista desde la Casa de Expósitos. Nuestro apellido es bastante poco corriente y, si aparecemos en el Registro de esa institución como las personas que adoptan al niño, existe la posibilidad de que se pudiera encontrar al pequeño. Tu apellido, querida mía, es el de miles de personas y si tú consintieras en que sea el que se asiente en el Registro, no habrá que temer que se descubra nada en el futuro. Por orden del médico, nos mudamos a una zona de Suiza en la que se desconoce nuestra situación y tú, según me has dicho, vas a contratar a una nueva niñera para el viaje. En estas circunstancias, el niño puede ser tomado por mi hijo, que llega al cuidado de mi hermana. La única persona que vendrá con nosotros será mi doncella, de la que me puedo fiar a ciegas. En cuanto a los abogados ingleses y suizos, su profesión es la de guardar secretos y no nos preocupa este aspecto. ¡Aquí tienes nuestra inocente conspiración! Responde a vuelta de correo, cariño, y dime que serás cómplice de ella...

—¿No nos dirá aún el nombre de la persona que escribió esa carta? —preguntó Vendale.

—No lo diré hasta el final —respondió Obenreizer—. Continúo con mi segunda prueba: esta vez un simple trozo de papel, como ven ustedes. Es el escrito enviado al abogado suizo que se hizo cargo de los papeles mencionados en la carta que acabo de leer, y que dice lo siguiente: «Adoptado en la Casa de Niños Expósitos de Inglaterra, 3 de marzo de 1836, un niño varón, llamado en el hospicio Walter Wilding. Persona que se asienta en el Registro como responsable de la adopción: Mrs. Jane Anne Miller, viuda, que actúa en esta circunstancia en nombre de su hermana casada, con domicilio en Suiza». ¡Sea paciente! —dijo Obenreizer cuando Vendale se liberó de Bintrey y se puso en pie—. No mantendré oculto el nombre mucho tiempo más. Otros dos folios más y habré terminado. ¡Tercera

prueba! El certificado del Dr. Ganz, que aún vive y ejerce su profesión en Neuchâtel, fechado en julio de 1838. El doctor certifica, como lo verán ustedes con sus propios ojos, primero: que ha atendido al niño adoptado de sus enfermedades infantiles; segundo: que tres meses antes de la fecha de la certificación, el caballero que había adoptado a la criatura había muerto; tercero: que en la fecha en que se extiende el certificado, la viuda y su doncella se marchan de Neuchâtel hacia Inglaterra y se llevan consigo al niño. Otro eslabón más para que mi cadena de pruebas esté íntegra. La doncella siguió al servicio de su señora hasta la muerte de la dama, ocurrida unos pocos años más tarde. La doncella puede declarar bajo juramento cuál fue la identidad del niño adoptado, desde su niñez hasta su juventud, desde su juventud hasta su mayoría de edad presente. Aquí está su dirección en Inglaterra, y aquí está la cuarta prueba, la prueba final, Mr. Vendale.

—¿Por qué me la da a mí? —dijo Vendale cuando Obenreizer tiró sobre la mesa el papel en que estaba escrita la dirección.

Obenreizer se volvió hacia él con un repentino estallido triunfal.

—*¡Porque usted es ese hombre!* Si mi sobrina se casa con usted, lo hará con un bastardo, criado por la caridad pública. Si mi sobrina se casa con usted, lo hará con un impostor, sin nombre ni familia, oculto bajo las apariencias de un caballero de buena posición y de buen nombre.

—¡Bravo! —exclamó Bintrey—. ¡Bien dicho, Mr. Obenreizer! Sólo falta una palabra para completar la cosa. Se casa, pura y exclusivamente gracias a sus empeños, con un hombre que hereda una bonita fortuna, con un hombre cuyo origen le dará más orgullo aún ante su mujer de origen campesino. ¡George Vendale, como albaceas conjuntos, congratulémonos! El último deseo de nuestro difunto amigo tan querido se cumple por fin. Hemos encontrado al perdido Walter Wilding. Como bien lo acaba de decir Mr. Obenreizer, usted es ese hombre.

Estas palabras no llegaron a los oídos de Vendale. En esos instantes no percibía más que una sensación, no oía más que una voz: la de Marguerite que murmuraba en su oído:

—Jamás te he querido tanto como ahora, George!

CAE EL TELÓN

Primero de mayo. Hay fiesta en el Recodo del Baldado, humean las chimeneas, en el patriarcal comedor cuelgan guiraldas y Mrs. Goldstraw, la respetada ama de llaves, está muy activa, porque en esa mañana radiante el joven señor del Recodo del Baldado se casa con su joven prometida allá lejos: en la pequeña ciudad de Brig, en Suiza, junto al puerto del Simplón, en el que ella le salvó la vida.

Las campanas tañen felices en la pequeña ciudad de Brig, y hay banderas colgadas a ambos lados de la calle, y se oyen disparos de fusil y la música resonante de una banda. Barricas de vino adornadas con gallardetes se llevaron rodando hasta debajo de un colorido toldo, tendido sobre la calle delante de la posada, y habrá un convite yjolgorio para todos. Con campanas y enseñas, con las colgaduras en los balcones, las salvas y el metal de las bandas, toda la pequeña ciudad de Brig vibra como los corazones de sus sencillos habitantes.

Por la noche hubo tormenta y las montañas están cubiertas de nieve. Pero en esta mañana luce el sol, el aire dulce está fresco, las torrecillas de metal de la pequeña ciudad de Brig son plata reluciente y los Alpes, una cadena de nubes blancas lejanas en la hondura del cielo azul.

Los simples habitantes de la pequeña ciudad de Brig han construido un frondoso arco verde que atraviesa la calle, por el que los recién desposados pasarán en triunfo al salir de

la iglesia. Por ese lado, lleva una inscripción: «¡HONRA Y AMOR PARA MARGUERITE VENDALE!»,

porque toda la gente siente por ella un orgullo entusiasta. Este saludo a la recién casada con su nuevo nombre se ha pensado para que sea una tierna sorpresa y, por lo tanto, se han puesto de acuerdo todos en que ella, sin saber la causa, vaya a la iglesia por una callejuela trasera. Un plan nada difícil de llevar adelante en el tortuoso trazado de la pequeña ciudad de Brig.

Ahora todo está dispuesto y ellos van a ir y volver andando. Juntos en la mejor sala de la posada, vestidos de fiesta, están la novia y el novio, el notario de Neuchâtel, el abogado de Londres, *Madame Dor* y cierto misterioso y robusto inglés, conocido por todos como *Monsieur Yoé-Ladelle*. Y presten atención a *Madame Dor*, que lleva un par de immaculados guantes propios, que no tiene ninguna mano en el aire sino ambas echadas al cuello de la novia: para abrazarla, *Madame Dor* ha dado su amplia espalda a todos los presentes, firme en sus hábitos.

—¡Perdona, niña mía —ruega *Madame Dor*—, por haber hecho de gata para él! —¿De gata, *Madame Dor*?

—Obligada a guardar a mi encantadora ratoncilla —son las palabras con que lo explica *Madame Dor*, a la vez que deja oír un sollozo de penitente.

—¡Pero si usted ha sido nuestra mejor amiga! George, querido, díselo a *Madame Dor*. ¿No fue ella nuestra mejor amiga?

—Claro que sí, cielo. ¿Qué habríamos hecho sin ella? —Ambos son muy generosos —solloza *Madame Dor*, que acepta el consuelo y vuelve a la carga de inmediato—. Pero empecé como una gata.

—¡Ah! Pero como el gato del cuento, mi buena *Madame Dor*, usted ha sido una verdadera mujer —dice Vendale mientras le pellizca la mejilla—. Y como mujer de verdad, sus simpatías estuvieron con el amor de verdad.

—No quiero arrebatarse a *Madame Dor* su parte de los abrazos que se dispensan —interviene Mr. Bintrey, con el reloj en la mano—, ni quiero poner objeción alguna a que estén ustedes allí, en ese rincón, apartados como las tres Gracias. Sólo quiero señalar que me parece que es hora de ponernos en marcha. ¿Cuáles son sus sentimientos al respecto, Mr. Ladle?

—Muy claros, señor —responde Joey, con una sonrisa socarrona—. Los tengo más claros que nunca, después de haberme pasado tantas semanas en la superficie. Nunca antes estuve ni la mita de este tiempo en la superficie y esto me ha hecho pero que mucho bien. En el Recóo del Baldao, es que estaba muy abajo, y en la cima del Simpletón, demasiao arriba. Aquí, señor, encontré el medio justo. Y aunque no vuelva a ponerrue alegre con lo que beba en el resto de mis días, piense hacerlo hoy, brindando por que «Dios los bendiga».

—¡Y yo! —dice Bintrey—. Veamos, *Monsieur Voigt*, usted y yo seremos los dos hombres de Marsella y allons, marchons, del brazo.

Salen por la puerta, donde otros esperan, y se encaminan tranquilos hacia la iglesia, donde se celebra la feliz boda. Cuando la ceremonia aún está en marcha, alguien llama al notario. Cuando ya ha terminado, está de regreso, de pie, a espaldas de Vendale y le toca el hombro.

—Vaya un momento a la puerta lateral, *Monsieur Vendale*. Solo. Deje a *Madame* conmigo.

Junto a la puerta lateral de la iglesia, están los mismos dos hombres del albergue. Tienen las ropas llenas de nieve y aire cansado. Le desean felicidad y después uno y otro ponen su mano ancha sobre el pecho de Vendale y uno dice en voz baja, mientras el otro lo mira fijamente:

—Aquí está, *Monsieur*. En sus angarillas, en sus mismas angarillas.

—¿Mis angarillas? ¿Por qué?

—¡Ssh! ¡Que no lo sepa *Madame*. Su compañero de ese día...

—¿Qué pasa con él?

El hombre mira a su compañero y su compañero lo releva. Ambos, con el gesto serio, mantienen la mano apoyada en el pecho de Vendale.

—Al principio estubo viviendo en el refugio, *Monsieur*, unos días. El día era bueno, después malo. -¿Y?

—Llegó a nuestro albergue anteayer y, después de dormir un rato sobre el suelo junto al fuego, envuelto en su capa, decidió que seguiría, antes del anochecer, hasta el siguiente albergue. Tenía mucho miedo a esa parte del camino y pensaba que al día siguiente estaría peor. -¿Y?

—Siguió solo. Había salido del pasaje cuando un alud... como el que cayó tras ustedes cerca del puente de Ganther...

—¿Lo aplastó?

—Lo desenterramos asfixiado y hecho pedazos. Pero por *Madame*, lo trajimos sobre las angarillas, *Monsieur*, para enterrarlo. Subamos por esta calle de fuera. *Madame* no debe verlo. Sería una maldición que pasaran las angarillas por debajo del arco antes que *Madame*. Mientras ustedes bajen, los que vayamos con las angarillas las depositaremos sobre las piedras de la calle, de la segunda a la derecha, y nos pondremos delante. Usted no permita que *Madame* vuelva la cabeza en la segunda calle de la derecha. No hay tiempo que perder. *Madame* estará preocupada por su ausencia. ¡*Adieu!*

Vendale vuelve junto a su esposa, y pone la mano de ella sobre su brazo sin vendajes. Un simpático séquito los espera ante la puerta principal de la iglesia. Ocupan su lugar en el cortejo, y bajan por la calle entre el repique de las campanas, los disparos de los fusiles, el ondear de las banderas, el sonido de la música, los gritos, las sonrisas y las lágrimas de toda la ciudad entusiasta. Las cabezas se descubren al paso de la joven, las manos tiran besos, todos la bendicen. «¡Que Dios bendiga a esta niña! ¡Mira lo bonita que va, tan joven y guapa, la que le salvó la vida con tanta nobleza!».

Cerca de la esquina de la segunda calle a la derecha, él le habla y le dice que mire hacia las ventanas de enfrente. Cuando la esquina ha quedado atrás, le dice:

—No vuelvas la mirada, cielo, hazme caso —y él vuelve su cabeza. Entonces, allá atrás ve pasar las angarillas y sus portadores por debajo del arco, mientras él y el cortejo de boda bajan hacia el valle resplandeciente.